

16-4-8

CURSOS Y CONFERENCIAS

DESPLEGADO

SUMARIO

GINO GERMANI

La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo.

GUILLERMO KORN

Del positivismo al modernismo en la prensa venezolana. "El Cojo Ilustrado".

ALFONSO CORRADINI

Guido Gozzano y "Los coloquios".

MIGUEL A. OLIVERA

Evolución del verso en el teatro de T. S. Eliot.

LUIS B. JOSELEVICH

Valor práctico de la novedad egológica.

HOMENAJE A ROBERTO GIUSTI

Discursos de José Luis Romero, Renata Donghi Halperín, José María Monner Sans y Roberto F. Giusti.

NOTAS NECROLOGICAS

Eduardo J. Couture (José Juan Bruera). — Gregorio Halperín (Roberto F. Giusti). — Franco E. Devoto.

NOTAS

Un bibliófilo bohemio (Roberto F. Giusti). — Sociedad Filosófica Argentina Vida del Colegio. — Filiales de Bahía Blanca y de Rosario.

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

VOLUMEN XLVIII

NUMERO 273

AÑO XXV

DESPLEGADO

JUNIO

1 9 5 6

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Se publican cuatro números anuales

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N° 495.073

En la revista aparecen conferencias y resúmenes de clases pronunciadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores, cuyo texto ha sido autorizado por los autores; también se publican ensayos de interés científico y literario, y sobre la educación y sus problemas.

En cada entrega hay una reseña de las actividades desarrolladas por el Colegio y un panorama de la actividad cultural argentina.

ARGENTINA y AMERICA LATINA: Suscripción anual \$ 60 m/n. argentina.

OTROS PAISES: suscripción anual, cinco dólares.

CURSOS Y CONFERENCIAS no está a la venta en librerías. Sólo circula entre sus socios y amigos, como órgano de la institución.

Dirección y Administración:

CALLAO 468, 1er. piso, Oficina 7 A - T. E. 48.7437
BUENOS AIRES — ARGENTINA

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

La filosofía en Latinoamérica. JUAN HERNANDEZ LUNA: La filosofía contemporánea en México. ARTURO ARDAO: Tendencias filosóficas en el Uruguay en el siglo XX. SANTIAGO VIDAL MUÑOZ: Apuntes sobre la filosofía en Chile. AUGUSTO PESCADOR: La filosofía en Bolivia en el siglo XX. AUGUSTO SALAZAR BONDY: La filosofía peruana contemporánea. JAI-ME JARAMILLO URIBE: Tradición y problemas de la filosofía en Colombia. MEDARDO VITIER: Cincuenta años de estudio de la filosofía en Cuba. CRONICA: Primer Congreso de la Sociedad Interamericana de Filosofía. NOTAS: Cincuenta años de Alfonso Reyes escritor (Juan Carlos Ghiano). El homenaje a Roberto Giusti. Ortega y Gasset y la fe católica. Inauguración de los cursos del colegio.

Esta entrega N° 273 de CURSOS Y CONFERENCIAS se terminó de imprimir el día 16 de agosto de 1956 en los Talleres Gráficos "Continental", Lavalle 1671, Buenos Aires (Argentina)

Correo Argentino Cor. Central B	FRANQUEO PAGADO Concesión N° 1849
	TARIFA REDUCIDA Concesión N° 259

AÑO XXV

Volumen XLVIII

Número 273

C U R S O S

Y

CONFERENCIAS

Centro Cultural General
Juan Manuel de Rosas
BIBLIOTECA PÚBLICA MUNICIPAL

25 de Mayo 3108

7600 Av. del Plata

JUNIO

DE 1956

Buenos Aires

La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo

por GINO GERMANI

1. *La crisis contemporánea y sus aspectos políticos.* 2. *Condiciones para la integración de las masas a la vida política.* 3. *La seudosolución totalitaria y el caso argentino.* 4. *La irracionalidad de las masas en el nazifascismo y en el peronismo.*

1. LA CRISIS CONTEMPORÁNEA Y SUS ASPECTOS POLÍTICOS

Hay una crisis de nuestro tiempo. Una crisis total que se extiende a todos los aspectos de la vida, en el orden personal y en el colectivo. Muy poco cabría agregar a esta rotunda afirmación, un lugar común que ya nadie discute. La discrepancia empieza en cuanto se trata de asignarle un significado.

Sin entrar en polémicas digamos ante todo que, desde el punto de vista que aquí se sostiene, la palabra *crisis* no debe tomarse necesariamente en sentido pesimista. En síntesis, significa que nos toca vivir en un período de cambios rápidos, radicales, en una vertiginosa transformación no sólo de las circunstancias que nos rodean, sino de nosotros mismos, de nuestras formas de pensar y de sentir. Significa sobre todo que, debido a estos cambios, nos hallamos abocados a gravísimas alternativas y tenemos la clara conciencia de que de nuestra elección dependerá algo más que nuestro futuro inmediato.

Veamos algunos de los efectos esenciales de esta crisis.

En lo económico, ella se manifiesta en el contraste entre una inmensa capacidad técnica de producción, que por primera vez en la historia de la humanidad podría ofrecer a todos una vida digna y libre de necesidades, y la existencia de grandes masas de población que se hallan por debajo del mínimo vital, hasta en países adelantados económicamente.

En lo internacional, por la trágica contradicción entre un mundo que el progreso técnico, la evolución económica, los contactos culturales han unificado y la profunda división en bloques opuestos que amenaza llevar a una guerra de destrucción.

En el orden moral, por la que ha sido llamada "la crisis de la estimativa". En primer lugar, un gran número de personas ha dejado de creer en las normas tradicionales y, al mismo tiempo, no se halla preparado para elegir, consciente y racionalmente, lo que antes aceptaba y cumplía sin reflexionar ni discutir, como verdad tradicional o revelada. En segundo lugar, ocurre que, aun cuando esas normas tradicionales sean aceptadas y respetadas, ya no resultan aplicables en las circunstancias concretas de un mundo profundamente modificado.

No se trata solamente de los principios generales o de valores abstractos, cuanto de la forma de realizarlos. Lo que un número creciente de personas halla inaplicable en nuestro mundo, son precisamente las normas que deberían guiarlas en la acción para indicar qué deberíamos hacer, qué es lo malo y lo bueno, en situaciones concretas; y tal desajuste es muy comprensible: significa que el sistema axiológico adecuado para el tipo de sociedad rural o aldeana en que vivía la mayoría de los europeos hace un siglo, y hace sólo algunas décadas los otros pueblos, incluso el nuestro, resulta inaplicable en la sociedad industrial y urbana de nuestros tiempos. Lo que valía para la familia, la mujer o los jóvenes de aquellos días, difícilmente puede regir ahora en que la situación de la familia, de la mujer o de la juventud ha sido profundamente alterada. Recordemos que hasta los fines y motivos que animan la existencia del hombre común se han transformado de manera sustancial... Frente a todos estos cambios se carece de normas para la acción cotidiana y, lo que es peor, la mayoría no ha sido educada para escoger reflexivamente su propio camino. Las tensiones psíquicas a que está sometido el hombre contemporáneo, la llamada crisis de la personalidad, se vincula sin duda a esta necesidad de elegir en condiciones demasiado cambiantes, sin poseer, por otra parte, una formación espiritual adecuada para esa elección. Esto no significa, en mi opinión, que el tránsito desde lo tradicional a un sistema que requiere al individuo una creciente capacidad de autodeterminación, no deba considerarse como un avance esencial para el hombre. La crisis que vivimos es parte del desarrollo de un proceso más amplio por el cual se va afirmando la persona-

lidad humana y extendiendo su libertad, un proceso que significa elevar el poder de su razón frente a la aceptación irreflexiva de los dictados de la tradición y del pasado. Al comienzo esta libertad sólo fue el patrimonio de *élites*. El hecho nuevo, a que asistimos ahora, es que ella se extiende a la gran mayoría, al hombre común, y esto representa un progreso magnífico. Mas al mismo tiempo significa un grave peligro, pues para que esa libertad pueda ser efectivamente ejercida, es necesario contar con las condiciones objetivas y subjetivas adecuadas, y tales condiciones en la actualidad no existen, o se hallan insuficientemente desarrolladas.

En lo político, la crisis ofrece rasgos análogos. Aquí también podemos hablar de una crisis de crecimiento. Las instituciones democráticas surgidas desde fines del siglo XVIII estaban ajustadas a un tipo de sociedad muy distinto del actual. Tanto su estructura económico-social, como su volumen demográfico, y las circunstancias de la acción política eran muy distintas. Se trataba de sociedades más pequeñas, en que los derechos políticos, aunque en teoría ejercidos por todos los ciudadanos, estaban en la práctica restringidos a una minoría entre ellos. Hoy vivimos en una sociedad de masas. El mero hecho demográfico del extraordinario crecimiento de la población nos coloca en una situación radicalmente distinta. Además estas masas ya no están excluidas del ejercicio del poder político. O por lo menos ya no quieren estarlo. Y de algún modo hay que contar con ellas para gobernar.

La crisis política no se limita a este hecho únicamente, mas es innegable que, en cierto sentido, el problema de la integración de las masas a la vida política resume, en sí mismo, todos los demás aspectos: internacional, económico, psicológico y moral. Es el problema central del período histórico que atraviesa nuestro país, mas es también un problema universal.

Una sociedad de masas está caracterizada por partidos políticos, sindicatos, medios de difusión que también se hallan masificados. Partidos y sindicatos tienden a ser grandes organismos burocráticos en que el significado de la acción individual del afiliado se reduce, en el mejor de los casos, a participar en votaciones internas, de vez en cuando. Por otra parte, sólo una pequeña minoría de los ciudadanos está afiliada a partidos. Para la gran mayoría, la actividad política, incluso en países de hondo arraigo democrático, se reduce a votar en las elecciones cada tantos años y a leer ciertos diarios, los que, por otra

parte, poseen ese mismo carácter de lejanía e inaccesibilidad para el hombre común, pues son órganos de las burocracias partidarias, de grupos económicos, o meras empresas comerciales. En esta inaccesibilidad de la actividad política para la masa, en la consiguiente escisión entre masa y dirigentes, y entre el ciudadano común y los órganos de participación en la vida política nacional, reside uno de los más graves peligros para la democracia. Esto no significa abandonarse a un pesimismo destructivo. Creo firmemente en el futuro, mas también creo que sería suicida cerrar los ojos ante la realidad. En lo político, la crisis nos presenta una disyuntiva análoga a la que se da en otros aspectos: están dadas las condiciones para que la democracia de minorías del reciente pasado se transforme en una democracia en que realmente todos participen: mas si no logramos este avance decisivo, correremos el riesgo de caer en tiranías mucho peores que las formas oligárquicas del pasado.

2. CONDICIONES PARA LA INTEGRACIÓN DE LAS MASAS A LA VIDA POLÍTICA

Para que esa profunda transformación se realice es necesario que libertad y democracia tengan el mismo significado e igual importancia para todos los ciudadanos: para aquellos que por su vocación u otras circunstancias pueden participar más activamente de la actividad política, como para aquellos que habitualmente están alejados de ella. Para lograr todo esto debemos satisfacer ciertas condiciones que podrían quizá resumirse en estas tres: en primer lugar, es imprescindible que las posibilidades materiales creadas por el progreso técnico sean efectivamente utilizadas y alcancen a todos de manera que nadie quede excluido. Este requisito de orden económico ha sido reconocido y afirmado por las diferentes ideologías, aunque todas ellas difieren profundamente en cuanto a la forma de lograrlo. Este requisito es fundamental y condiciona a todos los demás, *mas, con ser necesario no es suficiente*. En segundo lugar, análoga justicia distributiva debe reinar en el orden cultural. En la actualidad la mayoría está excluida de los grandes valores de la cultura. En lo intelectual y en lo estético, reina la misma escisión que en el orden político: una cultura, o si se quiere la "cultura" para las minorías, y las formas comercializadas de la diversión de masa para todo el resto. Existen los medios técnicos, y también se conocen las formas organizativas necesarias.

para asegurar un igual acceso a los productos de la cultura; de manera que no es utópico pensar que también esta condición puede lograrse, si se alcanza la primera condición.

La tercera condición se refiere directamente al problema político. Recordemos la contradicción en que se halla la democracia moderna. Por un lado necesita, para afirmarse y mantenerse, la adhesión viva y consciente de todos los ciudadanos; por el otro, ofrece sólo a una reducida minoría la oportunidad de utilizar efectivamente la libertad y de ejercer los derechos que formalmente corresponden a todos. Adviértase que aun eliminando las discriminaciones económicas y culturales, siempre quedarían en pie algunas de las condiciones propias de la sociedad de masa: la política como actividad especializada, profesional, o casi profesional de la minoría, mientras para el hombre común se reduciría —como participación vital— a unos pocos actos: votar, informarse, etc. Estos actos son, por supuesto, fundamentales para el mantenimiento de la democracia. Representan la garantía de su existencia; más aún, *son el único medio efectivo que posee el hombre común para defender sus intereses, su dignidad personal, su vida misma. El centro de la cuestión reside en que esta simple verdad se le haga consciente, que la sienta como algo real y concreto y no como una simple noción abstracta, o peor, una vacía afirmación de retórica política.*

Ahora bien, para alcanzar esta conciencia, la educación, aun la educación universalizada que supone el cumplimiento de la segunda condición, representa un requisito necesario, *mas no suficiente*. En el siglo pasado se creía que bastaba “educar al soberano”, y por educación se entendía sobre todo la instrucción general obligatoria. Ahora bien, esa instrucción, y mucho más, es necesaria, pero no basta. Por lo menos en una sociedad de masas. El sentimiento de la libertad sólo puede arraigarse en una experiencia vivida. Para ello debemos incorporar ambas cosas a la vida diaria del hombre común. La práctica democrática y el ejercicio de la libertad deben integrarse a la esfera misma de su existencia personal.

El logro de esta condición es difícil, mas no utópico. Debemos ante todo formular una distinción. Hay varios niveles de actividad política. En primer lugar, la que se desarrolla sobre el plano nacional; podremos llamarla la *alta política*. Aquí es inevitable la especialización, y la intervención activa queda forzosamente limitada a una

minoría. Lo que puede y debe lograrse en este nivel es que el hombre común sienta la esencial importancia de los pocos actos concretos que está llamado a realizar con respecto a ella; y que experimente este sentimiento, a pesar de conocer su situación de "uno entre millones"; que tenga conciencia de lo que significa su voto individual, de la importancia de mantenerse informado, de la necesidad de juzgar las cuestiones con espíritu reflexivo y racional. Mas todo esto no puede lograrse si no se arraiga en una experiencia vital que debe hacerse en otros niveles y precisamente en aquellos que están más próximos a su actividad y a sus intereses personales. Hay una esfera que tradicionalmente ha sido indicada por los políticos prácticos y por los científicos como la base de la democracia. Me refiero a la *comunidad local*. El ejercicio de los derechos políticos en el ámbito más restringido de esta comunidad se presenta como una posibilidad mucho más concreta y cercana para la mayoría de la gente. Sin embargo, el desmesurado crecimiento de las ciudades la han transformado en otro coloso burocratizado tan abstracto y lejano como el Estado mismo. Por ello una de las esenciales tareas en la edificación de una democracia adecuada a nuestro tiempo, sería la de reconstruir de algún modo la comunidad local como algo concretamente accesible.

Tal reconstrucción no es posible como cosa inmediata, aunque podría lograrse bastante desde ahora¹. Admito, sin embargo, que para dar vida a un sistema de comunidades realmente adecuadas "a la medida humana", se precisarían profundas reformas, incluso en el orden urbanístico, con la transformación radical de las actuales ciudades. Por otra parte, existen otras esferas y de gran importancia, además de la comunidad local propiamente dicha. Me refiero especialmente al trabajo y a la actividad cooperativa para la asistencia, la ayuda mutua en todos sus aspectos, y la recreación.

El trabajo absorbe la mayor parte de las horas del día, y representa sin duda una de las esferas esenciales para la vida personal de

¹ La experiencia de la participación popular en la planificación del valle del Tennessee es uno de los ejemplos clásicos de lo que puede realizarse en este campo, incluso dentro de los requerimientos de la coordinación y organización impuestas por la técnica y la economía de nuestro tiempo. D. E. LILIENTHAL: *T. V. A. Democracy on the march*. New York, Harper and Brothers, 1944. Otro ejemplo de gran interés (aunque por supuesto nada más que un ejemplo) son los planes de la Unesco sobre educación fundamental. Señalemos aquí la importante experiencia que los estudiantes primero y ahora el Departamento de Extensión Universitaria de Buenos Aires están realizando en sus centros pilotos de educación fundamental.

todos: ahora bien, en aquellas mismas sociedades que se supone deberían estar fundadas sobre la libertad y la autodeterminación, no hay acaso ninguna otra actividad tan burocratizada, reglamentada y sometida a disciplina autocrática como el trabajo, excepto quizás la vida militar. Descubrimos aquí otra contradicción del mundo moderno: por un lado la democracia política requiere hombres entrenados para el ejercicio de la libertad y de la responsabilidad; por el otro los reduce a la condición de cosas, de meros medios, para la mayor parte de las horas útiles de su existencia. Esto no implica negar la necesidad de orden y disciplina en el trabajo, ni supone abolir la jerarquización de las funciones que imprescindiblemente requiere la organización técnicoeconómica de la empresa. Sólo se afirma que esta necesaria autoridad no debe *ser autocrática*; ha de fundarse, por el contrario, sobre la activa cooperación y la responsabilidad de todos. Hay muchas formas de ejercer la democracia en la esfera del trabajo. En primer lugar, está el aspecto sindical. La elección de delegados o comisiones internas, la discusión sobre los problemas laborales que afectan al personal de cada empresa. Según algunos autores y varias legislaciones, existe la tendencia de atribuir a estos órganos toda la responsabilidad de la disciplina interna². Pero esto no es todo; las investigaciones en el campo de la psicología social del trabajo y no pocas experiencias concretas han revelado de manera indudable y clara la posibilidad de extender esa participación activa a la realización misma de las tareas. Se ha demostrado que existe una gran cantidad de cuestiones que podrían dejar de ser tratadas de manera autocrática, para dar lugar a un tipo de relación cooperativa en la que todos pudieran sentirse personas responsables y no pasivos instrumentos de voluntades ajenas.

Parece obvio que esta experiencia de libertad y responsabilidad será tanto más sentida y eficaz cuanto mayor sea la participación del trabajador en la dirección de la empresa. Ésta debería llegar a constituir una verdadera *comunidad* en la que todos los productores, cualquiera que sea su función y posición jerárquica en lo técnico o en lo económico, ejerzan una ciudadanía plena. Aquí el problema se vincula estrechamente con lo que hemos señalado como *primera condición*, a saber, un ajuste de la organización económicosocial capaz

² Es lo que propone P. DRUCKER en *La nueva sociedad*. Buenos Aires, Sudamericana, 1954.

de liberar las inmensas potencialidades de nuestra civilización técnica, colocándolas al servicio efectivo de las necesidades humanas. Sin embargo, conviene reiterar que cualquier solución que se logre alcanzar aquí *no es suficiente por sí misma*. Aunque es innegable que el logro de esa ciudadanía plena y la superación del estado de alienación que en múltiples aspectos caracteriza al productor con respecto a su actividad, dependa de aquella solución, es no menos cierto que también la trasciende. Como lo ha visto claramente Georges Friedman, la recuperación de la personalidad en las condiciones creadas por la técnica exige una profunda modificación de las relaciones humanas dentro de la comunidad de trabajo, cualquiera que sea la estructura económico-social de la sociedad³.

Dicha transformación representa así un medio poderoso, acaso el más eficaz, aunque no el único, para lograr la integración del hombre a la vida nacional y en particular a la vida política. La experiencia de la democracia, repetimos, debe empezar desde las actividades que tocan de manera inmediata y directa la vida del hombre común. Sólo así éste podrá sentir como vivencia (y no meramente como una bella frase escuchada en discursos), el significado de su participación en la política, y la importancia que para su vida posee tal participación aunque en apariencia se trate tan sólo de aislados contactos con una realidad abstracta y lejana.

3. LA SEUDOSOLUCIÓN TOTALITARIA Y EL CASO ARGENTINO

En la sociedad contemporánea, cualquier régimen necesita para ser duradero del consentimiento activo o pasivo de las masas (o, por lo menos, de una porción considerable de ellas). Y éstas lo conceden cuando sienten que de algún modo son parte de la sociedad nacional, o cuando, por lo menos, no se sientan excluidas de ella. Esto no sig-

³ Cf. las obras de este autor: *Problèmes humains du machinisme industriel*. Paris, Gallimard, 1946 y *Où va le travail humain?*, Paris, Gallimard, 1950. (Particularmente págs. 369-376). A este propósito vale la pena recordar ciertas críticas dirigidas al movimiento de las "relaciones humanas" en el trabajo, que tanto auge ha cobrado en los Estados Unidos. Si por un lado es verdad que en muchos casos, especialmente en las intenciones de las empresas, ese movimiento no representa un instrumento de liberación del individuo sino un *recurso* para lograr *mayores rendimientos*, por el otro es innegable que tanto en sus manifestaciones científicas (en la investigación) como en muchas de sus aplicaciones prácticas, puede implicar un avance de esencial importancia para la humanización del trabajo y la democratización de las relaciones laborales.

nifica que no se las pueda engañar o neutralizar. La historia reciente es en gran parte la historia de este engaño y neutralización. La diferencia entre la democracia —o lo que debería ser la democracia— y las formas totalitarias, reside justamente en el hecho de que, mientras la primera intenta fundarse sobre una participación genuina, el totalitarismo utiliza un *ersatz* de participación, crea la ilusión en las masas de que *ahora* son ellas el elemento decisivo, el sujeto activo, en la dirección de la cosa pública. Y, sobre aquella parte que queda excluida hasta de esta seudoparticipación, logra aplicar exitosamente sus mecanismos de neutralización.

Es verdad que esa ilusión se logra por muy diferentes medios en los distintos tipos de totalitarismos. A este respecto el régimen peronista —que en varios aspectos importantes se diferencia de sus congéneres europeos— constituye un ejemplo del mayor interés. Comparémoslo por un momento con las formas “clásicas” del fascismo y el nazismo⁴. Mientras la base humana de éstos hallábase constituida por la burguesía y fundamentalmente por la clase media inferior (pequeña burguesía, campesinos medios y pequeños, empleados, comerciantes, etc.), siendo muy reducida —por lo menos, en los comienzos y durante largo período— la participación del proletariado⁵, el pero-

⁴ Si bien estos regímenes europeos constituyen los términos de comparación más usados con respecto al peronismo, no han faltado referencias al régimen soviético. Es innegable la existencia de elementos comunes en todos ellos mas, por otra parte, no escapará a nadie que, por su naturaleza y significado histórico presentan también diferencias marcadas que hacen más difícil (y estéril) una confrontación directa.

⁵ Que las posiciones respectivas de las clases medias y las populares se hallara invertida en el nazifascismo (con respecto a la experiencia argentina) es innegable. Por ello la ideología fascista ha sido asumida como sinónimo de “ideología de la clase media”, aunque por supuesto, como ya lo advertía Mannheim hace dos décadas, es esta última una inferencia sólo generalizable dentro de las circunstancias historicosociales típicas de ciertos países de Europa. La originalidad del peronismo consiste, por tanto, en ser un fascismo basado en el proletariado y con una oposición democrática representada por las clases medias, circunstancia ésta que hubiese sido considerada absurda por los observadores europeos de hace un cuarto de siglo. Para algunos datos sobre la composición social del fascismo y el nazismo véanse: Rossi: *La naissance du fascisme*, Paris, N. R. F., 1938 (cf. a página 129 por ejemplo: composición del partido fascista en 1921: clases medias urbanas, 60 %; trabajadores agrícolas, 25 %; *lumpen proletariat*, obreros desocupados y dependientes de administraciones públicas, 15 %). LASSWELL y SERENO (*American Political Science Review*, octubre 1937) mostraron también el típico cambio de composición en la *élite* dirigente italiana con el advenimiento del fascismo que produjo el ascenso de hombres de la pequeña burguesía (sobre una muestra de 308 principales jerarcas, 254 pertenecían a la pequeña burguesía). Para Alemania los

nismo se basó esencialmente sobre el apoyo de grandes sectores de las clases trabajadoras urbanas y rurales. Esta diferencia en la base humana de ambos tipos de totalitarismo, derivante de la particular situación históricosocial en que se desarrollaron (que se indicarán someramente), produjo a su vez otros rasgos diferenciales de gran importancia que, en parte, tocan precisamente el problema de que se está tratando.

El proceso de industrialización y urbanización que caracteriza a la sociedad moderna tiende a transformar radicalmente la composición y el volumen de las clases populares y medias. En las primeras los trabajadores rurales y urbanos (de oficios artesanales o similares) se transforman en "obreros"; en la segunda surgen y cobran un extraordinario impulso las ocupaciones burocráticas, mientras que las categorías de la llamada "clase media" "independiente" tienden a disminuir en poderío y significado economicosocial. Puede hablarse así, en cierto sentido, de dos tipos de masas: *las populares*, sobre todo obreros industriales y similares; y *las de clase media*, particularmente empleados, y también pequeños comerciantes, residuos artesanales, pequeñas industrias, etc.

La posición politicosocial de estos dos tipos de masas en la sociedad contemporánea no es necesariamente análoga. Por el contrario, existen generalmente ciertos elementos que tienden a escindir su acción (aunque, por supuesto, no está dicho que ello ocurra fatalmente). Tal diferencia de posición se ha verificado tanto en el caso del nazifascismo como del peronismo. En el primero las masas populares, embanderadas en los movimientos de izquierda, intentaron producir un desenlace revolucionario de tipo socialista o comunista. En este caso el totalitarismo asume un carácter francamente antiobrero. Fueron los grupos mayormente interesados en la conservación de la estructura politicosocial preexistente los que crearon los movimientos totalitarios sirviéndose de una *élite* de "forajidos" (H. Laski) y de una masa pequeño burguesa. Para entender esta posición debe recordarse que las clases medias de esos dos países trataban de resistir el proceso de "pro-

datos no son menos conclusivos. Véanse los clásicos estudios de LASSWELL (*Political Quarterly*, 1933, IV, 373-384), FROMM (*El miedo a la libertad*, cap. VI), etc. Referencias estadísticas precisas acerca de la composición del electorado nazi, pueden consultarse en HEBERLE: (*Social movements* (New York, Appleton, Century, 1951)). Las correlaciones computadas por este autor muestran, por ejemplo, fuertes índices positivos entre nazismo y pequeños propietarios e índices fuertemente negativos con respecto a los obreros rurales y urbanos.

letarización", que estaba destruyendo su limitada superioridad económica y su tradicional prestigio social con respecto a las clases populares.

En la Argentina se verificó un alineamiento opuesto de los dos sectores de las masas. Las populares constituyeron la base humana del totalitarismo, mientras que las de clase media (acaso con ciertas excepciones en los niveles inferiores, una fracción de los empleados y dependientes de comercio especialmente), se colocaron en la oposición o fueron neutralizadas. Las causas de este fenómeno son múltiples y deben buscarse naturalmente en la historia del país y en las circunstancias inmediatas. Pueden acaso resumirse así:

a) Proceso rápido de industrialización y urbanización masiva. Estos hechos son muy conocidos y no vale la pena puntualizarlos. Como consecuencia de la rapidez del proceso, la clase popular masificada era de formación reciente, carecía de experiencia sindical y no había sido todavía politizada por los partidos tradicionalmente obreros.

b) Por el mismo motivo, y además debido al carácter inmigratorio de la población y otros importantes factores históricos, también las clases medias eran de formación reciente, y sin las tradiciones de prestigio, etc., que marcan de manera muy neta la diferenciación social en Europa.

c) No había un problema específico de proletarización de clases medias y esto tanto desde el punto de vista económico como psicológico. Las clases medias eran producto de un ascenso social reciente. En cuanto a su integración política, estos grupos habían logrado su expresión por medio del radicalismo, que, por otra parte, también recibía el apoyo de la incipiente masa popular.

e) Existía, en cambio, el problema de la integración de las masas populares que se presentaba, además, agravado por el hecho de la creciente concentración urbana en la zona del Gran Buenos Aires. El problema de la integración de estas masas ofrecía también ciertas significativas vinculaciones con otras etapas de la historia del país.

e) Por lo tanto, mientras en Europa el proceso de "proletarización" había dejado como "masas disponibles" (R. Aron) a las clases medias, en la Argentina la industrialización y urbanización habían colocado en ese estado a las clases populares.

Como consecuencia de las contrastantes características de sus res-

pectivas bases humanas, los dos tipos de totalitarismos emplearon distintos medios para asegurarse su apoyo.

No entendemos negar con esto la existencia de elementos psicosociales comunes en todo totalitarismo: la identificación de la masa con el "líder", el contacto directo, personal diríamos, a que éste apunta (y frecuentemente logra: recuérdense los típicos "diálogos" con la muchedumbre), representaban en la Argentina como en los casos europeos (aunque en distinta medida) un poderoso vehículo en la formación de esa seudoparticipación necesaria para el consentimiento. Mas aquí termina, por lo menos a este respecto, la similitud entre el fenómeno europeo y el argentino. En el primero, el vehículo *carismático* entre líder y masa y el sentimiento de participación se fundaban sobre otro poderoso complejo de actitudes: el sentimiento de prestigio social y jerárquico, y de superioridad nacional y racial. Las severas frustraciones a que se vieron sometidas las clases medias alemanas e italianas en la primera posguerra como efecto del proceso de creciente proletarización, originaron no ya una defensa realista de sus intereses, sino la proyección de sus problemas en términos de reivindicaciones nacionales y una reafirmación de su tambaleante prestigio social frente a un proletariado en ascenso, mediante la ficticia superioridad creada por las complicadas jerarquías del partido único y de sus organizaciones civiles y militares. El mito de la superioridad racial y un nacionalismo exasperado y agresivo, tenían además la función psicológica de asegurar cierto sentimiento de participación a las clases populares que estaban destinadas a ocupar la base de la pirámide social y cuyos sentimientos de valor personal debían ser de algún modo compensados. Así, la ideología de los fascismos europeos se adecuaba al tipo de grupos sociales que constituían su base humana. Una concepción jerárquica que permitía satisfacer las necesidades psicológicas de las distintas capas de la clase media, y la trasposición de tal jerarquía en el orden internacional con el mito de la superioridad racial y nacional, destinada a asegurar la integración también de las clases "socialmente inferiores" (según la jerarquía a regir en el interior de cada país). Huelga advertir que esta extrema esquematización sólo puede proporcionarnos una visión deformada del fenómeno concreto, complejo y contradictorio como toda realidad social. Recordemos, sin embargo, que el fascismo italiano (hasta 1943), incluso cuando llegó a acentuar el supuesto carácter antiburgués, prefería hablar de "nación

proletaria" frente a "naciones plutocráticas" o "capitalistas"; es decir, tendía a proyectar la lucha de clases en términos internacionales, evitando así, incluso como recurso demagógico, la mención de las tensiones interclases dentro de la nación. Por último, y esto es muy importante para marcar una diferencia con el caso argentino, a pesar de sus esfuerzos, el fascismo no logró realmente el apoyo activo de la mayoría de los trabajadores urbanos y aun rurales. Hubo más bien "neutralización", "conformidad automática" (Fromm), es decir, una aceptación pasiva⁶ que no puede compararse con la adhesión brindada por las clases medias. Innegablemente fascismo y nazismo fueron "regímenes de masa", pero se trataba tan sólo de una parte, aunque considerable, de las masas que constituyen la sociedad moderna y precisamente de aquellos sectores medios y medioinferiores que un avanzado proceso de industrialización tiende a la vez a multiplicar numéricamente y a proletarizar desde el punto de vista económico y social.

Con el peronismo nos hallamos frente a un panorama distinto. Su orientación ideológica, para adecuarse a la base humana del movimiento, debía asumir otro contenido. Al lema fascista de "Orden, Disciplina, Jerarquía", sustituye el de "Justicia Social" y "Derechos de los Trabajadores". Excepto en algunos casos aislados (que quizá correspondieron a intentos de arribar a una modificación de la base humana del movimiento), el acento caía no ya, como en el fascismo sobre la "colaboración de las clases", sino en las tensiones entre clases. Aun evitando cuidadosamente toda medida que alterara de manera efectiva la estructura social del país (recuérdese que estamos tratando únicamente acerca del aspecto ideológico y psicosocial), se presentaba como expresión de las clases trabajadoras en lucha con la "oligarquía explotadora". La realidad subyacente era otra y escapa a nuestros propósitos examinarla aquí; lo que sí interesa es examinar

⁶ Como ha sido repetidas veces demostrado, las características de la sociedad de masa predisponen a todos los ciudadanos a una "aceptación pasiva" frente al Estado; particularmente, frente al creciente poderío de la burocracia (pública y privada). Recordar el mecanismo de "conformismo automático" tan bien descrito por E. FROMM, *op cit.*, Cap. V. También C. [W. MILLS ha descrito recientemente (con respecto a los Estados Unidos) y en términos impresionantes, la indiferencia política de la masa; ver *White Collar*, New York, Oxford University Press, 1952, pág. 382 y sgs.

Este "conformismo automático" es, por supuesto, distinto de la adhesión que caracteriza a los partidarios activos del movimiento totalitario: aquí funcionan los mecanismos irracionales a que se alude en el texto.

más detenidamente de qué manera el peronismo logró el apoyo sincero de vastos sectores populares (y ello en agudo contraste con los fascismos europeos), y cuál es el verdadero significado que debe asignársele.

En la interpretación de este fenómeno se ha incurrido en graves equívocos. Según la versión generalmente aceptada, el apoyo de las clases populares se debió a la demagogia de la dictadura. Una afirmación tan genérica podría aceptarse, mas es, por lo menos, insuficiente. Pues lo que tenemos que preguntarnos a continuación es en qué consistió tal demagogia. Aquí la interpretación corriente es la que por brevedad llamaremos del "plato de lentejas". El dictador "dio" a los trabajadores unas pocas ventajas materiales a cambio de la libertad. El pueblo "vendió" su libertad por un plato de lentejas. Creemos que semejante interpretación debe rechazarse. El dictador hizo demagogia, es verdad. Mas la parte efectiva de esa demagogia no fueron las ventajas materiales, sino el haber dado al pueblo la experiencia (ficticia o real) de que había logrado ciertos derechos y que los estaba ejerciendo. Los trabajadores que apoyaban la dictadura, lejos de sentirse despojados de la libertad, estaban convencidos de que la habían conquistado. Claro que aquí con la misma palabra libertad nos estamos refiriendo a dos cosas distintas; la libertad que habían perdido era una libertad que nunca habían realmente poseído: la libertad política a ejercer sobre el plano de la alta política, de la política lejana y abstracta. La libertad que creían haber ganado era la libertad concreta, inmediata, de afirmar sus derechos contra capataces y patrones, elegir delegados, ganar pleitos en los tribunales laborales, sentirse más dueños de sí mismos. Todo esto fue sentido por el obrero, por el trabajador general, como una afirmación de la dignidad personal. Se dijo que de ese modo se alentó la indisciplina y el resentimiento. Esta interpretación, creemos, constituye un error tan grave como la teoría del "plato de lentejas". Ha habido excesos y abusos, que en todo caso fueron la contrapartida de igual o peor conducta del otro lado. Mas el significado de esas conquistas fue otro. Para comprenderlo hay que recordar el estado de inferioridad y de inseguridad en que se encuentra el obrero. Quizá nada más elocuente que la descripción que nos da Simone Weil en ese impresionante documento que es *La Condition Ouvrière*. El obrero —dice Simone Weil— en el trabajo siente como si de continuo le estuvieran repitiendo al oído: "Tú no eres nadie

aquí. Tú no cuentas. Estás aquí para obedecer, para soportar, para callarte". Tal repetición es irresistible. Se llega a admitir, desde lo más hondo de uno mismo, que en verdad no se es nadie. Todos los obreros de fábrica, o casi todos —afirma esta escritora que compartió ese tipo de vida durante muchos años— tienen algo de imperceptible en sus movimientos, en sus miradas, y sobre todo en la expresión de sus labios, que indica que se les ha obligado a no contar para nada".⁷ En tal estado psíquico, la afirmación de ciertos derechos en el ámbito inmediato de su trabajo, en el ambiente mismo que ha llegado a considerar como un lugar de humillaciones, ha significado una liberación parcial de sus sentimientos de inferioridad, una afirmación de sí mismo como un ser igual a todos los demás. Debe tenerse en cuenta, además, que esta experiencia de liberación era nueva para gran cantidad de trabajadores. Pues aquí debemos agregar dos circunstancias fundamentales. En primer lugar, recordemos que en la Argentina, desde hacía más de una década, no existía tampoco la democracia formal; con pocas excepciones, no había elecciones libres, la actividad sindical era muy perseguida, y los partidos se desempeñaban con dificultad. En segundo lugar, el proceso de rápida industrialización iniciado al comienzo de la década del treinta había producido el trasplante de grandes masas rurales, sin experiencia política ni sindical, a las ciudades, particularmente al Gran Buenos Aires. Para estas masas estaseudolibertad de la dictadura fue la única experiencia directa de una afirmación de los propios derechos.

4. LA IRRACIONALIDAD DE LAS MASAS EN EL NAZIFASCISMO Y EN EL PERONISMO

Para confrontar la actitud properonista de las clases populares en la Argentina con la actitud profascista de la pequeña burguesía en Europa, debemos tener en cuenta tres elementos de esencial importancia: a) los intereses *reales* de los dos grupos sociales dentro de sus respectivas situaciones históricas; b) la medida en que los dos regímenes totalitarios los satisficieron efectivamente en cada caso y el alcance de la divergencia entre la satisfacción "real" y las satisfacciones "sustitutas" e "irreales" que fascismo y peronismo pudieron hacer experimentar a sus secuaces por medio de los "mitos" propios de sus respectivas ideologías (nacionalismo y racismo por un lado, "justicia social" por el otro); c) los medios de información y de

⁷ SIMONE WEIL: *La condition ouvrière*. París, Gallimard, 1951, pág. 244.

comprensión de la situación historicosocial que poseían ambos grupos, tomada debida cuenta de su nivel de instrucción, de su grado de participación en la vida nacional y de su experiencia política previa ⁸.

Cuando comparamos la actitud de los dos grupos en función de los elementos mencionados, llegamos a la conclusión de que la "irracionalidad" de las clases medias europeas fue sin duda mayor que la de las clases populares en la Argentina. Veamos, en efecto, cuál era el origen de las severas frustraciones a que se vieron sometidas aquéllas, según se señaló anteriormente. El problema "objetivo" que se les presentaba lo hallamos en los cambios historicosociales que tenían a proletarizarlas. Por un lado, su formación mental, su estilo y su plan de vida, y, de consiguiente, sus expectativas estaban ajustadas a una situación que efectivamente les aseguraba —en promedio y como grupo— su cumplimiento (en lo económico —nivel de ingresos—, en lo vocacional —tipo de ocupación y prestigio de la misma— y, por lo tanto, en lo psicológico). Mas, por otro lado, la posibilidad de ver realizadas tales expectativas fue destruida por una serie de profundos cambios: la transformación de la estructura tecnoeconómica (transición a una fase monopolista y de alta concentración capitalista), el surgimiento de un proletariado que no sólo ejercía un creciente y peligroso poderío en lo político, sino que ya amenazaba igualar o superar las tradicionales posiciones de pequeños privilegios (en nivel económico y prestigio) hasta entonces tranquilamente disfrutadas por las capas inferiores de las clases medias (esto también en razón de los cambios tecnológicos que aumentaron la capacidad profesional y el significado social de oficios tradicionalmente "proletarios") la catástrofe bélica y sobre todo la extrema inflación con la consiguiente destrucción de los ahorros y —lo que mayor significado tiene desde el punto de vista psicológico— de su función como "regla de vida" (de "expectativa" en un plan vital), la competencia desenfrenada en

³ En esta discusión debemos acudir a una serie de conceptos no muy aclarados en el texto: racionalidad o irracionalidad de la acción, intereses "reales", condiciones "objetivas", satisfacciones "sustitutas", satisfacciones "irreales", etc. Tales conceptos se integran en una teoría general acerca de la racionalidad de la acción, que sería demasiado largo exponer aquí. Se indicará solamente que todos esos términos implican una comparación entre el punto de vista subjetivo (del grupo actor, a cargo de la acción) y el punto de vista objetivo de un observador colocado en perspectiva privilegiada con respecto a la del actor). Esta comparación se extiende desde la percepción de las condiciones exteriores hasta las condiciones subjetivas del grupo actor, a sus motivaciones "reales" (a veces inconscientes), en comparación con las motivaciones conscientes experimentadas, etc.

las carreras liberales o la desaparición de éstas con su reducción a "puestos" burocráticos. Tales son algunos de los aspectos de la crisis que las clases medias alemanas e italianas (y de otros países europeos) tuvieron que enfrentar en un espacio de tiempo menor que el de una generación, es decir, en un lapso demasiado reducido que no les dejó la posibilidad de lograr aquellos reajustes graduales a través del mecanismo de sucesivos reemplazos generacionales, que constituye el proceso habitual para épocas menos críticas. Frente a esta crisis la pequeña burguesía no percibió el significado "verdadero" de los cambios que se producían a su alrededor, ni mucho menos su peculiar situación dentro de ellos. Siguió aferrada a sus actitudes de "prestigio" y "vida decorosa", a sus (en gran parte, ilusorios) privilegios de clase, a su "superioridad" social sobre los "trabajadores manuales"; es decir, mantuvo su tradicional identificación con la mentalidad de la alta burguesía. Para sustentar estas actitudes no sólo debía necesariamente rechazar toda posibilidad de alinearse con los obreros (o, por lo menos, con parte de ellos) para bregar por un programa de moderadas reformas dirigidas a mejorar de manera efectiva su situación, sino que debía *diferenciarse netamente* del proletariado y para ello adoptar una orientación política opuesta (incluso a las posiciones moderadas del socialismo democrático), sin tener en cuenta en absoluto las posibles coincidencias que hubieran podido existir (y que de hecho existían) entre sus intereses "reales" y los sustentados por agrupaciones que expresaban la posición política de las clases "socialmente inferiores". Es verdad que en la ideología que abrazaron, en los contradictorios e incoherentes programas de los partidos nazifascistas⁹, figuraban algunos "puntos" que podían interpretarse como reflejando de manera más directa alguno de los problemas de las clases medias; recordamos como típicos (de ninguna manera los únicos) los temas de la lucha contra la gran empresa y las concentraciones monopolistas (sobre todo en su forma comercial, negocios con cadenas de sucursales, etc.) Pero aun en estos ataques, los objetivos quedaban significativamente desfigurados a través de la peculiar interpretación nacionalista y racista: no se atacaba a la "gran empresa", sino a la gran empresa "extranjera o judía". Los defectos y contradicciones de la estructura economicosocial se interpretaban ahora como obra de personas realmente ajenas a la comu-

⁹ La incoherencia representaba una característica reconocida de los programas nazifascistas. Mussolini hizo repetidas veces su apología.

nidad nacional, hacia las cuales se proyectaba el odio y el resentimiento de la "pequeña gente" de las clases medias. Además, como ya se dijo, el antiburguesismo fascista se limitaba a oponer *naciones* proletarias a *naciones* burguesas.

De este modo se lograba canalizar su frustración, y a la vez diferenciarlos de las posiciones clásicamente "proletarias".

Debido a esta "ceguera", las clases medias italianas y alemanas en lugar de adoptar las posiciones que, según un análisis "racional" de la situación, tenían mayores probabilidades de salvarlas en lo económico y en lo espiritual (por supuesto, en un plano diferente del de su anterior situación en la sociedad de fines del siglo XIX), proyectaron sus problemas y reivindicaciones en términos de nacionalismo, de racismo y de imperialismo, sirviendo así como masa de maniobra de los designios de *élites* cuyo triunfo político los iba a colocar en situaciones mucho peores "objetivamente" que aquellas de las que trataban de escapar. Además de todo esto, cabe recordar las restantes consecuencias del tránsito a una sociedad masificada, algunas de cuyas características hemos señalado anteriormente, y que actuaron de manera profunda para facilitar la eclosión de los movimientos totalitarios. Sin embargo, como tales factores no representan en realidad un rasgo diferencial entre el caso argentino y los europeos, nos limitamos a recordarlos aquí como parte del trasfondo general.

Para completar el cuadro debemos agregar que las posibilidades de información y la preparación política de las clases medias eran sin duda suficientes, de no haber intervenido factores "irracionales" que deformaron su percepción de la realidad, para lograr un ajuste adecuado frente a los angustiosos problemas que debían enfrentar.

Como se sabe, el triunfo del régimen totalitario, lejos de modificar la situación objetiva, y las causas estructurales que habían arruinado a las clases medias, tendía a reforzarlas (aumento de la concentración monopolista, de los controles, etc.); sólo les proporcionó ciertas satisfacciones "sustitutas" que, como ya vimos, podían aplacar la expresión (subjetiva) irracional de la crisis por que atravesaban: afirmación del orgullo nacional, conquistas militares, desigualdad legal, jerarquía, y, particularmente, racismo.

Recordemos ahora cuál era la situación de las masas populares argentinas. Recientemente urbanizadas e industrializadas, sin experiencia sindical y muy limitadas posibilidades de procurársela, con un

movimiento gremial desorganizado por luchas internas y represión policial, con una legislación social por cierto inadecuada al grado de industrialización alcanzado (y, por lo demás, en gran parte letra muerta), debían enfrentar una clase patronal no menos reciente, con toda la improvisación y defectos del capitalismo de especulación y aventura y ninguna conciencia de los problemas sociales del trabajo. Este mismo desconocimiento existía, por otra parte, en la mayoría de los grupos dirigentes, incluyéndose en ellos no pocos que se consideraban sinceramente democráticos. El periodismo "serio" reflejaba también una análoga actitud a este respecto. En tal situación las clases populares necesitaban, en primer lugar, adquirir conciencia de su poder, e incorporarse a la vida nacional como una categoría de fundamental significado en todos sus órdenes; en segundo lugar, estaba (y está) dentro del ámbito de sus intereses lograr cambios estructurales capaces de asegurar a la vez un desarrollo más pleno y armónico de la economía del país, y una más adecuada participación de ellas mismas en los resultados de tal desarrollo; por último, era esencial para las clases populares lograr un reconocimiento claro de sus derechos individuales en el campo laboral, derechos que no solamente debían estar sancionados en leyes y convenios, sino también en el trato diario y en la conciencia de los empresarios y de sus agentes, de los representantes del Estado, burocracia, policía, justicia, etc., así como en general por las clases medias y dirigentes, por la prensa y demás medios de expresión.

¿En qué medida realizó la dictadura estos objetivos de las clases populares? Por cierto, nada hizo en el orden de las reformas estructurales. Por el contrario, en este sector no sólo provocó un empeoramiento de la situación preexistente, sino que con sus errores, despilfarros y corrupción, puso en serio peligro la estabilidad económica del país. Desde este punto de vista, pues, la adhesión popular al dictador produjo consecuencias contrarias a los intereses populares. Mas un balance algo distinto se nos presenta con respecto a los otros dos puntos. Por un lado, no cabe duda de que las masas populares lograron con el peronismo una conciencia de su propio significado como una categoría de gran importancia dentro de la vida nacional, capaz de ejercer cierto poderío. Y esto ocurrió sobre todo porque las clases populares sentían que la conquista del poder por el régimen y su permanencia en él dependía de su adhesión y de su activa partici-

pación, que era obra suya. Toda la carrera ascendente del dictador hasta la toma del poder constitucional e incluso en los primeros años de la presidencia, fue marcada por numerosas huelgas; es decir, muchas de las conquistas obreras de orden general, y asimismo de las mejoras logradas con respecto a determinadas empresas particulares (que tienen un significado psicológico igual o mayor que los derechos sancionados en leyes o convenios de carácter general) fueron logrados por medio de luchas sindicales, aunque esta vez el poder del Estado se hallaba detrás de los obreros en lugar de estar en contra de ellos. Recordemos ahora lo que representa para el obrero una huelga, como afirmación de su autonomía y de su valor como ser social¹⁰. La experiencia de haber participado en algunas huelgas triunfantes bajo el signo del peronismo bastaría por sí sola (especialmente para una masa no acostumbrada a ejercer sus derechos sindicales) para darle la sensación de su poderío y de su significado y aporte en los cambios políticos del país. Por último, está la experiencia crucial del 17 de octubre, muy pronto transformado en mito y en la cual la participación popular, aunque debió organizarse, fue experimentada como absolutamente espontánea por los participantes. A este propósito vale la pena poner en claro un error bastante difundido. Se compara a menudo el 17 de octubre con la marcha sobre Roma (1922) o con las acciones análogas en Alemania. Nada más equivocado. La marcha sobre Roma, así como (en otra forma) la asunción del poder por el nazismo fueron obra de formaciones perfectamente militarizadas, y en gran parte de carácter profesional o cuasiprofesional. Los cuadros permanentes del fascismo estaban formados, no ya por ciudadanos que ejercían normalmente sus ocupaciones y además dedicaban su tiempo libre a la actividad política, sino por personas que se habían ido profesionalizando en esos pequeños ejércitos privados que eran las bandas fascistas o nazis. Esta situación no comprendía por supuesto a todos los afiliados, pero sí a aquellos que participaban habitualmente en las acciones.

Contrasta este cuadro con el que observamos en el peronismo: sus partidarios eran trabajadores y aunque había numerosos agentes profesionales (los que, por ejemplo, pudieron organizar la marcha

¹⁰ Una huelga, refiere elocuentemente Simone Weil, significa "Ponerse de pie, tomar por fin la palabra. Sentirse hombre por algunos días..." *Op. cit.*, pág. 169.

del 17), su característica fue la de participación espontánea o improvisada, sin entrenamiento ni disciplina, ni mucho menos, organización militarizada. Estos rasgos de espontaneidad e inmediatez en la participación popular se repiten en muchos episodios que dejaron sin duda una profunda huella en el alma popular. Recordamos como un ejemplo típico la ocupación de negocios y talleres a fines del año 1945, para lograr el cumplimiento del decreto sobre aguinaldo. Todas estas experiencias contribuyeron a formar en las clases populares una conciencia bastante clara de su poder y significado; su actitud no era, como muchos pretenden, de agradecimiento al dictador por las "dádivas" (aunque por supuesto esta clase de sentimientos no faltó en muchos), sino de orgullo por haber logrado (impuesto sería la palabra psicológicamente más exacta) sus derechos frente a la clase patronal, y de haber "conquistado el poder", según los *slogans* de la propaganda oficial. No solamente las clases populares adquirieron conciencia de su fuerza en esta oportunidad, sino que alcanzaron esa unidad que partidos auténticamente proletarios en su tradición y programas jamás habían alcanzado. El electorado se polarizó según la línea de la división de clase, cosa que no había ocurrido nunca anteriormente en el país¹¹. Depende de la particular filosofía política que se adopte valorar positiva o negativamente esta circunstancia; sin embargo, no puede negarse que este hecho atestigua una significativa homogeneidad de la masa popular, y se la puede considerar dentro de cierto límite como una prueba de esa recién lograda autoconciencia de su ser como parte esencial de la sociedad argentina.

También el tercero de los objetivos fue, por lo menos en parte, logrado. Creo que para tener una evidencia incontrovertible del cambio ocurrido en empresarios y patronos, en la clase dirigente, en la prensa, o, más en general, en la conciencia pública con respecto a los derechos obreros, bastaría comparar la atención concedida a estas cuestiones en los años anteriores a 1943 y después de la revolución de setiembre de 1955¹². Se dirá que se trata de un problema político

¹¹ Esto puede verse claramente comparando las correlaciones entre voto político y categoría ocupacional en las elecciones anteriores y posteriores a 1946. Véase G. GERMANI, *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires, Raigal, 1955, cap. XVI.

¹² Sería muy interesante comparar el contenido de los diarios —por ejemplo *La Nación*, *La Prensa* y *La Razón*— con respecto a los problemas del trabajo y asuntos gremiales, en dos períodos: 1943 y 1956, teniendo en cuenta espacio utilizado, términos y adjetivación, contenido de las noticias y comentarios, etc.

emergente de la herencia dejada por el régimen depuesto y su totalitaria organización gremial. Pues bien, aunque así fuera queda el hecho de que, en marcado contraste con el período anterior a 1943, tales derechos y en general el problema social del trabajo ocupan un lugar de esencial importancia en la dirección política del país, y su solución adecuada constituye una de las tareas principalísimas del gobernante. Contrariamente a lo que se suele pensar, los logros efectivos de los trabajadores en el decenio transcurrido no debemos buscarlos —repetimos— en el orden de las ventajas materiales —en gran parte anuladas por el proceso inflatorio—, sino en este reconocimiento de derechos, en la circunstancia capital de que ahora la masa popular *debe* ser tenida en cuenta, y se impone a la consideración incluso de la llamada “gente de orden”, aquella misma que otrora consideraba “agitadores profesionales” a los dirigentes sindicales.

Si efectuamos, pues, un balance con respecto a los objetivos reales alcanzados por las clases populares durante la dictadura, forzoso es reconocer que, aun cuando el saldo sea completamente negativo en cuanto a los cambios estructurales, no puede decirse lo mismo en lo que concierne a la afirmación de esas clases frente a las demás y frente a sí mismas. En este campo no puede hablarse, como con respecto a las clases medias alemanas e italianas de “satisfacciones sustitutas”¹³, pues esos logros —aunque de carácter psicosocial y no estructural— correspondían a sus objetivos “verdaderos” dentro de la situación historicosocial correspondiente. Podría objetarse —y con toda razón— que esos mismos logros —adquisición de autoconciencia y reconocimiento por parte de las demás clases— podían haberse alcanzado por otro camino. *En verdad de ningún modo hubiese sido necesaria la subversión institucional, moral y económica ni mucho menos el régimen totalitario, para lograr ambas cosas. La aparición de la masa popular en la escena política y su reconocimiento por la sociedad argentina pudieron haberse realizado por el camino de la educación democrática y a través de los medios de expresión que ésta puede dar.* Desde este punto de vista no hay duda de que el camino emprendido por la clase obrera debe considerarse *irracional*; lo racional hubiese sido el método democrático. Mas llegados aquí es menester pregun-

¹³ Aunque por supuesto éstas no faltaron. En realidad en la segunda mitad del período presidencial fueron numerosas: ataques puramente verbales a la “oligarquía”, incendio del Jockey Club, y otros actos análogos.

tarnos: ¿era posible dicho mecanismo democrático en las condiciones en que se hallaba el país, tras la revolución de 1930? La contestación es claramente negativa. Por ello, si tenemos en cuenta las características subjetivas que presentaban las clases populares a comienzos de la década de 1940, su reciente ingreso a la vida urbana y a las actividades industriales, su escaso o nulo entrenamiento político, su bajo nivel educacional, sus deficientes o inexistentes posibilidades de información y, sobre todo, los infranqueables límites que las circunstancias objetivas oponían a sus posibilidades de acción política, debemos concluir que el camino que emprendieron y que las trasformó en la base humana de un movimiento totalitario destinado a servir en definitiva intereses que les eran completamente ajenos, no puede considerarse, dentro del conjunto de condiciones históricas dadas, ciega irracionalidad.

Un juicio muy distinto cabe, en cambio, formular, como ya vimos, con respecto a las clases medias alemanas cuyo nivel educacional, tradición política, posibilidades de información, las capacitaban para una acción política realista, acción que, por otra parte, se presentaba como mucho más factible también desde el punto de vista de las condiciones objetivas.

Este diferente grado de irracionalidad expresa ciertas diferencias importantes en las dos formas de seudosolución totalitaria que hemos venido comparando. En el nazifascismo la mayor irracionalidad implica una particular *impermeabilidad a la experiencia*, y en este sentido cabe recordar que se ha descrito y estudiado una "estructura del carácter autoritario" muy frecuente en las capas inferiores de las clases medias europeas¹⁴.

En este caso la reeducación democrática plantea particulares dificultades: no se trata solamente de proporcionar una mayor información y educación (en cuanto al aspecto subjetivo) o incluso variar la situación dentro de los límites permitidos por la dinámica historico-social (en lo concerniente al aspecto objetivo); se precisa, además, un cambio de mentalidad *en el orden de los valores* experimentados como orientaciones y motivaciones de la acción (por ejemplo: abandono del deseo de afirmación por medio del prestigio y la diferenciación con

¹⁴ Desde los clásicos estudios dirigidos por Horkheimer en Alemania en el período prenazista, estos análisis han alcanzado gran desarrollo. Recordamos, además del citado libro de Fromm, la importante serie sobre *The Authoritarian Personality*, publicada por Harpers y Brother, 1950-52 (Cuatro volúmenes por varios autores).

respecto a otros trabajadores, etc.) No negamos que tal modificación sea posible (y de hecho se está realizando), mas afirmamos que representa un problema muy peculiar. Además, como se trata de grupos minoritarios dentro de la sociedad global, la persistencia de tales actitudes antidemocráticas, aunque indeseables, puede ser neutralizada¹⁵. La llamada "desperonización" de la masa de las clases populares argentinas constituye un problema muy distinto. Por un lado, se trata innegablemente de una cuestión de educación e información; por el otro, este solo aspecto sería completamente insuficiente. Lo que se precisa a este respecto no reside de ningún modo en un *cambio de mentalidad*, sino en *ofrecer a la acción política de esas masas un campo de posibilidades que les permitan alcanzar sus objetivos "reales"* (objetivos que, a pesar de todo, habían percibido sin excesiva deformación, aunque sí fueron engañadas con las incumplidas promesas relativas a las reformas de estructura). Tal acción debe poderse ofrecer a partir de los aspectos más inmediatos de su vida y de sus intereses: el trabajo y los problemas conexos. No puede hablarse en el caso de las clases populares argentinas de una "impermeabilidad a la experiencia"; mas la oportunidad de una experiencia positiva debe colocarse *realmente* al alcance de sus posibilidades actuales. Y esto depende no sólo de la política social del gobierno, sino también de la orientación de los partidos políticos y, además (y muy especialmente), del comportamiento de la clase empresaria y de sus agentes.

La tragedia política argentina residió en el hecho de que la integración política de las masas populares se inició bajo el signo del totalitarismo que logró proporcionar, a su manera, cierta experiencia de participación política y social en los aspectos inmediatos y personales de la vida del trabajador, anulando al mismo tiempo la organización política y los derechos básicos que constituyen los pilares insustituibles de toda democracia genuina. La inmensa tarea a realizar consiste en lograr esa misma experiencia, *pero vinculándola de manera indisoluble a la teoría y a la práctica de la democracia y de la libertad*.

GINO GERMANI

¹⁵ Aún ahora estos grupos se caracterizan por una difusión bastante intensa de actitudes totalitarias. Si el hecho no siempre se refleja en las elecciones, ello se debe a la circunstancia de que sus votos van a otros partidos (en Italia a la Democracia Cristiana, los monárquicos, y a veces los comunistas). La incapacidad de la izquierda moderada en encontrar una base electoral suficiente se debe a esta posición de las clases medias.

Del positivismo al modernismo en la prensa venezolana

“EL COJO ILUSTRADO”

por GUILLERMO KORN

—¿A quién se debe discernir el mayor mérito en la empresa de trasplante y enraizamiento del positivismo en Venezuela? Si nos atenemos al veredicto de Adolfo Ernst no cabe lugar a dudas. Aquel venerable maestro, ejemplar continuador de Humboldt para la generación de *El Cojo Ilustrado*, afirma que tal honra corresponde por entero al general Guzmán Blanco. Lo declara en 1884, al reseñar los actos de gobierno encaminados a impulsar la enseñanza de las ciencias en Venezuela. No debe desorientarnos el equívoco aparente entre ciencias naturales y filosofía. Para Ernst, las ciencias naturales eran el fundamento ineludible de la filosofía y ésta no más que la síntesis de las conclusiones científicas. La enseñanza del idioma alemán que el emigrado doctor en filosofía y maestro en bellas artes de la Universidad de Leipzig inicia en 1863 en la Universidad Central, tanto como la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales —cuya fundación promueve en 1867— y la cátedra de Historia Natural —que asume en 1874— eran para él instrumentos de cultura militante, enderezados a plantar en la alta cima —son palabras del doctor Alfredo Jahn— la bandera triunfante de las nuevas ideas.

“De esta suerte —dice Jahn— el modesto sabio que silenciosamente iniciaba a las adolescentes generaciones de su tiempo en las modernas doctrinas de la selección y la descendencia del insigne Darwin y en las de la evolución y la ontogenia de Haeckel, viene a elevarse al alto rango de libertador intelectual de Venezuela.

Escasos testimonios del credo filosófico de Adolfo Ernst quedan

en sus escritos, casi todos monografías científicas orientadas a configurar la obra definitiva que no llegó a coronar: la magna *Flora caracasana* en que registró sistemáticamente cuatrocientas variedades de helechos venezolanos de las setecientas que se conocen en la actualidad y otras cuatrocientas orquídeas de las seiscientas que señaló Schlechter en 1919. Esta austera labor científica expuesta en la sobria prosa de Ernst —asombrosa adaptación a la lengua vernácula— no se avenía a las digresiones filosóficas antimetafísicas que, sin lugar a dudas, impregnaban de serena sugestión magistral sus lecciones socráticas de viva voz en la Universidad Central, en la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales, herborizando junto con sus catecúmenos en las faldas del Ávila, en el Piso de Naiguatá, en las veladas de campamento en los valles de Aragua, Tuy, Guarenas o en las islas de los Roques, Margarita y la Tortuga. “Aquel ejercicio constante de la observación y la lógica disciplinó al estudiante en la meditación y la reflexión y, sin preconizarlo, sin proclamarlo, sin gritarlo, con un gesto silencioso y lento el doctor Ernst abría anchamente la gran puerta a la libertad de pensar.” Así lo evoca fervorosamente Eloy González, acaudillando al grupo denodado de los oficiantes de la ciencia, en medio de la turbulencia bárbara de la época; allí están, junto al maestro, Francisco de Paula Acosta, Manuel Vicente Díaz, Lino Revenga, Agustín Aveledo, Arístides Rojas, Elías Rodríguez, Luciano Urdaneta, Teófilo Rodríguez, Germán Giménez, Manuel Felipe Herrera Tovar, Luis Razzetti, Guillermo Delgado Palacios, Lisandro Alvarado.

Cuando *El Cojo Ilustrado*, en su primer número, como único programa doctrinario se cobija bajo el signo de Adolfo Ernst, resume en su solo nombre la magnitud de su magisterio en la inteligencia venezolana. “Maestro de Gil Fortoul —dice—, una de las columnas más firmes de nuestra juventud científica.”

Aunque el maestro se mostró renuente a consignar en sus obras toda generalización o síntesis de carácter filosófico, ¿qué duda cabe de que sembró el credo positivista con apasionado impulso vital? “Se han asaltado recintos murados de siglos, fiera y magistralmente defendidos —proclama Eloy González—, se han salvado abismos peligrosos, se han burlado finísimas acechanzas de táctica buida y soleada, se han alcanzado victorias cuyo número, cuya consistencia y cuya influencia revisará algún día la justicia en reposo, y se monta guardia sobre trofeos que un adversario temible, por tenaz y bien provisto, tratará siem-

pre de rescatar. Vive y vibra en esa obra el impulso inicial de Adolfo Ernst."

Vive y vibra. Quien pudo alcanzar en la pasión intelectual de sus discípulos un patronímico de tan audaz paralelismo, como es el de "Libertador intelectual de Venezuela", hubo de trascender, con el verbo encendido y la virtud paradigmática de los apóstoles, la pura dedicación científica del dato y la experiencia. El interés humano proyectado hacia la "física social" le presta flexible vertebración política trascendente al jocundo herbolario de la serranía avileña. Ante esta convicción, ¡qué preciosa la profesión de fe filosófica que se desliza justamente en las páginas en que consagra la influencia de Guzmán Blanco en la difusión del pensamiento renovador de Venezuela!

"La historia natural —escribe Ernst— considerada en su sentido más alto, no es solamente motivo de estudio para satisfacer inclinaciones personales: es una fuente de verdad que satisface la sed de aprender que se desarrolla en toda inteligencia. Ella ofrece los primeros encantos al niño curioso, robustece el carácter del adolescente señalándole luminosos senderos, da cuerpo a las visiones del adulto y tiñe con destellos de inextinguible aurora las canas veneradas del anciano. Sobre la base que ella constituye asienta el filósofo sus deducciones e inducciones más perfectas; ella abre a las artes, a la industria y al comercio los explotables veneros de la riqueza, hace brotar para el médico manantiales salutíferos, proporciona a todos un caudal de progreso, de felicidad y de bienestar; y fundirá algún día, en los mismos crisoles, campanas y cañones para fabricar instrumentos que nos den la visión de lo invisible y nos permitan la contemplación de la inmensidad."

La visión de lo invisible. *El Cojo Ilustrado*, dentro de la confianza en los métodos científicos y en las posibilidades concretas de su aplicación pragmática anuncia, casi simultáneamente con la publicación de este credo de Ernst, la fotografía de los efluvios del cuerpo humano. "Sumergiendo los dedos en un baño de hidroquina y aplicándolos por su faz palmaria sobre una placa de gelatino-bromuro de plata, en la oscuridad, durante quince minutos —procedimiento indicado por Monsieur Gustavo Le Bon—, los experimentadores han obtenido imágenes de efluvios, destacándose en redor de la huella de la pulpa de los dedos en forma de una especie de aureola luminosa o de penacho, y aun de red filamentosa. En el caso en que los dos pulgares de una

misma persona hayan sido fotografiados el uno cerca del otro, aquellos filamentos se anastomosan como si se tratara de los polos de nombre contrario de un imán." Tal lenguaje cumplía una función pedagógica en la lucha contra la banalidad supersticiosa a cuyo nivel debía librarse la batalla por la ciencia en aquella Venezuela finisecular, transida de miedos y prejuicios pacatos. La reproducción en fotograbado de la *Lección de anatomía* de Rembrandt en *El Cojo Ilustrado*, que hoy contemplamos sin advertir su significado, tuvo a su hora una intención desafiante cuando en los exámenes de ciertas Escuelas de Medicina aún podía concebirse la demostración de forceps sobre una pelvis artificial. Hasta la poesía miscelánea terciaba en la polémica torciendo de indignación el empaque académico:

*Vertebrado, mamífero, bimanio,
de roja sangre, de esqueleto óseo,
de corazón con cuatro cavidades,
vivíparo gracioso.*

*De bípeda estación, unguiculado,
de mandíbula llena de alveolos,
de dentición completa, con pulmones,
larínge, tráquea y bronquios.*

*En mi encéfalo está tu imagen fija
desde el frontal al puente de Variolo,
desde la fosa silvia y el salterio,
a los tálamos ópticos.*

*Y tu blanca esclerótica y tus cejas,
que del agrio sudor guardan tus ojos,
me dislocan, me encantan, me embelesan,
en fin... me vuelven loco.*

Pero los espíritus más selectos de la nueva generación libran la batalla con la conciencia histórica de su misión.

El Cojo Ilustrado —1892-1915— aparece justamente cuando la profesión de Cecilio Acosta germina en la tierra removida por el alemán Ernst y el criollo Villavicencio y prende en la generación de Gil Fortoul.

La sugestión de lo nacional como campo de experimentación rezumante de posibilidades inéditas para la aplicación de los métodos preconizados por el positivismo supervive luego en la renovación mo-

dernista. A Ernst y su pasión por la flora venezolana se debe en buena parte este nuevo sentimiento de lo criollo. A los indagadores de nuestra literatura les queda abierto el camino para un ensayo sobre el sentimiento de las flores en los escritores naturalistas y modernistas de Venezuela, partiendo de las primorosas divulgaciones de Ernst sobre las flores del Valle de Caracas y su aclimatación en los jardines, salas y corredores de las viejas residencias metropolitanas.

Conmueve releer, en los primeros números de *El Cojo Ilustrado*, los artículos de Adolfo Ernst sobre los jardines y las flores de Caracas o sobre la flor de mayo. ¡Qué lección de exactitud y de mesurada ironía! Enumera y clasifica las especies y variedades, describe los jardines recoletos y se burla del desdén del mundo elegante por las preciosas flores nativas que se recogen en las faldas del Ávila. "De las plantas citadas —dice Ernst— pocas han conservado su cultura moderna; es la preponderancia de las flores exóticas; la flora del país, tan rica en formas bellas y atractivas, está decididamente en la minoría, si exceptuamos varias aroideas de hojas grandes, algunas orquídeas, y una que otra palmera de nuestras selvas.

"Sabemos bien que generalmente es más fácil conseguir plantas de los establecimientos hortícolas de Europa, que obtener semillas de ejemplares de las especies indígenas, por la comodidad de nuestras comunicaciones con el exterior y la falta de actividad vital e inteligencia en los hombres que por aquí se ocupan ocasionalmente en recoger plantas para los jardines.

"Pero no es menos cierto que prevalece todavía un desprecio de todo punto de vista injusto por las plantas indígenas como lo demuestra la ocurrencia siguiente: no hace mucho tiempo enviamos a una señora, en su día onomástico, un ramillete compuesto de lo más exquisito de nuestra flora alpina: *Bleflaria glauca* y *Bleflaria ledifolia*, *Cardoquia discolor*, *Thibautia cordifolia*, *Psamusia penduloflora*, *Rachicallis caracasana*, etcétera, asociadas a las delicadas plúmulas de ciertos helechos, ramitas de selaguinella, espigas finísimas de gramíneas, tallitos de *Coccocypselum* repenes cargados de hermosas bayas color azul cobalto; y todo arreglado con el mejor gusto. El ramillete llamó por cierto la atención de cuantos lo vieron, y, a nuestra entrada a la casa, todo el mundo quiso saber qué flores tan raras eran aquellas y dónde las habíamos conseguido. Mas, cuando confesamos ingenuamente que eran hijas silvestres de la selva del Ávila, el termómetro del interés.

bajó de repente y con la exclamación: ¡Oh! ¡Eso es monte!, quedamos sentenciados nosotros y nuestro pobre ramillete.”

El rigor es científico, la emoción es criolla, la forma supera dignamente las esquivaces del idioma extraño. Este *musiú* merecía la admiración —casi la ternura— con que recibieron su imprenta los hombres de la generación de *El Cojo Ilustrado*.

La explotación industrial y comercial de los veneros de la riqueza criolla que Adolfo Ernst señala entre las proyecciones prácticas de las ciencias aplicadas, así como el destino que reserva a las campanas y los cañones, fundidos para fabricar instrumentos de precisión, se expresan con sencillo realismo. Nada parece aproximar el positivismo del sabio alemán, identificado con el destino de Venezuela, hacia el pragmatismo providencialista de Spencer o a las derivaciones religiosas de Comte. Dentro del marco histórico del positivismo tal como se difunde en América del Sur, Adolfo Ernst no alude jamás a otra realidad que no sea la de los hechos percibidos por los sentidos: cuenta, mide, pesa. En su espíritu no caben interrogaciones inquietantes sobre el porqué y el cómo de los orígenes y las causas finales que trasciendan las relaciones de los hechos susceptibles de ser captados por la experiencia y reducidos a datos. Es un positivismo descaradamente científicista. En tal sentido, si se lo toma al pie de la letra, es aventurado afirmar, como se suele, que entronca con la prédica de Cecilio Acosta. Históricamente, es verdad que la influencia de Ernst encuentra la conciencia venezolana ansiosa y predispuesta por el verbo de Acosta. Pero filosóficamente no puede hablarse de una continuidad como no sea la de enardecer la voluntad de las generaciones nuevas para abrir brecha en los resabios conformistas y el empecinamiento académico. Ernst, a diferencia de Acosta, profesa un ateísmo integral. Confía cándidamente en las posibilidades infinitas del método científico para penetrar hasta el tuétano del enigma. Y el enigma ni le quita el sueño ni le amarga la vigilia.

Acosta, aunque sublimada en el diluyente consolador de su prosa “deleitosa” —según la feliz definición de Luis Beltrán Guerrero— vivió la ansiedad romántica por conciliar la razón con la fe y aun con el dogma. Su rebelión es de estirpe protestante, es ibseniana la magnitud de su frustración. Como Solness, el constructor desesperado, se encara con lo ignoto y desafía. “Yo quiero acercarme a ese Dios, conversar con él, verle la cara.”

El positivismo de *El Cojo Ilustrado*, por su afinidad con el utilitarismo inglés, está ideológicamente más cerca de Acosta que de Ernst, si nos atenemos a las ideas filosóficas implícitas en sus campañas periodísticas por el progreso nacional. Pero es la personalidad de Ernst la que subyuga al *Cojo* y a la generación de *El Cojo*. Ambos lo proclaman su único maestro e inspirador. Es explicable. En la aventura sarmientina de civilización contra barbarie, que la vigorosa personalidad de Herrera Yrigoyen imprime al famoso quincenario, no es la dialéctica de Acosta, sino la taumaturgia de Ernst la que se impone. Se interne en la serranía selvosa o curioseee en los jardines familiares, el alemán vuelve de todas partes con los puños desbordantes de flores, peces, aves y frutas que clasifica y ordena en pautas que, al par que son desinteresadamente científicas, aguijan el orgullo nacional y el saludable apetito del lucro entrevisto detrás de la audacia exportadora e industrial.

“De todas partes —dice Alfredo Jahn— le llegaban encuestas y consultas sobre determinados productos del país y sobre las posibilidades de su explotación, y de esta manera algunos lograron introducirse en los mercados extranjeros. El mismo gobierno nacional acudía a menudo a su dictamen para la solución de problemas de orden agrícola o arancelario. Para el examen y estudio de la documentación que reposa en los archivos oficiales, en las capitales de las Guayanas holandesa y británica, relativas a nuestra frontera con esta última Colonia, entonces en disputa, fue Ernst acertadamente comisionado por el Ejecutivo Federal”...

Ernst partea la voluntad venezolana para tomar posesión de su contorno vital y señorearlo, con intención pragmática desentendida de las disquisiciones teóricas de los intelectuales. No obstante, *El Cojo Ilustrado* intenta en sus páginas la síntesis pedagógica de las ideas de Spencer y exorna con la invocación a una Providencia de neta estirpe utilitaria, la descripción de las empresas venezolanas en que se aúna la inteligencia, el capital y la industria.

Lewis Munfort, en su sagaz análisis técnico y humano de la cultura de las ciudades, señala la presencia de una providencia económica divina en los postulados del utilitarismo, resumidos, con amplitud universal, en la filosofía de Herbert Spencer. La única prueba del éxito social era “la recompensa pecuniaria que recibía el hombre emprendedor. Si esta recompensa disminuía, la empresa no era sen-

sata, y debía cesar automáticamente, ya por propia decisión o por la bancarrota. Si la recompensa aumentaba, la empresa era una actividad bendita y se expandía”.

“¡Que sea pronto una verdad práctica esta verdad científica, que lo que es para París el Sena lo es para Caracas el Guaire!”; clamaba *El Cojo Ilustrado* en 1897 propiciando la utilización de la fuerza hidráulica para la electrificación de la ciudad. Y agregaba: “¡Bendita Providencia! Un joven tan modesto como inteligente, el ingeniero Ricardo Zuloaga, unido a un grupo de capitalistas e industriales venezolanos, inspirados sinceramente en los progresos efectivos del país, ha emprendido y realizado la explotación de la fuerza provista por el Guaire en su caída de El Encantado, ¡a 36 metros de altura!”

¡Bendita Providencia! A pesar del determinismo normativo de la evolución, del utilitarismo manchesteriano, la filosofía positiva concebida como síntesis de las ciencias, había creado el mito idealista del progreso indefinido y de la fraternidad universal.

Es bajo la influencia del positivismo que “nuestra América” —feliz expresión de Martí— alcanza una cierta unidad de espíritu con manifestaciones parejas desde el Plata al Caribe.

No es un fenómeno puramente suramericano sino mundial y aparece entre nosotros, justamente, cuando es mayor la integración de América hispana en la órbita de la influencia de Europa. Para Pedro Henríquez Ureña, este europeísmo no es, en el fondo, desarraigo de la tradición y del medio nativo en el espíritu de los americanos, sino apetencia propia de “nuestra América” hacia lo universal.

Un hecho económico, una ilusión histórica y una aspiración idealista —paradojal, pero auténtica en la actividad positivista que predomina y caracteriza en ese momento al mundo occidental— conforman esta innegable unidad espiritual, que luego no logró consolidarse y perdurar.

En lo económico, la expansión capitalista, en su más eficiente período, definido por Sombart como un milagro asombroso, determina la euforia de la “prosperidad” que se desata a lo largo de la época del 90.

La ilusión histórica —ratificada por la guerra de Cuba que acaba en 1898 con el último vestigio del imperio español en América— crea la convicción equivocada del afianzamiento definitivo de las formas de convivencia republicanas proclamadas en la guerra de la indepen-

dencia. "Ocurrían aquí y allí disturbios políticos, pero se estimaba que eran supervivencias del pasado turbulento, destinadas a desaparecer" (Pedro Henríquez Ureña: *Historia de la cultura en la América hispana*).

El Cojo saluda a Cuba en un artículo de Miguel Eduardo Pardo, en el número del 1º de octubre de 1892, como la República inminente "sin crímenes ni sangre, franqueando las puertas del siglo venidero, triunfadora y sublime, como para probar al mundo que toma posesión de sus derechos porque con su libertad se perfecciona el continente, se completa América".

Este complejo, impulsivo y optimista, suscitado por los apóstoles del liberalismo científico europeo, arrebató a toda América. En el sur, el francés Amadeo Jacques echa las bases de la enseñanza secundaria bajo el gobierno de Mitre, al mismo tiempo que el alemán Adolfo Ernst llegaba a la Caracas de Guzmán Blanco en 1861. Es esta influencia —y la del médico Rafael Villavicencio, profesor de historia y filosofía— la que impulsa a los jóvenes de la nueva generación intelectual a teñir sus páginas polémicas de un tinte hartamente subversivo y hasta pecaminoso. Desde 1872 existía la Academia Venezolana de Literatura y en 1883 se había creado la correspondiente a la Academia Española de la Lengua. Venerables institutos en los que se ensañaba el filo de las hachas heterodoxas.

La llamada generación académica no fue más que un grupo sin fisonomía común. Su única caracterización puede decirse que se la dio el régimen de Guzmán Blanco, aunque unos fueran colaboracionistas y otros opositores. Key Ayala señala entre los más representativos a los Calcaño, Felipe Tejera, Saluzzo, Heraclio Guardia, Linardo, Rojas "El Marqués", Rafael Villavicencio, Eduardo Blanco. La primera generación de *El Cojo* fue la de los amigos de Herrera Yrigoyen, "ilustres francotiradores", dice Key Ayala. Este primer grupo, más homogéneo en su concepción ideológica, lo integran Aristides Rojas, Gutiérrez Coll, Bolet Peraza, Pérez Bonalde. La segunda generación, la más brillante, fue la de los hombres afines a Manuel Ravenga, por la edad y la actitud: Gil Fortoul, Lisandro Alvarado, Romero García, Zumeta, Luis López Méndez, Arturo Michelena, Cristóbal Rojas, Salvador Llamozas, Alejandro Urbaneja, Picón Febres. Key Ayala distingue una tercera generación que sería la de los muy jóvenes atraídos

al grupo de colaboradores de *El Cojo Ilustrado*. A éstos pertenecía Jesús Semprún.

En 1905, al incorporarse a la redacción Semprún, se cumple, según lo señala en sus *Temas críticos* Julio Planchart, el ciclo completo de la primera gran evolución de la revista. Desde sus remotos orígenes académicos y de su militancia positivista comienza a perfilarse como una tribuna "modernista".

Dentro de esta trayectoria positivista centralizada en torno a Ernst y a *El Cojo Ilustrado*, es necesario señalar dos personalidades muy representativas de acusado paralelismo en el empuje combativo y no menos acusada diferencia en la sensibilidad: Elías Toro y Luis López Méndez. Los hermanan el coraje para extraer del positivismo que profesan las conclusiones más extremas: ambos se preocupan por el problema de la conducta. Elías Toro lo centra en la higiene médica, López Méndez en la educación laica. Toro se caracteriza por un empecinado científicismo ingenuo. López Méndez es más artista, por el don de síntesis y la elegancia polémica de su estilo. Pudo cumplir, en la tentativa de revitalizar los postulados del positivismo en la primera década de nuestro siglo, un magisterio tan insigne como el de José Ingenieros. La muerte lo malogra en 1891.

Gil Fortoul subraya en el prólogo de la primorosa edición del *Mosaico*, impresa en Bruselas un año antes de la muerte de López Méndez, su empeño por "reemplazar el concepto de la política, como arte de hombres débiles o afortunados, por el concepto de la política como ciencia experimental"... Alienta un altivo despego por sus predecesores y les advierte a los que se van que importa saber cómo los juzgan las generaciones que vienen. "La moral científica —afirma López Méndez— hace el deber amable y funda toda su perfección en que pierde su carácter de obligación para convertirse en una necesidad benéfica de la existencia." "No es éste, por cierto —dice—, el criterio de la moral autoritaria, la cual impone el deber como una carga que hay que soportar por temor a las penas eternas, o a lo sumo por amor de Dios, por donde el deber se hace odioso, puesto que lo es toda imposición"... "Lo que es preciso enseñar a los hombres, no con amenazas de condenación eterna, sino por método claro y persuasivo, que es el más eficaz, es la moral del derecho, la que se desprende de la concepción científica de la sociedad, del estudio de las necesidades físicas, sensitivas, afectivas y cerebrales del hombre". Ci-

tando a Spencer, sostiene que “la moral tiene un punto de vista físico, puesto que trata de las actividades humanas, sometidas como todas las manifestaciones de la energía a la ley de la conservación de la fuerza: los principios morales deben ser, pues, conformes, a las necesidades físicas”.

Solamente la moral sin dogmas ni sanciones preconizada por Guyau —sostiene Elías Toro— puede ser la garantía de la perpetuidad de la República. Esa moral es necesario crearla: no existe ninguna que “satisfaga las necesidades actuales”. Admite que “para las almas sencillas no hay moral más penetrante ni más profundamente humana que la moral católica”. Pero, agrega, “por desgracia ella no es aún universal”. Sostiene que la moral protestante de los anglosajones “es uno de los factores que confiere al pueblo inglés su superioridad en la lucha de las razas por la posesión del globo. Esta moral anglosajona no prohíbe el individualismo, no veda el orgullo ni la sed de riquezas ni de honores, no marchita la ambición, ni condena las glorias humanas”.

Postula Elías Toro una moral basada en la ciencia que atienda a las necesidades espirituales de “los rebeldes”, sobre los que no tienen eficacia las religiones existentes. “Esta nueva moral podría llamarse moderna en el sentido de que no se basa en principios eternos. Será absolutamente individual; se limitará a un enfermo que sufre y a un médico que trata. Es, en fin, la higiene que se eleva a la alta dignidad de una filosofía práctica...”

Las bases de esta moral, uno de cuyos “medios esenciales es el empleo de los procedimientos de estímulo mecánico del sistema nervioso para llevar el espíritu a cierto grado de energía, reposa sobre el instinto de conservación”.

En el momento actual —dice Elías Toro en su *Estudio de las emociones*— podemos calcular con cifras aproximadamente en el manómetro a qué grado de excitación nerviosa está un espíritu alegre y otro triste. Esta es la prueba experimental de las intuiciones de Spinoza...”

La religión naturista basada en la higiene que propicia Elías Toro en *El Cojo* comunica un acento audaz y desafiante inclusive a la sección de belleza dedicada a las damas:

“Las jóvenes —dice en un artículo sobre los baños y el tocador, publicado en junio de 1892— salen de los conventos, de los grandes

colegios, con nociones deficientes sobre el aseo"... Hay que desechar las "tontas gazmoñerías"... "El agua nos hace el alma pura".

Hay personas "tan en extremo delicadas que se lavan todas las mañanas el esófago, el estómago y los intestinos, bebiendo un vaso de agua fría o tibia, otros recurren al instrumento de Molière tan sólo por medida de limpieza. Ya podéis imaginaros por esto cómo se ocuparán en asear su cuerpo exteriormente". La naturaleza —dice *El Cojo*— envía a los sucios enfermedades y vejez prematura. "Inmersiones, lavatorios con el auxilio de jabones y aun vinagres, nos darán un cuerpo resistente y ágil".

A Venezuela le corresponde ser uno de los países donde el positivismo se difunde más pronto. Si en general, en nuestra América, llega tardíamente a la cátedra universitaria —en la Argentina no antes de 1880—, puede decirse de Venezuela que allí, casi inmediatamente de ser publicada la obra fundamental de Spencer, el positivismo penetra en la universidad en 1863 con Adolfo Ernst y en 1866 con Rafael Villavicencio.

Rafael Villavicencio reivindica para sí la gloria de la introducción de la filosofía positivista en Venezuela. "La primera vez —afirma en su ensayo sobre la evolución— que expusimos los principios de la filosofía positivista, y que fue al mismo tiempo la primera vez que se habló en Venezuela de tal cosa, fue en un discurso pronunciado en la Universidad de Caracas el 8 de diciembre de 1866." En rigor la prelación cronológica entre Ernst y Villavicencio carece de interés. La verdad es que la obra de Villavicencio, más específicamente filosófica que la de Ernst, no la igualó en resonancia en la vida nacional. El médico que se emancipa de la generación académica a la que le tocó pertenecer, representa una de las más dramáticas vacilaciones vividas por la conciencia venezolana contemporánea. Entre 1893 y 1916 se ejerce el dilatado magisterio de Villavicencio. En uno tras otro de sus escritos se va perfilando como un Hamlet meditabundo del positivismo. Esto invalidó la eficacia de su influencia social, oscurecida por la impulsiva vitalidad apostólica de Adolfo Ernst. En sucesivas entregas de *El Cojo Ilustrado* se publica el más apasionado de sus ensayos: *El triunfo de Eros*. Fue profesor de historia universal en la universidad de Caracas. Entre 1866 y 1900, año en que ingresa a la Academia de la Historia, expone en sus discursos y artículos la

doctrina de la evolución y sus relaciones con el pensamiento religioso, siempre bajo la influencia de Joseph Le Comte, uno de cuyos libros traduce y prologa.

En este prólogo a *La doctrina de la evolución en sus relaciones con el pensamiento religioso*, de Le Comte, el doctor Rafael Villavicencio cita a Bergson y comenta su afirmación acerca de que "la filosofía no era otra cosa que un retorno consciente y reflexivo a los datos de la intuición". "No se ha necesitado más para que el alto clero del ateísmo le fijase la etiqueta de *clerical*. Por su parte, Mr. Boutroux ha puesto en cólera a muchos erizos positivistas declarando que los estados profundos de la hipnosis, en los que el yo cambia de personalidad y se crea él mismo su objeto, reabrían la puerta a la metafísica, desterrada vergonzosamente de la filosofía desde hace medio siglo." "Tal es la situación actual —dice Villavicencio—. El problema cuya solución urgente es exigida por ella consiste en realizar la armonía entre la Fe y la Razón, la Religión y la Ciencia, la Autoridad y la Libertad; es la solución del enigma de la Esfinge. La obra del profesor Le Comte es una piedra maestra colocada en la base del edificio por construir." El prólogo citado lleva la fecha de febrero de 1916.

En 1912 publicó *La evolución* y en 1914 un panorama de las *Ciencias contemporáneas*, en el que deserta francamente del cientificismo y anuncia un "espíritu moderno", que se resuelve para él en una reconstrucción pseudocientífica de la antigua teosofía. Entre sus escritos el más sugestivo y vibrante es la "Introducción" de dieciséis páginas que precede a su ensayo *La evolución*, publicado con motivo de que la Academia de Medicina —¡en 1912!— declara la legitimidad científica de la doctrina de la evolución. Con tal motivo Villavicencio "resume el estado actual de la cuestión desde el punto de vista científico como filosófico".

"La doctrina de la evolución —dice— nos muestra ahora, no un Dios que actuó a intervalos, creando el mundo por partes y colocando luego éstas en su lugar, como lo haría un hombre que fabricara una máquina, sino un Dios esencialmente activo que obra siempre y en todas partes, dentro y fuera de cada cosa, sacando las variedades progresivas de las formas de la unidad del principio, por una acción constante y ordenada. Dios que produce según proyectos parciales, pero que concurren a un solo plan infinito; por el cual el orden del

universo, que suena en el espacio cual cántico polífono y simultáneo, o como armonía maravillosa, en virtud de la ley de atracción, se desenvuelve en el tiempo por la ley de la evolución, con la continuidad material y lógica de un pensamiento hablado, de una armonía maravillosa que va de los movimientos más grandiosos a los más apasionados, de los esplendores de la luz a los de la inteligencia y el amor; melodía divina que no termina ni divaga nunca, expresando cada vez con más magnificencia una idea que es para el alma humana el sublime ideal posible, vale decir, no la perfección absoluta a la que el hombre no puede llegar, sino la ascensión indefinida hacia ella; jamás puede el espíritu humano, como en semejantes visiones, deducir de las cosas sensibles la majestad inefable del Creador."

Más interesante es la ya citada introducción, alegato desesperado para defenderse de la imputación de materialista y ateo con que despiadadamente lo anatematiza la Iglesia. Todo su empeño, en dramática angustia, se reduce a la tentativa de identificar el "hágase tu voluntad" de los creyentes con el determinismo científico. Empresa desesperada.

"En este punto —confiesa Villavicencio— nuestras convicciones actuales difieren algo de las expresadas en el último discurso. Creemos que el nuevo dogma que ha de servir de fundamento a la reorganización social se vincula en la ciencia integral, que armoniza con la fe y la razón, la religión y la ciencia; y que separa, en lo social, la *autoridad del poder*, subordinando el último a la primera, se entiende, la *autoridad* sin fuerza material, y cuya influencia estriba tan sólo en la *sabiduría y la virtud*.

"Concluimos: no hay contradicción entre nuestras ideas anteriores y las actuales; lo más que puede decirse es que hemos pasado del monismo agnóstico al espiritualismo, lo cual no es contradicción sino *evolución*."

El Cojo Ilustrado, siempre un paso más a la vanguardia que sus colaboradores positivistas, aunque recoge todavía las postreras divagaciones de Villavicencio, ya había superado el positivismo. Se convierte francamente en una de las primeras tribunas modernistas de América. La significación de *El Cojo* entre las publicaciones que difunden el movimiento modernista, le hace ocupar el tercer lugar en la enumeración cronológica de Pedro Henríquez Ureña. Lo preceden *El Figaro* y *La Habana Literaria*, ambas de Cuba. Y es en el curtido

tronco de *El Cojo* donde florece el gajo exquisito y efímero de *Cosmópolis*. Ocho años antes de la publicación de *Cantos de vida y esperanza*, *El Cojo Ilustrado* anticipa el sonido y el ritmo que pautan los claros clarines de *La marcha triunfal*:

*La sombra gigante de Byron conduce tus huestes famosas;
Tus héroes levantan la frente ceñida de bélicos lauros,
Y blanden con furia sus manos sangrientas espadas gloriosas,
Y arrojan vibrantes sus flechas terribles los viejos centauros.*

Está en la página 588 del segundo semestre de 1897 de la colección de *El Cojo Ilustrado*. Lo firma Leopoldo Díaz.

Después viene el llamado al orden de Díaz Rodríguez en el *Ensayo sobre la idea de la ciencia*, contra la banalidad cientificista que acaba por creer "que es igual cosa comprobar una verdad que descubrirla", que "bautiza con nuevos nombres las más rancias metafísicas". "So pretexto de aniquilar las religiones, los hombres no han hecho sino sustituir las antiguas divinidades con otra divinidad.

"No podría ser otro el resultado de la diversidad que asume entre los sabios la imagen de la ciencia, diversidad que proviene a su vez de aquella división del trabajo por la cual se ha llegado a un riguroso especialismo y se ha recluido cada sabio en una ciencia, o en una sola parte de una ciencia, multiplicándose cada ciencia en especialidades infinitas. Recluido de esta guisa, el sabio acaba por no amar la ciencia sino su ciencia, por no ver la verdad sino su verdad; y así, la división del trabajo, que fue admirable estructura de progreso, llega, si no a convertirse en germen de muerte para la ciencia misma, a matar en el sabio el espíritu filosófico. Entiendo por espíritu filosófico la continua y saludable aptitud escéptica de la mente, gracias a la cual nos encontramos en todo punto apercebidos contra nosotros mismos, gracias a la cual, según lo manda el cuerdo precepto cartesiano, hacemos a cada instante caso omiso de todos los conocimientos, y nos encontramos a cada instante empezando a conocer, prontos a recibir con ánimo sereno cualquiera verdad que venga hacia nosotros, aunque desde lejos nos parezca adversaria de la que hemos llevado hasta entonces como una perla dentro del rojo escriño del corazón, o plantada como una bandera sobre la cumbre de nuestra vida."

Venezuela no aparece incluida en las dos más recientes antologías del pensamiento filosófico en América del Sur, hechas por Aní-

bal Sánchez Reulet y el eminente maestro don Francisco Romero. Pero existe en este país una manifestación coherente de las corrientes ideológicas finiseculares que se concreta, especialmente, en torno a la gran empresa de *El Cojo Ilustrado*, animada por Herrera Yrigoyen, de la que dijo con verdad Arturo Uslar Pietri que es la acción civilizadora de mayor envergadura intentada en este país.

Hacia fin del siglo XIX el periodismo fue ciertamente una misión y siguió siéndolo en tanto perduraron, como valores en ascenso, los principios liberales y republicanos. *El Cojo Ilustrado* se sitúa gallardamente en esa línea de militancia ejemplar. Y si Venezuela merece un capítulo original y sorprendente en la historia del periodismo contemporáneo es por obra y gracia de *El Cojo*. Obra en la más noble acepción constructiva y perseverante, gracia en el sentido teológico del don que se derrama y el donaire que se advierte.

GUILLERMO KORN

REFERENCIAS:

El Cojo Ilustrado. Caracas, 1892-1915.

RAFAEL VILLAVICENCIO: *La evolución*. Caracas, 1912.

ALFREDO JAHN: *Adolfo Ernst*. Caracas, 1932.

EMMA DE KORN: *Fichero de El Cojo Ilustrado* (inédito). Caracas, 1953.

GUILLERMO KORN: *En torno al Cojo Ilustrado*. *El Nacional*, Caracas, 19 de enero 1953.

Obra y gracia de El Cojo Ilustrado. *El Nacional*, Caracas, 12 de febrero 1953.

El "Musiú" venerable. *El Nacional*, Caracas, 4 de marzo 1953.

Tiempos del escoplo contra el silogismo. *El Nacional*, Caracas, 2 de abril 1955.

Guido Gozzano y "Los Coloquios"

por ALFONSO CORRADINI

Guido Gozzano, el poeta de cuya muerte Italia se apresta a recordar los cuarenta años, nació en Agliè (Turín) en 1883 y murió, de solos treinta y tres años, en 1916. Su breve vida pertenece a la vida de su poesía, y no se muestra rica en episodios notables, si se exceptúan un viaje a la India, a donde fue con la esperanza de curarse una mortal enfermedad, y la conversión religiosa de la última hora. Murió en plena guerra mundial, luego de haber expresado la angustia de no poder tomar parte en el conflicto en que se empeñaba su patria.

*Nessuna sorte è triste
in questi giorni rossi di battaglia,
fourchè la sorte di colui che assiste...*

Se cuenta que sobre el ataúd volaron, a la salida de la iglesia, tres mariposas, las criaturas sin las cuales, según el poeta, no podía creer en la feliz morada prometida por la fe.

La obra a la que debe la celebridad es *I Colloqui*, una colección de rimas compuestas entre 1910 y 1915 que le despertaron simpatías unánimes y le procuraron un éxito en el campo literario nunca más repetido después de Carducci, Pascoli y D'Annunzio¹.

I Colloqui son, en sustancia, una autobiografía y más precisamente la expresión lírica de las confesiones del poeta en torno de la propia vida íntima: "sintesi —como él escribió—, di questa mia giovinezza

¹ OBRAS: *La via del Rifugio*, Turín, 1906. *I Colloqui*, Milán, 1911 (2ª ed. Milán, 1915; ed. definitiva, id. 1936). *I tre talismani*, fábulas, Milán, 1914. *Verso la cuna del mondo*, Milán, 1917. *La principessa si sposa*, fábulas, Milán, 1910. *L'altare del passato*, cuentos, Milán 1918. *L'ultima traccia*, cuentos, id., 1918.

che se ne va". En su más profunda esencia se nos aparecen como una tentativa de evasión del mundo de la vida real para liberarse en un mundo ideal, creado por la virtud confortadora del sueño.

El ochocientos romántico —que Gozzano hace revivir principalmente en la *Amica di Nonna Speranza*— forma parte de aquel mundo. Los objetos de la época, los miriñaques, los álbumes de fotografías, las diligencias, los chales, las esencias, las plácidas conversaciones de los gabinetes, los motivos de ciertas músicas dieciochistas y, en fin, el amor que despunta casto y tímido en el corazón de los adolescentes, ejercen sobre el poeta una viva sugestión. La provincia, con su vida calma, recogida y buena, con sus villas barrocas, los jardines incultos y el paisaje semejante a un esmalte o a una estampa, es parte no menos viva del sueño del poeta, temeroso de los "orizzonti troppo vasti" (*La Signorina Felicita; Torino*). Las reminiscencias y las imágenes de la juventud, el deseo de la salud física y moral, y particularmente del amor, "del vero amore per cui si ride e piange", que el poeta confiesa no haber conocido jamás, completan el programa de tanto paraíso. (*Cocotte; Le Due Strade*).

Gozzano siempre tiene conciencia de no ser un alma románticamente enajenada y desesperada². Quien había vivido en la vida y el arte la aventura dannunziana del *Poema Paradisiaco* y se había alimentado de la filosofía del positivismo y de Nietzsche, no podía creer en la realidad del propio sueño. Y si no se puede estar de acuerdo con Croce³ cuando considera que él "está desasido tanto de la vida alta como de la vida baja, del espíritu y del cuerpo", es claro que una vigilante y lúcida conciencia crítica liga al poeta con el mundo del hombre real y le impide hacer completamente propio el mundo ideal. La anticipada renuncia a toda lucha y la resignación están, por ello, en la base de la tentativa de liberación:

*O mio cuore, che valse la luce matutina
Raggiante sulla china tutte le strade false?*

*Cuore che non fioristi, è vano che ti affretti
Verso miraggi schietti, in orti meno tristi;*

² BENEDETTO CROCE, *La letteratura della nuova Italia*, 1945, vol. VI, pág. 372 y 55.

³ Obra citada.

*Tu senti che non giova all'uomo soffermarsi,
Gettare i sogni sparsi per una vita nuova.*

*Discenderai al niente per tuo sentiero umano
E non avrai per mano la dolce sorridente,*

*Ma l'altro beverage avrai sino alla morte.
Il tempo è già più forte di tutto il tuo coraggio.*

(Le Due Strade)

El pasado "ottocentesco" y todo el mundo ideal terminan por aparecer al poeta como "il bene supremo che non giunge mai", como "le rose che non colsi", como las "cose che potevano essere e non sono state", objeto a un tiempo de un amor, alguna vez conmovido, y una reflexión de la que nace la ironía.

El poeta que se analizó en *Totò Merumeni*, la poesía más autobiográfica, exageró la diagnosis del propio estado espiritual:

*Totò non può sentire. Un lento male indomo
Inaridì le fonti prime del sentimento;
L'analisi e il sofisma fecero di quest'uomo
Ciò che le fiamme fanno di edificio al vento.*

*Ma come le ruine che già seppero il fuoco
Esprimono i giaggioli dai bei vividi fiori,
Quell'anima riarsa esprime a poco a poco
Una fiorita d'esili versi consolatori...*

Vinculado a la vida del propio ser real, a la vida del "esteta gelido", del "sofista", en lo cual tal vez se complace con una incoherencia propia de las cosas de este mundo, no podía poseer la ingenuidad y la frescura que son privilegio de pocos elegidos. Es también verdad, sin embargo, que aquella "fiorita d'esili versi consolatori" que Gozzano cree ver nacer de la ruina del espíritu, no es un simple juego de artista. La poesía de los *Colloqui*, a pesar de los frenos de la razón y de la experiencia, es expresión de un genuino sentimiento; y prueba de ello —si no basta la sinceridad con la cual el poeta canta en los momentos más felices— es la conmovida reivindicación que hace de aquel mundo ideal.

*Il fanciullo serò tenero e antico
Che sospirava al lume delle stelle
Che meditava Arturo e Federico,*

*Ma lasciava la pagina ribelle
Per sotterrare le rondini insepolti
Per dare un'erba alle zampine
delle disperate cetonie capovolte...*

(I Colloqui)

De ahí el arte que anima a la obra.

LA POESÍA DE LOS "COLLOQUI". "I COLLOQUI" Y LA CRÍTICA. LA "NO POESÍA"

La poesía de los *Colloqui* ha despertado siempre y despierta una indiscutible fascinación en el que se acerca a ella; y es superfluo ahora, aun frente a las conclusiones de la crítica más reciente, preguntarse si tal fascinación tiene su razón de ser en un efectivo valor estético o más bien en factores de naturaleza extraartística: tales, principalmente, algunas afinidades entre aquella poesía y las necesidades espirituales del hombre moderno, afligido por tormentos y disensiones análogos a aquellos de los que los *Colloqui* se han hecho intérpretes⁴. Ninguno osa hoy negar a la obra las cualidades artísticas, y todo el problema se reduce a recogerlas y establecer su real nivel, problema aparentemente fácil si es verdad que "las principales poesías de los *Colloqui* son felices por arte y otro tanto son límpidas y transparentes"⁵, pero en realidad de no fácil solución, a juzgar al menos por los principales juicios expresados en los últimos tiempos.

La primera objeción que se puede hacer a toda la crítica, en general, se refiere a la clasificación de Gozzano entre los así llamados "crepusculares", poetas que a fines del siglo XIX y a principios del XX personifican el apagarse de nuestra gran jornada lírica, iniciada con Parini y concluida con la tríada Carducci, Pascoli, D'Annunzio, y que cantan con tono humilde, modesto y discursivo los aspectos marginales de la vida y su propia crónica impotencia sentimental: el primer Moretti, Chiaves, Martini —según la indicación de Borgese—, Corazzini, Saba, Govoni, el primer Palazzeschi y muchos otros, según el ensanchamiento hecho por la literatura sucesiva. Excepto Croce, a quien no interesan las clasificaciones, y Calcaterra, que ve en él un poeta original, no hay crítico que no admita la imagen de un Gozzano crepuscular, distinto solamente por una más notable capacidad sen-

⁴ CROCE, obra citada.

⁵ CROCE, obra citada.

timental y expresiva⁶, por una completa armonía entre su mundo y la representación lírica⁷, o en fin, por una personalísima cualidad, la ironía, que transforma en algo original el mundo de los crepusculares.

Estéticamente hablando, las afinidades de temas y motivos no tienen importancia y, por otra parte, sería muy simple demostrar cómo la gran mayoría de las opiniones han partido de un concepto no bastante firme de la naturaleza del arte o de una insuficiente valoración de la lírica de los *Colloqui*. Bastará observar aquí que las disposiciones de ánimo de las que nace la poesía crepuscular, la atonía espiritual —el “estado de ánimo del que se refugia en las márgenes de la vida y canta quedamente lo que advierte⁸—, no es la disposición fundamental del poeta, para quien la vida no es indiferente y está bien lejos de acordar su canto con aquel monótono y gris de los que se complacen en las “poesie scritte col lapis” y en los “canti della propria anima mediocre”. No se trata de una diferencia sólo de forma, sino más bien, para decirlo con Calcaterra, de tono vital, porque contenido y forma constituyen en el fenómeno poético una originaria e indivisible unidad; “la forma no es sólo pericia en el manejo de las sílabas y palabras, sino ante todo, fundamentalmente, principio informativo, interior, es decir, espíritu que por su originalidad se expresa con palabras”⁹.

Ciertamente, junto con las muchas luces, no faltan las sombras en la lírica de Gozzano, y es mérito de la citada crítica haberlas destacado y reducido también a las justas proporciones, eliminando para siempre errores de valoración pertenecientes al pasado.

El artificio es visible acá y allá y Roedel¹⁰ ha observado agudamente cómo ello sirve, a veces, para llenar una pausa de lirismo en la cual se ha apagado la inspiración:

*Si rispecchia nel gran libro sublime
la mente affaticata dalle pagine,
il cuore devastato dall'indagine
sente la voce delle cose prime.*

⁶ MARCELLA MARCHESI, *Poeti crepuscolari*, Génova, 1942.

⁷ RETO ROEDEL, *Ricerche critiche*, Turín, 1930.

⁸ MARCHESI, *Obra citada*.

⁹ CARLO CALCATERRA, *Con Guido Gozzano ed altri poeti*, Turín.

¹⁰ ROEDEL, *Obra citada*.

Y aun:

*Or taci nel petto corroso mio cuore! Io resto al supplizio
Serenò come un sposo e placido come un novizio.*

“Se siente que estas cosas son queridas... Así aquel «cuore», aquella «mente», aquel «novizio», no son cosas o partes del poeta; son agregados arbitrarios, invenciones suspendidas de la fortuita urgencia de la rima”¹¹.

Lo convencional y lo ficticio no faltan tampoco y son el fruto de inspiración literaria, “libresca”, y de las convicciones estéticas del poeta, según el cual “no es el arte el que imita la vida”, sino viceversa, y “las cosas no existen si primero no las revelan los artistas”¹². Ejemplo en *Signorina Felicita*, el panorama del paisaje canavesano, que el poeta se complace en contemplar a través de los cuadros de un tragaluz y de asimilar a un antiguo esmalte, innatural, y el panorama del crepúsculo subalpino, que él aproxima a una antigua estampa bávara, en la poesía *Torino*.

Ficticia es la conocida imagen tomada de versos de De Musset:

*La luna sopra il campanile antico
Sembrava un punto sopra un I gigante.*

(*La Signorina Felicita*)

Y lo mismo puede decirse de composiciones enteras como *La più bella*, en la cual el poeta trata de librar la fantasía a través de los espacios de una isla encantada y hallar al fin de su aventura espacio de atlante geográfico marcado con los rasgos de diseño escolástico, como *Paolo e Virginia*, poemita autobiográfico modelado sobre la novela de Bernardin de Saint Pierre, donde se muestran la retórica y la oleografía.

Hay luego toda una parte en la cual el sentimiento calla y habla solamente el intelecto. Se trata de frecuentes reflexiones sobre la muerte y sobre la vida, sobre la gloria y sobre el amor, reflexiones que se pueden reducir a la mera autobiografía, y en las cuales alguno ha tratado de identificar una especie de filosofía, afanándose por hallar su naturaleza y sus orígenes y ejercitándose en interpretaciones

¹¹ ROEDEL, *Obra citada*.

¹² ROEDEL, *Obra citada*.

frecuentemente arbitrarias; y es apenas el caso de destacar que tal "filosofía" no tiene el más lejano parentesco con el arte.

De imitación no es lícito hablar y ninguno osa ya volver a exhumar las acusaciones de plagio que no faltaron de parte de cierta vieja crítica. Hay, es verdad, en los *Colloqui*, temas, motivos y hasta versos enteros, que Gozzano ha extraído de Jammes, Laforgue, Samain, D'Annunzio y hasta de Petrarca y Dante, pero es indiscutible para todos que la materia insertada en la obra de otras fuentes está allí de tal manera trasfigurada, como para asumir un acento y una originalidad semejantes a los que tiene en música una transcripción.

No se puede considerar estéticamente negativa la tan discutida ironía —contrariamente al juicio de Borgese, que había definido los *Colloqui* como "una insolente inserción de prosa en las rimas extenuadas del *Poema paradisiaco* ¹³—; y si no parece admisible que la ironía pueda elevarse a parámetro de la poesía gozzaniana, no parece menos verdadero que ella disculpe una función que, como trataremos de demostrar, es en cierto sentido una función poética.

"POESÍA EN TONO MENOR"

"Poesía en tono menor" es la fórmula crociana que define bien la medida de la poesía de los *Colloqui* y en torno de la cual, en sustancia, se pueden reunir todas las otras que aparecen válidas. Tal fórmula, sin embargo, merece ser aclarada y profundizada.

Para Croce gran poesía es "la sublime, toda pasión y fantasía, que excluye toda intervención de la reflexión y, por lo tanto, toda acción disolvente de la burla y de la ironía"; razón por la cual la poesía de los *Colloqui* debe considerarse, justamente, "poesía en tono menor; una poesía hablada y discursiva". "En tono menor, pero, sin embargo, siempre poético, porque el que domina y constantemente se abre paso a través de la crítica y la ironía es un sentimiento: el sentimiento de la aridez espiritual que atormentaba aquella alma juvenil. Sólo resplandor de forma espiritual es, aun, pero por poco, el arte. Y en la esfera del arte las hermosas figuraciones y fantasías de Gozzano tienen su puesto, y de allí traen e infunden alegría espiritual, porque tal es la eficacia de las cosas bellas, tal su magia, aun cuando,

¹³ G. A. BORGESE, *Poesia crepuscolare*, en *La vita e il libro*, Turín, 1911.

como en este caso, su belleza se despliega sobre la ruina y sobre la muerte del espíritu”¹⁴.

Nacida de aquel particular estado de ánimo que se ha visto, no hay duda que la lírica gozzaniana pertenece a un grado inferior al de la alta poesía, que tiene ciertamente los caracteres indicados por el eminente crítico. No parece exacto, en cambio, aceptar sin límites la confesión de la aridez del poeta, circunscribir el sentimiento a la conciencia de ésta y pensar que el arte de los *Colloqui* y en general cualquier arte, pueda hundir las propias raíces en la aridez del espíritu.

Muchas de las confesiones de Gozzano no son otra cosa que “trasposiciones”, motivos que el poeta ha revivido de otras poesías y no tienen ningún preciso significado autobiográfico; y en particular sería una “trasposición” aquel

*Miserere di questa mia giocosa
aridità larvata di chimere*

que reflejaría, según Calcaterra, un motivo de origen dannunziano. Más que las confesiones, de cualquier modo, que son contradichas por otras de no menor significación, se debe creer en la existencia real y constatable del sentimiento, y no se puede decir que el único sentimiento, fuente de poesía, sea en los *Colloqui* la sensación de aquella atonía sentimental. Parece, por otra parte, extraño que un arte auténtico pueda tener vida allí donde el espíritu es un desierto y ser deudor de sus, sin embargo, reconocidas dotes al trabajo de la aridez espiritual.

No diremos, sin embargo, que la poesía de Gozzano no es gran poesía por ser el “resultado de una continua autodefensa contra el sentimiento, una especie de canto con sordina”¹⁵. La pasión, en efecto, no es extraña a aquella poesía, que tal vez, en general, no es pasional, pero padece, a lo más, una leve controversia entre el mundo real y el mundo ideal de su autor, y florece, precisamente, sobre esto. El sentimiento está casi siempre presente, siempre que se pueda conciliar con la conciencia crítica, y tiene sus frutos en un arte que, si no es grandísimo, presenta ciertos atributos no comunes, y tiene su

¹⁴ *Obra citada.*

¹⁵ MARCHESI, *Obra citada.*

principal mérito en un realismo, limitado, si se quiere, pero apreciable a los fines estéticos.

En tal sentido y con aquellas reservas la fórmula de "poesía en tono menor" puede ser aceptada.

PASIÓN Y SENTIMIENTO

La pasión está viva en *Cocotte*, evocación de la mujer, la "cattiva signorina", que en una estación balnearia dio un beso y una golosina al poeta niño. En esta poesía Gozzano se abandona sin frenos a la onda de la nostalgia, y nace de allí un canto de imágenes vivas y concretas y de un acento sin igual en toda la obra:

*Ho rivisto il giardino, il giardinetto
contiguo, le palme del viale,
la cancellata rozza dalla quale
mi protese la mano ed il confetto...
...ed ella si chinò come chi abbia
fretta di un bacio e fretta di ritrarre
la bocca, e mi baciò di tra le sbarre
come si bacia un uccellino in gabbia.*

Todo está señalado con signos precisos, leves y movidos por un diseño en el que el artista ha querido recoger lineamientos esenciales: el breve escenario, los gestos rápidos, el beso furtivo.

Así el conjunto de las sensaciones que suscita en la mundana el fugaz encuentro con el chico:

*Subito mi lasciò, con negli sguardi
un vago sogno (ricordai più tardi)
un vago sogno di maternità...
.....
Perdutamente rise... e mi baciò
Con le pupille di tristezza piene.*

Hasta aquí la pasión es reminiscencia nostálgica, que se hace representación próxima al idilio y lleva los signos de un dolor que preludia la escena central: la evocación del fantasma de la mujer a través de la barrera del tiempo:

*Vieni. Che mi importa se non sei più quella
che mi lasciò quattrenne? Oggi ti agogno,
o vestita di tempo! Oggi ho bisogno*

*del tuo passato! Ti rifarò bella
come Carlotta, come Graziella,
come tutte le donne del mio sogno!*
.....

*Vieni. Ti accoglierà l'anima sazia!
Fà ch'io riveda il tuo volto disfatto:
Ti bacerò: rifiorirà, nell'atto,
Sulla tua bocca l'ultima tua grazia.*

*Vieni. Sarà come a me, per mano,
Ti riportassi me stesso d'allora.
Il bimbo parlerà con la Signora,
Risorgeremo dal tempo lontano.
Vieni. Sarà come se a te, per mano,
Io riportassi te giovane ancora.*

No están solamente en estos versos la angustia y el sufrimiento señalados por Croce; la congoja por la perdida frescura infantil y el deseo de la mujer que podría cumplir el milagro de restituírsela al poeta. Está la resurrección, operada por la poesía, de la criatura muerta, prisionera del pasado, resurrección que tiene algo de mágico: algo que nos hace asistir a una especie de rito, y a un tiempo, gradualmente, y a medida que se hacen más crecientes la pasión y las invocaciones, al retornar del fantasma a la realidad corpórea.

Cocotte es primero un sombra que pertenece a la nada, llamada a encarnarse por aquel "vieni", que el poeta repite con ritmo siempre más intenso y apremiante, casi una fórmula. Temerosa y púdica de la propia decadencia física, la sombra vacila en manifestarse; luego, después de la promesa del sortilegio que le restituirá la juventud, la belleza y la última gracia, Cocotte nos revela su rostro descompuesto y al fin, con el beso que sella el rito y restituye a la mujer su ser de un tiempo, el milagro de la resurrección se cumple. Y se cumple también el milagro del retorno del poeta a la suspirada niñez, catarsis completa, con la tranquilizadora escena de la conversación del niño con la señora, la tensión lírica que se preanuncia aun desde los primeros versos y se hace vibrante en casi todo el poemita.

Quitado este ejemplo, que bastaría, sin embargo, por sí solo para justificar la estatura poética de Gozzano, no existe en los *Colloqui* la pasión, aquella pasión que hace sublime la poesía. Hay, empero, entre

los límites ya señalados, un auténtico sentimiento que es capaz de tomar la realidad y traducirla en términos de arte.

REALISMO E IDILIO

Cuando hablamos de "realismo", en un sentido muy lato, entendemos aludir primero a aquellas composiciones que tienen por objeto, comúnmente, un episodio de la vida erótica y están ligadas como quiera a la así llamada vida baja del poeta. Son composiciones que evocan una aventura boccacesca, como el *Elogio degli amori ancillari*, o bien narran encuentros con antiguas amantes, como *Una risorta*, *Un'altra risorta*. Faltan en el decamerón de Gozzano la nota cómica y la fuerza narrativa que están en el de Boccaccio y hay, en cambio, cierto refinamiento, al menos en el modo de representar, que es extraño al cuentista de Certaldo y propio de quien está dotado de una sensualidad de género bien diverso. Razón por la cual todo acercamiento entre los dos escritores parece inconcebible.

Eso no quita que la representación realista de Gozzano sea concreta y esté provista sobre todo de aquel movimiento que ya hemos notado. He allí el retrato de la presa amorosa ("l'agile fantesca"; "il riso della bocca fresca"), y de allí la atmósfera psicológica de la aventura ("l'atessa vana", "il motto arguto e l'ora e il profumo d'istoria boccacesca"); los movimientos de la batalla amorosa ("Ella m'irride, si dibatte, implora, invoca il nome della sua signora..."); he allí la "giovinetta scalza, che fresca come una prugna al gelo matutino", llega a la habitación de Totò, "lo bacia in bocca e balza su lui che la possiede..."; y he allí al fin, "l'antica amante svelta di forme nella guaina rosa, la nera chioma ondosu chiuza nel casco enorme", que preanuncia en la actitud la aventura erótica, la cual brota imprevista del roce de un mechón de cabellos.

Estamos en el campo de la mera sensualidad, que no toca el sentimiento, y, por lo tanto, en el campo de una poesía de naturaleza inferior, a la cual no se adapta la definición crociana.

Una sensibilidad tal vez, en sentido lato, realista, pero de bien diverso carácter revelan aquellas poesías líricas que se abren al canto de la naturaleza, al retrato de los personajes, comúnmente femeninos y de grupos de personas. Pertenecen a esta categoría las poesías más célebres, que, al menos en gran parte, justifican los juicios de la crítica más reciente, desde Croce en adelante, y en general entran, según

nosotros, en la figura del idilio: figura que, nótese bien, es un ahondamiento de aquellos juicios, y aclara, precisamente, la índole y las proporciones de aquella poesía en tono menor.

El amor de Gozzano por la naturaleza, la "antica maga", la única capaz de dar al poeta una respuesta verídica y un consuelo al alma árida, es uno de los aspectos más interesantes del arte de los *Colloqui*. "En la naturaleza —se ha dicho— él se zambulle a pulmones llenos" y frente a ella "no trata de disimular o de constreñirse, sino que canta con alegría casi infantil" y "trasforma sin más el sentimiento en un sentimiento por todas las cosas simples"¹⁶; juicio éste diverso, pero no antitético de aquel según el cual el poeta, ya en el umbral de los muertos, contempla la naturaleza "como una irisación «del rostro de la vida» y el paisaje, particularmente, con la mirada del niño, ora deseoso, ora disgustado de la vida"¹⁷. Es verdad, en cambio, que entre él y la naturaleza no existe aquella compenetración profunda que podría dar impulso a una alta poesía, porque frente al Gozzano ideal, que siente el encanto del universo, y anhela hacerlo objeto de la propia vida de hombre y de artista, está, en diversa medida, el Gozzano real que se acerca al mundo externo con el peso de sus experiencias humanas y, bastante frecuentemente, con la sonrisa de la incredulidad. El idilio, por eso, con sus peculiares caracteres tanto subjetivos como objetivos, es toda la poesía de la naturaleza que nos puede dar la lírica de los *Colloqui*, aun en los momentos en que el poeta logra liberarse en parte del hombre: no es, empero, el idilio alegre, tradicional, sino un idilio que sufre más o menos, según el estado de ánimo, el influjo de la melancolía o de la ironía.

En *Due Strade* domina la resignación a la cadena de un amor entristecido por la inveterada costumbre y por la insinceridad. Pero la melancolía, que es su efecto, y confiere a la poesía la nota psicológica fundamental, deja abierto el espíritu a las imágenes de un pequeño mundo alpestre, donde por un instante el poeta encuentra refugio y consolación:

*Erano forti intorno gli abeti nell'asalto
dei greppi fino all'alto nevaio disadorno.*

*I greggi sparsi a picco, in lenti beli e mugli,
brucavano ai cespugli di menta il latte ricco;*

¹⁶ VITO M. NICOLOSIC, *Guido Gozzano*, Turín 1925.

¹⁷ CALCATERRA, *Obra citada*.

*E prossimi e lontani univan sonnolenti
al ritmo dei torrenti un ritmo di campani.*

*Lungi i pensieri foschi. Se non verrà l'amore
che importa? Giunge al cuore il buono odor dei boschi.*

La liberación de un instante, apenas levemente turbada por el deseo insatisfecho del amor y por la convicción de la inútil lucha, da vida a una pequeña obra maestra: a un panorama que suma todo género de impresiones, colores, sonidos, olores, y las reúne en una armonía que es, a un tiempo, poesía, pintura y música. La atmósfera plácida y riente —aquella atmósfera que llenaba de alegría el corazón del poeta cada vez que retornaba al nativo Canavese— es la atmósfera del idilio; y la representación concentrada, precisa y minuciosa es la manera típica de aquel género de arte que halla allí los medios para expresar el contenido del breve círculo de vida en el cual se encierra la contemplación idílica.

En otro lugar predominan las impresiones visuales y se tiene el cuadro de color claro, delicado, como en el paisaje setembrino de la *Signorina Felicita*, donde las cosas tienen las tintas, los tonos y las formas del primer otoño.

*Nel mestissimo giorno degli addii
mi piacque rivedere la tua villa.
La morte dell'estate era tranquilla
in quel mattino chiaro che salii
tra i vigneti già spogli, tra i pendii
già trapunti di bei colchici lilla.*

*Forse vedendo il bel fiore malvagio
che i fiori uccide e semina le brume,
le rondini addestravano le piume
al primo volo, timido, randagio.*

Con frecuencia se insinúa en tal representación de la naturaleza el demonio de la ironía; y el idilio asume un aspecto entre tierno y jocoso, que es verdaderamente original y no tiene precedentes en nuestra literatura.

*Ozi beata in mezzo alla giornata,
nel parco dei Marchesi, ove la traccia
restava appena dell'età passata!
Le Stagioni camuse e senza braccia,*

*fra mucchi di letame e di vinaccia,
dominavano i porri e l'insalata.*

*L'insalata e i legumi produttivi
deridevano il busso delle aiuole;
volavano le pieridi nel sole
e le cetonie e i bombi fuggitivi...
Io ti parlavo piano e tu cucivi,
Inebriate de le mie parole.*

(*La Signorina Felicità*)

La poesía se acerca a la reflexión y allí se debilita, y si la mirada experimenta un vivo deleite en las imágenes luminosas descritas en la escenita de la segunda estrofa, es, sin embargo, evidente que la poesía está lejos de la pura contemplación y del goce sensible de la naturaleza que hemos hallado en los otros ejemplos.

El efecto es, en conjunto, caricaturesco y de valor estético inferior.

Aun las imágenes de las principales criaturas femeninas tienen frecuentemente idénticos caracteres estilísticos. Graciela y Felicidad, para limitarnos a los ejemplos más significativos, hallan la expresión pictórica del ideal que personifican. Una, la frescura de la adolescencia, nos sonríe desde el pequeño pero vivaz retrato con los lineamientos de una realidad que el poeta parece complacerse en recoger de cerca.

*Adolescente l'una nelle gonnelle corte,
eppur già donna: bella forte vivace bruna
e balda nel solino dritto, nella cravatta,
la gran chioma disfatta nel tocco da fantino.*

.....
Di lungi ebbero i denti un balenio di perla.

Felicidad, la dulzura y la serenidad provincianas y caseras, nos conforta desde el primer plano de una pintura que —escribe quien es también un gran crítico de arte— es sentida con exquisita iconografía lineal y en la cual la armonía es plena, todo regulado por su orden”¹⁸:

*Sei quasi brutta, priva di lusinga
nelle tue vesti quasi campagnole,
ma la tua faccia buona e casalinga,
ma i tuoi capelli di color di sole,*

¹⁸ ROEDEL, *Obra citada*.

*attorti in minutissime trecciuole
-ti fanno un tipo di beltà fiamminga...*

*E rivedo la tua bocca vermiglia
così larga nel ridere e nel bere,
e il volto quadro senza sopraciglia,
tutto sparso d'efelidi leggere,
e gli occhi fermi, l'iridi sincere,
azzurre d'un azzurro di stoviglia...*

“Felicita, que tiene el semblante bueno y casero, encuentra su máxima exaltación en el parangón con la belleza flamenca, aquella belleza vista en los elegantes interiores de pintura, y se hace lírica en un azul, que, adecuado también, es de vajilla. Las tres notas dominantes dan el tono al retrato, y se reclaman y se compensan, dan vida y bastan a conferirle sin caricatura la impronta casera. Entre ellas hay notas que constituyen la satisfacción de la pequeña certeza gozzaniana, pequeños rasgos de un diseño incisivo, leves manchas de un color marchito, todos fieles a una imagen visual”.

Análoga disposición idílica y análoga manera representativa —en fin— vemos en los versos que reproducen un conjunto de personajes cultos, comúnmente, sobre el fondo de un ambiente de tertulia provinciana. Es éste un lugar de la poesía de los “Colloqui” que ha sido señalado, fuera del campo estético, para destacar el gusto del poeta por la historia de su Turín y su amor por la provincia, y no bastante bajo el perfil artístico. No hallamos ciertamente en la representación gozzaniana la visión de conjunto, y tanto menos la perspectiva, que son propias de cierta poesía lírica y de cierta pintura. Imágenes de los pormenores menudísimos y ausencia casi completa de planos espaciales son las notas típicas de las antiguas tertulias turinesas “beoti, assai”, “pettegoli”, “bizarri” —que comparecen en la poesía *Torino*— donde los convidados tiene las formas y la fisonomía de ciertas estatuitas de Sèvres, donde el diálogo, en dialecto piamontés, es referido en forma directa, cada movimiento se desenvuelve lento y práctico, y en fin, el lugar tiene “la tristeza de una estampa antigua” y la atmósfera es la de “un mundo sin rayo de belleza”. El confesado amor del poeta por “aquellas maneras y aquel lenguaje y aquel ambiente desconsolado y triste” es esencialmente un amor de literato, que no excluye, sin embargo, la sinceridad humana de la que nace precisamente la visión idílica, la pequeña poesía.

Más concreta y dilatada por estar inspirada, no ya por un ideal literario sino por nostalgia romántica, es la representación de la tertulia de Nonna Speranza, que tiene más o menos, empero, las mismas notas, con el agregado de un poquito de amable ironía. Y más cercana a la realidad natural y con todo idílica, la del convite nocturno en la villa de Felicita: cuadro ameno pero más bien superficial y sin líneas profundas, de un episodio perteneciente a la vida burguesa y tranquila de la provincia.

LA IRONÍA

Al idilio y a la elegía (otro elemento, según nosotros, de bastante secundario interés estético de la poesía de los *Colloqui*) se agrega la ironía: "el signo personal que trasmuta el mundo crepuscular, frío y pálido en cosa más viva, moderna y suya, que supera casi el mismo crepuscularismo, reaviva y colora aquel pequeño mundo, al cual el poeta no puede adherirse del todo", según una autorizada opinión ¹⁹ en pleno contraste con la ya citada de Borgese.

La ironía, sin embargo, tiene en Gozzano un origen diverso del de los poetas crepusculares, cuya sonrisa, fruto de aridez, es signo de incredulidad en las mismas pequeñas cosas que ellos cantan y límite de la efectiva angustia que encierra su pequeño mundo. En nuestro poeta es el resultado de un desencanto, de aquella posición espiritual ya vista que abraza un mundo mucho más concreto y más vasto, lo hace objeto a un tiempo de amor y de incredulidad, pero no lo descrea al punto de no poder sacar de él empuje para una genuina poesía. Tal diferencia basta para confutar la tesis según la cual la ironía sería un factor corrosivo de aquel escaso sentimiento que los crepusculares y el mismo Gozzano habrían heredado de D'Annunzio, pero no basta para convalecer la tesis opuesta, que pretendería hacer de la ironía el epicentro de la lírica de los *Colloqui*, y la verdad es que el mayor valor de la musa gozzaniana está en otra parte, y que los efectos de la ironía son, en los *Colloqui*, ni más ni menos que efectos de un sonriente aspecto caricaturesco; y pues ya se sabe que la caricatura, alianza agradable entre la fantasía y la reflexión, no pertenece al gran arte, parece excesivo prolongar su importancia más allá de los límites lógicos y naturales.

Sonriente caricatura es la expresión precisa que, bajo el perfil

¹⁹ VICINELLI, *Obra citada*.

estético, distingue la poesía de Gozzano en los lugares en que la ironía se enlaza al idilio y a la elegía, porque la ironía nunca supera ciertos límites y encuentra siempre equilibrio con el sentimiento y con la misma musicalidad, que es atributo del estilo del poeta y que alguna vez —como se ha observado con otro propósito— hace hasta difícil el descubrimiento de la nota humorística.

A veces la ironía es abierta y jugando con la tristeza da lugar a una poesía singular en la que una y otra tienen su propio ritmo. Ejemplo de ello es la composición *Alle soglie*, en que el poeta se burla de su enfermedad y de la ciencia de los viejos doctores sabihondos, y no se sabe si es más interesante el leve pesimismo dominado por la resignación o la caricatura de los médicos retratados en su inútil atarearse en torno del paciente y puestos en solfa con aquel

Sorriderei se dopo non fosse mestieri pagarli

a un tiempo melancólico y cómico.

El mismo sentimiento idílico es abiertamente ironizado sin que la escena y las imágenes tomen un carácter resueltamente cómico y, lo que más importa, sin que su frescura se pierda. Ya hemos considerado qué visible es esto en un cuadrito de la *Signorina Felicita* y podremos citar, en el mismo poemita y en otra parte, diversos ejemplos, entre los cuales la representación de la cocina de villa Amarena: representación que halaga y fascina al poeta, el cual, para no ser ampliamente conquistado por ella, siente la necesidad de insertar en la mitad una observación un poco prosaica, y sin embargo graciosa y sonriente, que por un instante interrumpe el encanto y despierta al poeta de su sueño:

*M'era più dolce starmene in cucina
tra le stoviglie a vividi colori:
tu tacevi, tacevo, Signorina:
godevo quel silenzio e quegli odori
tanto tanto per me consolatori,
di basilico d'aglio di cedrina...*

.....

*Sotto l'immensa cappa dei camino
(in me rivive l'anima di un cuoco
forse...) godevo il sibilo del fuoco;
la canzone di un grillo canterino
mi diceva parole, a poco a poco,
e vedevo Pinocchio e il mio destino...*

Más eficaz, por ser sugerida, es la caricatura que mana directamente de las cosas.

Caricatura sugerida mucho más que expresada es la confrontación que se cumple, siempre en la *Signorina Felicita*, entre la evocación, un poco nostálgica, de un pasado esplendor nobiliario y la descripción, no obstante reposada y serena, de una realidad presente gris y burguesa que habla por boca de la pequeña familia de un labrador con fama de usurero. Tal confrontación está casi siempre implícita, está en las escenas y en los episodios, y sobre todo en el tono levemente burlón y a veces malicioso, y no tanto en las palabras. De aquí los efectos de más notable relieve artístico.

Gozzano se sonríe ya de aquel mundo patricio ya de aquel mundo burgués y su sonrisa es particularmente visible en la representación de un desván en que se muestran los restos de uno y los desechos del otro: un enorme retrato neoclásico, estampas de personajes ilustres, y alrededor una "stirpe logora e confusa: topaie, materassi, vassellame, lucerne, ceste, mobili, ciarpame".

Lo mismo puede decirse de la célebre representación de los muebles en el gabinete del siglo XIX de Nonna Speranza, donde la caricatura es gustosa tal vez sin el comentario que despunta entre los versos y es el fruto de nostalgia y de conciencia crítica:

*Loreto impagliato ed il busto d'Alfieri, di Napoleone
i fiori in cornice (le buone cose di pessimo gusto!)*

*il caminetto un po'tetro, le scatole senza confetti,
i frutti di marmo protetti dalle campane di vetro,*

*un qualche raro balocco, gli scrigni fatti di valve,
gli oggetti col monito "salve", "ricordo", le noci di cocco,
Venezia ritratta a mosaici, gli acquarelli un po'scialbi,
le stampe, i cofani, gli albi dipinti d'anemoni arcaici,*

*Le tele di Massimo d'Azeglio, le miniature,
i dagherotipi; figure sognanti in perplessità,*

*il gran lampadario vetusto che pende in mezzo al salone
e immilla nel quarzo le buone cose di pessimo gusto,
il cucù dell'ore che canta, le sedie parate a damasco
chermisi... rinasco, rinasco del mille ottocento cinquanta!*

EL ESTILO. CONCLUSIÓN SOBRE EL ARTE DE LOS "COLLOQUI"

En arte forma y contenido se presentan en una indivisible síntesis y las observaciones que son lícitas al crítico sobre forma, que es lo mismo que decir sobre estilo, deben considerarse en función de aquella unidad. A la luz de esta premisa encuentra su justificación las observaciones hechas por la crítica sobre la forma de los *Colloqui* y a las que nada nuevo hay que agregar. La armonía, señalada por Roedel —al que se deben las principales observaciones sobre este tema— no puede surgir como signo distintivo de la lírica de Gozzano, pero es ciertamente el índice de la plena y perfecta coherencia de la forma y el contenido. Y coherente, vale decir armónico, es sin duda el estilo simple y llano, muchas veces casi discursivo, lejano tanto de los vuelos pindáricos como de la expresión común y prosaica, que se adhiere a un mundo de proporciones en general no vastas y nos da la representación ya vista. Estilo siempre "fácil, corriente, y fluido, jamás enfático y pedestre, sino ágil y delicado", como conviene a una poesía que tiene sus raíces en una "fantasía razonada", "poesía en tono menor", tiene el más visible mérito en la musicalidad, siempre presente, en mayor o menor medida, en todas las principales poesías: especialmente en *Amica di Nonna Speranza*, que es sin duda la más musical.

La rima, instrumento que Gozzano adopta con habilidad y pericia de maestro, es su medio, y produce, con aquellas agudezas que sólo conoce quien sabe qué exigente de la forma fue el poeta, una onda rítmica, una melodía en la cual se mecen plácidamente escenas e imágenes: una melodía "que frecuentemente se escucha y se complace de sí misma."

Se ha notado cómo a veces la onda rítmica se demora en la repetición de una palabra, de la cual toma empuje una nueva efusión de sonido:

*Fu lui a donarmi quel libro
ricordi? che narra siccome, amando senza fortuna
un tale si uccide per una, per una che aveva il mio nome.*

Y se ha notado también cómo la rima es frecuentemente interna y retornan por costumbre las palabras, procedimiento éste que confiere a la frase musical una sugestión sutil y de trémula expectación:

*Silenzio bambini! Le amiche — bambini fate piano —
Le amiche provano al piano un fascio di musiche antiche.*

Las cualidades musicales son las más llamativas, pero no las únicas, porque si es verdad que el gusto del sonido y de la armonía musical es una prerrogativa del poeta, no es menos verdadero que lo es el del color, de la forma, del movimiento, de todas aquellas impresiones, en suma, que hemos destacado durante nuestro análisis, razón por la cual la lírica de los *Colloqui* es también pintura, dibujo, escultura; en otros términos, arte en el cual el estilo participa en todo del contenido y es todo uno con él.

La conclusión principal que se puede sacar de todo nuestro análisis es la colocación de Gozzano en el justo puesto que le corresponde en el cuadro de valores que componen nuestra literatura.

Aparte la imagen, de ayer y de hoy, de un Gozzano "crepuscular", parece lícito adherirse a la intuición, hasta no hace mucho tiempo aislada, de un poeta que está vivo para cuanto de concreto tiene su poesía y valorarla en el ámbito de la tendencia contemporánea a reivindicar su grandeza y su originalidad. Poesía a la cual había predicho un rápido eclipse quien no había entendido su significado y suscita, en cambio, un siempre creciente interés, signo de su ya indiscutible vitalidad; poesía que se acerca fácilmente al corazón del hombre moderno, el cual conserva un mínimo de romanticismo bajo la corteza del árido escéptico, tiene todos los requisitos para agradar.

Fuera de su valor psicológico, sus dotes bastan para conferirle el título por un juicio estéticamente positivo. Pasional, aunque un solo momento, feliz resultado de un equilibrio entre disposiciones de ánimo de por sí opuestas, expresada en una forma igualmente feliz, aquella poesía es una pequeña joya con la que cualquier literatura querría adornarse.

Que no sea gran poesía no tiene excesiva importancia, si se considera que la Poesía siempre se ha nutrido del arte de los así llamados "menores" y sobre todo si se tiene presente que en algunas composiciones suyas o en algunos trozos la lírica de Gozzano asciende a alturas superiores; y que sea poesía original, fruto de un sentimiento y de un estilo personalísimos, ninguno osaría negarlo sin destruir la evidencia. Y tal vez, frente a las condiciones de la poesía contemporánea, no es excesiva la afirmación de Calcaterra, según la cual Gozzano es el último poeta original llegado después de D'Annunzio.

La posición de Gozzano en nuestra historia literaria nos parece

ahora clarísima, y aparece bien determinada por Croce en su *Historia de Italia de 1870 a 1914*, en la cual afirma que su voz y la de Gaeta fueron las únicas voces de auténticos poetas que se hicieron sentir en aquel período infecundo de nuestra lírica. Hoy, si miramos la producción poética que ha seguido de cuarenta años acá, no tenemos serio motivo para modificar el juicio.

ALFONSO CORRADINI

Evolución del verso en el teatro de T. S. Eliot

por MIGUEL ALFREDO OLIVERA

La poesía dramática, según nos dicen los manuales de literatura, nace de la lírica (puesto que los personajes expresan sus propias ideas y sentimientos) y de la épica (puesto que en escena *pasa algo*, que es lo que llamamos *acción*). Y la evolución que va de lo lírico a lo dramático, corre paralela con la que va del coro al diálogo.

Evoquemos, por lo que tiene de pertinente, esta evolución.

Todos sabemos que el origen de la tragedia en Grecia se remonta al culto de Dyonisos; y que éste se propaga desde antiguo con el cultivo de la vid. Poco a poco se enriquece con elementos extranjeros, que le vienen de Tracia, de Lydia, de Frigia, y se inspira en ideas filosóficas y místicas, sea bajo la influencia del movimiento religioso que llamamos orfismo, sea al contacto con los misterios eleusinos. La ciencia mitológica no puede hacer la historia exacta de esta evolución, pero a la literatura le interesa porque de aquí nació la tragedia y el drama.

Tres rasgos esenciales tenía el culto de Dyonisos:

- a) La exaltación de los sentimientos (quejas y regocijos);
- b) El carácter mímico de las fiestas dionisiacas, y
- c) El *culto de los héroes*.

a) En la poesía lírica, un principio de armonía llevaba a la medida; la exaltación dionisiaca, en cambio, es la *ebriedad*: un momentáneo delirio, una poderosa conmoción que sacude al hombre entero.

Como todos los mitos que se relacionan con la naturaleza, el que nació de las viñas era tan pronto sombrío como gozoso. La vid, que pareció muerta durante el invierno después de haber sufrido la mutilación aparente de sus tallos, renace en la primavera con pujante

exuberancia; aparecen los brotes tiernos que se expanden rápidamente, se cubren de hojas y, por fin, desarrolla el fruto soportando los calores del estío que parecieran quemarlo. Las bienhechoras lluvias le han ayudado a hincharse y a madurar. Durante el otoño, a punto ya de madurez, se lo cosecha, se lo prensa, y corre el jugo de los racinos que han de llenar las cubas. Es el momento de la alegría de los viñateros, de alegría ruidosa. El vino nuevo fermenta; se lo guarda en toneles, y a la primavera hay nuevas fiestas, no menos alegres, cuando se empieza a beberlo.

Todo esto, traducido en mito, se convierte en la historia de un dios que tan pronto sufre, tan pronto triunfa. Hay lugar, pues, en su culto, para los sentimientos más opuestos, y estos sentimientos hacen irrupción hasta con violencia, en fiestas tradicionales: en ciertos momentos risas, mascaradas, alegría carnavalesca (de aquí nace la comedia); en otros momentos quejas, cantos de duelo en los que aparece vagamente la imagen del destino humano conducido al través de sus vicisitudes dolorosas por potencias superiores. Y de aquí nace la tragedia.

b) El culto dionisiaco no sólo ha proporcionado al drama los sentimientos que requería, sino que lo ha dotado también del principio creador de su forma, desarrollando el instinto mímico.

Muchos cultos griegos comportaban la representación del mito que se celebraba, pero ninguno de esos cultos puede compararse con el de Dyonisos: en el estado de exaltación, que le era inseparable, los devotos se identificaban con su dios o con sus compañeros habituales los sátiros. En medio del delirio dionisiaco, se imaginaban las cosas como presentes. Los participantes se disfrazaban para parecerse más a los personajes cuyas aventuras cantaban: coros de hombres vestidos con pieles de cabra, que a sí mismos se llamaban trágoi, representaban a los sátiros, compañeros turbulentos de Dyonisos. Estos coros satíricos fueron la forma elemental de la tragedia, el rudimento.

c) Sin embargo, para la verdadera tragedia, era necesario otro elemento: el culto de los héroes, que creció en Grecia paralelo al culto de Dyonisos. Los héroes celebrados por la epopeya eran como los dioses particulares de las ciudades y familias. Crecieron en im-

portancia a medida que los grupos de poblaciones se iban organizando más compactamente en Estados o en ciudades bajo influencias aristocráticas. Eran los protectores, de los que todos se enorgullecían. La conmemoración de los héroes en cantos narrativos era ya un rudimento de tragedia, porque el sujeto era el mismo y la emoción de los auditorios no difería demasiado de la que más tarde había de sentir el público de Esquilo. Unos y otros desarrollaban ante sus ojos el espectáculo de una humanidad heroica, en la que veían agitarse sus propias pasiones, sus sentimientos más profundos. Y ya aquel espectáculo les llenaba de terror, de admiración, de piedad, de simpatía. Sólo faltaba ahora la forma estrictamente dramática.

Aristóteles nos dice que la tragedia nació del que preludiaba el ditirambo diniosíaco (Poét.) y agrega que primeramente fue improvisada. El que preludiaba, exárjon, era un cantor que sin duda desenvolvía muy libremente un tema narrativo sobre un ritmo fácil. El coro, compuesto ordinariamente de sátiros, le respondía con fragmentos que habían de ser necesariamente aprendidos de antemano, a los cuales se mezclaban los gritos de dolor. Faltos de testimonios, sólo podemos tener una vaga idea de estos cantos, pero lo que Aristóteles pone fuera de toda duda, es la importancia del exárjon y la parte librada a la improvisación.

Merece la pena recordar a Thespis, quien en el año 580 fue el que introdujo un actor. ("Thespis había empezado siendo poeta lírico". T. S. Eliot). El exárjon del ditirambo era, al fin de cuentas, un jefe de coro o corifeo. Pero Thespis asoció al coro trágico un recitador que no formaba parte del coro y cuyo papel consistía en conversar con él, o sea, responder a sus preguntas. Las situaciones podían variar, y así fue como se desarrolló la acción. Aunque en forma elemental, apareció el diálogo. Y el diálogo fue sustituyendo paulatinamente al recitativo de la narración.

Podemos decir, pues —con Nietzsche—, que del espíritu de la música nació la tragedia, y que el verso siguió la trayectoria formal que va del coro al diálogo, de la forma cantada o recitada, a la forma conversada; el solemne pie métrico de Esquilo llegó a ser el yambo conversado de Eurípides, y del coro religioso y aterrante del primero, llegamos a la sentencia escueta, a la réplica mordaz de dos interlocutores que dialogan, verso a verso, que es lo que caracteriza el estilo de Eurípides, el más moderno de los antiguos trágicos.

Finalmente, quiero recordar un hecho: que toda esta maravilla se pudo hacer en verso y que el verso, escrupulosamente elaborado, no fue un lecho de Procusto, ni una cárcel que ahogaba la fantasía del poeta, sino la vasija preciosa que contenía el zumo de los más exquisitos racimos.

T. S. Eliot concentra en sí todos y cada uno de los pasos de esta evolución que va de lo lírico a lo dramático, de la música al diálogo.

Comenzó siendo, en efecto, un poeta lírico que allá por el año 1922 hizo furor con su poema *The Waste Land* (El erial) y que estaba ya completamente consagrado cuando aparecieron sus *Four Quartets* (1936-41).

Su interés por la poesía dramática no se hizo esperar. Aún antes de escribir piezas de teatro, se ocupó como ensayista, como conferenciante, de temas relacionados con él; casi la mitad de los ensayos contenidos en sus *Selected Essays* (1932) se relacionan con el teatro o con problemas de la poesía dramática. En todo momento hubo una constante preocupación por la forma, es decir, por el pie métrico que había de utilizar, hasta llegar al glorioso día de hoy en que Inglaterra le debe nada menos que la resurrección de su poesía dramática que parecía ya desterrada definitivamente de la escena.

Recordemos ahora, en pocas palabras, cuál ha sido la historia del teatro en Inglaterra. Nacido en el siglo XVI, alcanzó su apogeo a mediados del XVII, con la obra de Shakespeare, Ben Johnson, etcétera. Era entonces teatro en verso, y lo corriente era el verso blanco (pentámetro yámbico). Bajo la dictadura puritana, naturalmente, el teatro sufrió un momentáneo eclipse, y renació con la restauración de la monarquía, en 1660. La comedia estaba de moda y la prosa remplazaba al verso. Esto duró durante todo el siglo XVIII (con la cumbre de Sheridan) y recibió nuevo impulso en el siglo XIX cuando G. B. Shaw creó su teatro de tesis social, siempre en prosa.

Durante esta época, el teatro era no solamente en prosa, sino también prosaico. El poeta irlandés Synge y los del Abbey Theatre de Dublín (en Francia podría citarse, entre otros, a Paul Claudel) se propusieron hacer teatro poético. Y lo lograron; pero todavía el verso no era la forma corriente. Y el hecho es que el público que acudía

al teatro estaba ya acostumbrado a oír que los personajes hablaran en prosa, y desconfiaba del verso.

Por supuesto que la prosa no es siempre prosaica: a veces es altamente poética; y el verso no es siempre poético: en la poesía dramática de los más grandes autores encontramos versos que son, y han de ser, prosaicos. Este problema, para decirlo en forma más embrollada, más graciosa y en inglés, podría presentarse así: "When is poetry not poetry?" o "When is prose not prose?" Pero, otra vez, ¡cuidado! no caigamos en la confusión de lo que es verso y de lo que es poesía.

¿Qué ventajas puede tener en el teatro, el verso sobre la prosa? T. S. Eliot, en su obra *Poetry and Drama*, nos dice:

... "más allá de las emociones y motivos nominables y clasificables que constituyen nuestra vida consciente orientada hacia la acción (porción de vida que el teatro en prosa es perfectamente adecuado para expresar), hay un margen de sentimientos, indefinido en su extensión, que sólo podemos descubrir, por así decirlo, fuera de foco y que nunca podrán definirse completamente; de sentimientos que sólo captamos en una especie de temporal apartamiento de la acción".

"Esta peculiar esfera de la sensibilidad —sigue diciendo Eliot— puede ser expresada por la poesía dramática en sus momentos de mayor intensidad. En tales momentos, tocamos los límites de aquellos sentimientos que sólo la música puede expresar."

¡De modo que la música! Éste era, precisamente, el punto de partida: la música, que se fue haciendo poesía lírica y luego poesía épica y dramática.

T. S. Eliot, que quiere llegar a la meta de la música, con la alta Poesía, partió —como los poetas trágicos griegos— de la música del coro y de la lírica, tal como lo anunciaba en su tan citado verso: "In my beginning is my end".

A todos nos parece evidente que es más fácil que el teatro poético —en verso— nos venga de poetas líricos que aprendan a escribir para el teatro, antes que de hábiles dramaturgos en prosa que aprendan a hacer poesía. Lo primero es posible (es, además, un hecho); lo segundo, muy poco probable.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Veamos la trayectoria de Mr. Eliot, como poeta dramático.

1. Se inició hace unos 25 años con un poema dramático titulado

Sweeney Agonistes, cuyo protagonista simboliza al *ciudadano*, al "hombre moyen sensuel", de los poemas líricos anteriores: "apeneck Sweeney", producto de la gran urbe industrial. Todavía no es teatro.

2. Al poema del ciudadano, sigue el de la ciudad, *The Rock. A Pageant Play*, un fragmento dramático o desfile histórico en el que los coros llevan máscaras y dicen sus recitativos. Tampoco era teatro, propiamente hablando, pero sí el origen de la tragedia que anunciaba a Esquilo.

3. Cuando apareció *Murder in the Cathedral* (1935), tuvimos ya teatro poético y en verso. Y el público respondió: después de su estreno en Londres, en 1935, permaneció en la cartelera un año entero y sobrevivió a la abdicación de Eduardo VIII.

El tema puede sintetizarse brevemente así: un hombre vuelve a su hogar pensando que viene a recibir el martirio y, efectivamente, es asesinado. Se trata de Thomas Becket, Arzobispo de Canterbury, a quien la Iglesia ha canonizado declarándole mártir. No pasa nada más, pero asistimos al asesinato perpetrado por los Barones de Inglaterra. Un coro de mujeres histéricas y un grupo de frailes razonadores hacen comentarios lírico-corales. La obra es casi toda en verso, exceptuando dos pasajes en prosa: el sermón de Navidad pronunciado por el arzobispo y la justificación de los Barones, que al final del drama y dirigiéndose al público del siglo XX, razonan sobre los motivos más o menos altruistas que han tenido para asesinar al arzobispo. T. S. Eliot reconoce que, como principiante, tuvo la ventaja de su tema, referido a un remoto período histórico lo suficientemente alejado del presente como para que los personajes no sean reconocidos por el público como sus semejantes y tengan por lo tanto, convencionalmente, licencia para hablar en verso. Los pintorescos trajes de época ayudan mucho para esta aceptación formal. Además, la obra había sido especialmente escrita para un "festival" religioso, y el público que va a ver una obra religiosa en un festival religioso —dice Mr. Eliot— "espera pacientemente que lo aburran satisfaciéndose a sí mismo con la sensación de haber realizado una obra meritoria".

Pero para un público corriente, para el que acude al teatro y no a un festival religioso, ¿tenían los versos una total pertinencia dramática? ¿Eran directamente comunicables —de autor a audiencia— como Eliot quiere ahora que sea el verso dramático? ¿No eran más bien, como en Esquilo, trozos líricos de alta poesía?

Analizada esta obra por su autor mismo, le hizo llegar a la conclusión de que, a pesar del éxito, no había llegado a resolver ningún problema de carácter general y que aquél no era el camino a seguir en una segunda obra. En aquella etapa de su singular evolución, Mr. Eliot se había propuesto y lo había conseguido, *evitar todo eco de Shakespeare*.¹ Al uso del verso blanco atribuye Eliot el fracaso de los poetas dramaturgos del s. XIX, porque a fuerza de ser usado, o era Shakespeare, o había perdido la flexibilidad que el efecto coloquial requiere. En *Murder in the Cathedral*, el uso mesurado de los yambos, el empleo de aliteraciones y una que otra rima ocasional inesperada, diferenciaban su versificación de la usada en el s. XVII. Pero para otra obra futura quedaba pendiente siempre el problema de la métrica.

En cuanto al coro, Mr. Eliot dice que lo empleó por dos motivos: 1º) lo limitado de la acción; 2º) para un poeta que escribe por primera vez para la escena, el verso coral está más cerca de su anterior experiencia que el diálogo dramático.

En la próxima obra se propuso integrar el coro más íntimamente dentro de la acción. He aquí el paso que va de Esquilo a Sófocles y que, como en la tragedia griega, marca la tercera etapa de Mr. Eliot.

4. Está ya dicho que el público se encuentra dispuesto a aceptar el verso en boca de personajes con trajes de época. Mr. Eliot debía ahora hacérselo aceptar en boca de gente vestida como nosotros, que vive en departamentos y usa teléfono, automóvil y radio. "Lo que tenemos que hacer —dice Mr. Eliot— es traer la poesía al mundo en que vive el público y al que regresará al salir del teatro; no trasportar al auditorio a un mundo imaginario, totalmente distinto del suyo; si hacemos aquello, nuestro mundo cotidiano, sórdido y lúgubre, se vería iluminado y trasfigurado repentinamente."

Mr. Eliot quiere que el público que escuche el nuevo tipo de verso, en el nuevo tipo de drama, pueda exclamar: "También yo puedo hablar en poesía". No pasaría, desde luego, de una ilusión paralela a la de Mr. Jourdain, de Molière, que se encantaba al saber que también él podía hablar en prosa. Una ilusión, porque Mr. Jourdain, con su buen sentido burgués, tenía razón antes de que su pedante pedagogo lo hiciera caer en el engaño: su conversación era apenas habla, no prosa. La prosa elaborada es tan artificial como el verso o, si se quiere, el verso es tan

¹ Tome Vd. un hondo tema dramático, redáctelo en versos yámbicos y no podrá salir otra cosa que Shakespeare.

natural como la prosa. Un prosista como Bernard Shaw equivale en su instrumento —¡y él mismo lo pensaba!— a un poeta como Shakespeare.

Deliberadamente buscó, pues, T. S. Eliot para su obra siguiente, un tema de la vida contemporánea, con personajes de nuestro tiempo. Su primer problema fue, como siempre, el de la versificación; trataba de encontrar un ritmo próximo al lenguaje contemporáneo. Obtuvo entonces un tipo de verso que, con ligeras variantes, ha seguido empleando: un verso de cualquier número de sílabas, cesura móvil y tres —o cuatro— acentos tónicos. El ritmo es marcadamente trocaico con muchos dáctilos intercalados. Así, pues, aunque la forma aparece indefinida para un oyente de primera intención, ha sido sabiamente tejida e impone su disciplina naturalmente a un actor sensible. Si bien se escucha, no hay posibilidad de que sea confundida con la prosa.

Los primeros versos de *Family Reunion* ya nos dan la pauta, expresando al mismo tiempo los íntimos pensamientos y temores de la madre, Amy, Lady Monchensey, sola en el salón de su vieja casona:

*"Not yet! I will ring for you. It is still quite light.
I have nothing to do but watch the days draw out,
Now that I sit in the house from October to June,
And the swallow comes too soon and the spring will be over
And the cuckoo will be gone before I am out again."*

¿Qué sucede en esta obra, en *Family Reunion*? Pues no sucede nada, y éste es, precisamente, su principal defecto. Amy, la vieja Lady viuda, convoca a una reunión de familia porque vuelve al hogar su hijo Harry, el mayorazgo, y ella piensa que por fin se hará cargo de la vieja casa solariega de Wishwood y permanecerá allí como su señor. Vuelve Harry, en efecto, pero no para quedarse, sino sólo para averiguar su destino; y al fin se vuelve a ir. Eso es todo.

Sobre la escena no pasa nada, porque lo que tiene que suceder ha sucedido ya, en el pasado, antes de abrirse el telón (recuerda en esto a Ibsen). Harry retorna perseguido por las Erinnias, como Orestes después de matar a Clitemnestra. Y es que Harry también ha matado a su mujer y así lo confiesa a la familia horrorizada. En realidad, no la ha matado en el hecho sino en la intención; pero, como dice uno de los personajes, Agatha la tía de Harry, "no hemos escrito un cuento policial de crimen y castigo, sino de pecado y expiación". Cuando Harry averigua sus antecedentes familiares, comprende los hechos y se

comprende a sí mismo: una maldición pesa sobre su familia —como la de los Atridas en la tragedia griega— y es la voluntad divina que haya expiación en uno de sus hijos. Por la tía Agatha sabemos que Lord Monchensey, padre de Harry, no amaba a su mujer Amy, sino a ella, a su cuñada; y que precisamente antes del nacimiento de Harry pensó en deshacerse de su mujer, de lo cual fue disuadido por Agatha que amaba ya al niño que había de nacer, por amor al padre. Harry vuelve pues a Wishwood para renacer y es precisamente en primavera, en que la tierra renace, cuando las Erinnias se trasforman para él en Euménides, ya no lo persiguen: lo guían, y comprende su destino. El final es poéticamente incierto: Harry se va, según unos, para hacerse misionero; según otros, para recomenzar su propia vida.

¿Y el coro? El coro está representado por los tíos de Harry, los honorables tíos, honestos, normales y monótonos, de los cuales se vale el autor para expresar los verdaderos pensamientos y sentimientos de sus personajes, obligándoles a que digan lo que jamás dirían en público.

El paralelo de Harry con Orestes surge evidente; desde la maldición de familia —o pecado original— hasta la persecución de las Furias que se trasforman en Euménides o ángeles guardianes.

En *Family Reunion* hay también un dueto casi puramente lírico, entre Agatha y Harry, escrito en versos cortos de sólo dos acentos. Los actores los recitan como si repentinamente cayeran en un trance, y están un poco al margen de la acción, como las arias de ópera.

Cuando Mr. Eliot se decidió a ser dramaturgo, se planteó bien claramente el hecho de que cuando la poesía es mera decoración, o añadido adorno, resulta superflua. Tiene que justificarse a sí misma dramáticamente: la primera ley es, pues, la de su pertinencia dramática. Si no encaja en la acción, debe suprimirse.

También ha de ser evitada —en opinión de Eliot— la mezcla de prosa y verso, tal como él mismo hizo (por las razones puntualizadas) en *Murder in the Cathedral*, y tal como lo hacía Shakespeare. Y la razón es que el tránsito de una a otra forma obliga al público a tomar conciencia del intermediario, es decir, de la prosa o verso en que se están expresando los actores. Sólo se justifica cuando el autor desea producir un sobresalto o transición. Esto lo aceptaba fácilmente el público isabelino, para el que prosa y verso concurrían naturalmente porque gustaba por igual lo ampuloso y lo soez en una misma obra, y ya esperaba que los rústicos hablasen en su rudo lenguaje hogareño, mientras los

altos rangos tenían que declamar versos. Sin embargo, hoy conviene eliminar la mezcla, es decir, eliminar la prosa. Hay que aspirar a una forma de verso en que pueda decirse todo lo que haya que decir. Claro que habrá que ser suficientemente hábil como para decir cosas llanas sin caer en el báthos y alcanzar los más altos vuelos sin pomposidad, cosa más importante aun si la obra de teatro tiene por marco la vida contemporánea. El ritmo del verso ha de actuar sobre los oyentes sin que éstos se percaten. Claro que no siempre será Poesía, sino solamente cuando la situación dramática haya alcanzado tal grado de intensidad que la poesía sea su expresión natural, porque entonces es el único lenguaje en que pueden expresarse las emociones.

La poesía ha de estar siempre supeditada a la acción dramática, como en el verso de Otelo —¡tan citado!— al encontrarse en la noche con su enfurecido suegro y sus amigos:

"Keep up your bright swords, for the dew will rust them";

que expresa ironía, dignidad y arrojo, e incidentalmente nos recuerda la hora nocturna en que se desarrolla la escena.

5. Después de las experiencias anteriores, T. S. Eliot dio un paso más adelante en su propia concepción del drama en verso. Nada de Coros ni de Furias. ¿Se olvidará de la tragedia griega? Nada de eso. Pero ahora es un simple punto de partida y disimulará sus orígenes de tal manera que nadie pueda identificarlos. Y, en efecto, ningún crítico inglés lo logró, aunque, por un privilegio de la rapidez mental porteña, lo hizo un argentino. La obra de Eliot es *The Cocktail Party* y el punto de partida la *Alcestes* de Eurípides. El excéntrico Mr. Reilly —por otra parte tan inglés— que bebe ginebra con "una gota de agua" y prorrumpe en cantos intempestivos, tiene un comportamiento parecido al de Heracles en la citada obra de Eurípides.

La poesía, en *The Cocktail Party*, ha sido sometida a una dieta rigurosa, en vista a su estricta pertinencia dramática. Aleccionado por su anterior experiencia, una idea dominaba a Mr. Eliot, por sobre todas las demás: que en una obra de teatro debe suceder algo de vez en cuando; que hay que mantener al público a la expectativa de ese "algo" que va a suceder y que, cuando al fin sucede ha de ser diferente, aunque no demasiado diferente, de lo esperado.

Desde un cierto punto de vista, *The Cocktail Party* puede considerarse como una "drawing-room comedy", y tiene en su "setting" algo del teatro de la Restauración (Congreve), algo de Sheridan y algo de

Wilde. El público que acude al teatro con la intención de ver una divertida comedia de salón, sale satisfecho. Pero, por supuesto tratándose de T. S. Eliot, hay otra dimensión, la de profundidad.

A primera vista, pues, se nos presenta como una comedia de enredo. Hay un matrimonio de gente madura —Edward y Lavinia— y una pareja de jóvenes —Peter y Celia—. Edward ama a Celia y su esposa Lavinia ama a Peter. Peter ama a Celia y ésta corresponde a Edward. Estas parejas intercambiables se desenvuelven, muy a la inglesa, con el pleno y exacto sentido de la propia respetabilidad. Cuando se abre el telón asistimos a un “cocktail party” fracasado, porque, aunque algunos de los invitados llegan, la dueña de casa, que es Lavinia, acaba de abandonar a su marido. Aparece un médico psiconalista, el Dr. Sir Henry Harcourt-Reilly (el Herakles de Eurípides, el *Deus in machina* del drama que se comporta de una manera muy extravagante. Por lo pronto, aunque está entre los invitados, nadie sabe quién es ni cómo se llama. El segundo acto transcurre en el consultorio del Dr. Reilly quien trata de iluminar a cada uno de los personajes para que sepa seguir su propio camino. Como resultado de ello, Lavinia vuelve con su marido, Peter se va al Canadá a proseguir su trabajo, y Celia se hace “nurse” y parte para el África como misionera. Éste es el acto poético y metafísico por excelencia, y el más difícil de interpretar para los actores. El tercer acto, por fin, que es más bien un epílogo, se desarrolla otra vez en casa de Edward y Lavinia (“in my end is my beginning”), momentos antes de que lleguen los invitados a otro “Cocktail party”: Edward y Lavinia han aceptado sus propias circunstancias, como todos los demás. La cosa transcurre muy alegremente hasta que el ángel de la muerte cruza el salón con sus alas silenciosas para anunciar que Celia Coplestone ha sido crucificada en el África encima de un hormiguero. Nadie lo olvidará pero todos vuelven a sonreír: comienza el Cocktail party.

Como vemos, la construcción apretadamente teatral es, en esta obra, casi perfecta. Toda la experiencia anterior ha sido aprovechada. Hay diálogo profundo y vivaz. Y hasta las Euménides de *Family Reunion* se han transformado en dos excéntricos personajes —Julia y Alex— muy excéntricos (muy ingleses) y muy humanos. Éstos offician de ayudantes del Dr. Reilly, pero es claro su papel de ángeles guardianes que comienzan siendo un tanto molesto (y a esto se reduce su reverso de Fu-

rias). Dicho sea de paso, la solución y el fondo de *The Cocktail Party* es típicamente católica.

Hasta aquí pues, Mr. Eliot, dentro de la evolución de su propio teatro, ha llegado a lo que llegó Eurípides dentro de la evolución de la tragedia griega. ¿Qué había de hacer ahora? Se le abrían dos caminos: elevar la propia poesía dramática, sin concesiones, hasta las altas cumbres que seguramente él puede alcanzar; o bien, con el instrumento métrico ya logrado, perfeccionar la arquitectura teatral para ofrecernos, por así decirlo, un segundo Cocktail Party. Sus admiradores esperaban que hiciera lo primero; él se decidió por el segundo camino. Y así nació su última obra de teatro *The Confidential Clerk*.

6. Sepamos, rápidamente, de qué se trata.

Los integrantes de un matrimonio sin hijos —Sir Claude y Lady Elizabeth Mulhammer— han tenido hijos previamente, y cada uno de ellos por separado. El hijo de Lady Elizabeth ha sido extraviado. Cuando se abre el telón, Sir Claude acaba de traer a su casa al joven Colby Simkins —a quien cree su hijo— con el propósito de que ocupe el puesto del viejo Mr. Eggerson su “confidential clerk”, su hombre de confianza, ahora jubilado. Más adelante, sin ofender la esterilidad de su mujer, se propone adoptarlo. Cuando llega Lady Elizabeth siente por Colby una instantánea simpatía y llega a creer que es su propio hijo perdido. Están de acuerdo, pues, en la adopción; pero Colby que no está nada seguro de sí mismo, convoca a su tía, Mrs. Guzzard, quien hace sensacionales revelaciones: Colby no es el hijo natural de ninguno de los Mulhammer, sino el hijo legítimo de ella. Aclara además la situación del hijo extraviado de Lady Elizabeth, que, para que todo quede en familia, se casa con la hija previa de Sir Claude, mientras el diputado Colby Simkins se va a seguir su propio camino, que es el destino que le marca su verdadero padre, un músico como él.

Para trazar este argumento, T. S. Eliot acudió otra vez a beber en su inagotable Fuente Castalia: la tragedia griega; pero esta vez no disimuló sus orígenes con vagos parecidos: la semejanza es aquí cierta y evidente. En el *Ion* de Eurípides, en efecto, se encuentran todos los elementos argumentales de *The Confidential Clerk*.

Veamos:

1. Xuto y la princesa de Atenas Creúsa constituyen un matrimonio estéril y ambos tienen sed de paternidad; exactamente lo mismo que

Sir Claude y Lady Elizabeth Mulhammer en la obra de Eliot. 2. Apolo, el verdadero padre, engaña a Xuto haciéndole creer que Ion es su hijo; tal Mrs. Guzzard, la verdadera madre, hace creer a Sir Claude que el hijo de ella es hijo de él y de otra. 3. Xuto se propone primeramente llevar a Ion a Atenas como huésped, no como hijo, para no ofender la esterilidad de Creúsa; después piensa hacerle su heredero. No otra cosa hace y dice Sir Claude Mulhammer. 4. Cuando Creúsa ve por primera vez a Ion, siente por él una instantánea y misteriosa simpatía; que es exactamente lo que le sucede a Lady Elizabeth cuando ve por primera vez a Colby Simkins (aquí la diferencia aparentemente importante sería que Creúsa es la verdadera madre de Ion; digo "aparentemente", porque Lady Elizabeth cree ser la madre de Colby y ya sabemos que "così è se vi pare", aparte de que Lady Elizabeth ha hecho un arte de eso que los ingleses llaman *make-believe*. 5. Hasta el esclavo pedagogo de Eurípides es semejante al fiel Mr. Eggerson que combina con su amo el plan de adopción y es objeto de las más íntimas confidencias personales; los consejos que el pedagogo da a Creúsa ("incendia el templo", "mata a tu marido", "envenena al bastardo") no son, por cierto, los que razona el prudente y medido Mr. Eggerson, pero tampoco hoy en día los adulterios, previos o no del marido, y aun de la mujer, se toman tan a lo trágico en la vida moderna civilizada.

A estos parecidos argumentales evidentes entre Eliot y Eurípides, hay que agregar uno menos visible pero de fondo. Recordemos que el tema del héroe nacido de los amores de un dios y una mortal se halla en toda la leyenda griega y llega hasta nuestros días en múltiples obras, tales como el *Anfitrion* de Giraudoux, para citar una. En la antigüedad, estos episodios se trasformaban en altos misterios religiosos (como en *Las suplicantes*, de Esquilo) o en algo tierno, pero siempre reverente (como en las *Odas* de Píndaro). En el *Ion* de Eurípides, en cambio, parece que hiciera ya irrupción el espíritu de la comedia: niños perdidos, gritos de madres dolientes, equívocos y situaciones ambiguas; ¡hasta el coro, que escucha las revelaciones importantes y es amenazado por el tritagonista para que no las divulgue, aunque —coro de mujeres— aprovecha la primera oportunidad que se le ofrece para divulgarlas! Y el todo está sazonado con una punzante ironía a pesar de la situación trágica de la mujer engañada por el dios. La ironía —nos decía Gilbert Murray— es la manera de expresión propia de quien, sintiéndose poseído por la pasión, no quiere dejarse arrebatado por ella. ¿No será

éste el caso de Mr. Eliot? Su *Confidential Clerk* marca un paso adelante en lo que podríamos llamar *farsa seria*, iniciada con *The Cocktail Party* y que arranca, como acabamos de ver, del *Ion* de Eurípides. *The Confidential Clerk* es una farsa, por el gracioso e intrincado embrollo que se va desenredando ante los ojos y oídos del espectador. Es seria, porque en ella se trata, entre otras implicaciones, del “conócete a ti mismo” socrático, de la vocación, de la herencia psicológica y —como en *The Cocktail Party*— de la aceptación de las condiciones, a veces nada triunfales, que nos ofrece la vida. Aquel mundo trágico que irrumpía inopinadamente entre las frases amables e intrascendentes de un “cocktail party”, hace nuevamente su aparición en *The Confidential Clerk* con las revelaciones de la formidable Mrs. Guzzard que concentra en sí, al final de la obra, los personajes de Apolo, la Pythia Delfica y Minerva *dea ex machina* del *Ion*.

La versificación ha sido tratada como en *The Cocktail Party*: aunque el lector la percibe claramente, el oyente común no está muy seguro de si le están dando verso o prosa. La Poesía se desprende naturalmente de la propia situación dramática y cobra gran intensidad en el diálogo de los jóvenes Colby Simkins y Lucasta Angel, la hija de Sir Claude. Mr. Eliot hace un uso abundante y diestro del diálogo, matizado con su fino humorismo y servido por lo que en griego se llamaría la *stijomythía*, es decir, el uso de una línea o verso completo para cada dialogante, con la graciosa repetición de versos o medios versos a los que se quiere dar énfasis, cosa que había observado Mr. Eliot en el procedimiento dramático de Séneca. Demás está decir que los dos planos en que se desenvuelve la trama de *The Confidential Clerk*, es decir, el plano de la *farsa* y el plano del *drama* con cierto significado trágico, aunque constituyan un verdadero triunfo del autor como artífice dramático, obligan a actores y público a un verdadero “tour de force”: no han faltado críticos que se lo reprochen señalando que es como si al Jack Worthing de *The importance of being Ernst*, de Wilde, que es una figura de farsa, se le hubiera desviado de su natural trayectoria para hacerle al final tomar las sagradas órdenes, pretendiendo que el público tome en serio este final.

Para terminar, preguntémonos: ¿qué camino habrá de seguir Mr. Eliot en su obra de teatro futura? ¿Nos ofrecerá un tercer *Cocktail Party* —que será siempre grato y siempre bien recibido— o bien intentará llegar a ese ideal del teatro poético, que él ha visto tan distinta-

mente, en el que la más alta poesía, sin apartarse de la estricta situación dramática, llega directamente a un público nuevamente acostumbrado al verso, sin ninguna concesión? Sin dejar de ser palabra, logos, sin dejar de ser verso dramático, ¿se irá acercando a la expresión de lo inefable como sólo la música y la poesía lírica pueden hacerlo? Si lo hace volvería, por así decirlo, a su punto de partida, y podría constatar otra vez la profundidad de su verso "In my end is my beginning".

También hay música en Eurípides, como la hubo en el ditirambo dionisiaco que dio nacimiento a la tragedia. Y así volvemos a lo que creo haber dejado demostrado: al hecho de que T. S. Eliot concentra en su propia evolución la trayectoria seguida por el drama antiguo, desde sus orígenes hasta sus más altas cumbres. No podía ser de otro modo, pues Mr. Eliot, premio Nóbel de Literatura, es siempre consciente de la gran tradición occidental que nació en el Mar Egeo y pasó luego al Mediterráneo, que, sin dejar de ser el Mare Nostrum, se vuelca ahora en el Atlántico. No olvidemos que nosotros somos también sus herederos; seamos dignos de una tan alta herencia.

MIGUEL ALFREDO OLIVERA

Valor práctico de la novedad egológica

por LUIS B. JOSELEVICH

¿PARA QUÉ SIRVE LA NOVEDAD EGOLÓGICA?

1. Se dice que la admiración es la emoción específica del filósofo. Admitido, pero ha de agregársele el factor *seriedad*. El filósofo cree en su mundo; admira seriamente, sin dejarse desviar por el sentido común, el escepticismo, el humorismo o la conciencia de su irredimible insignificancia frente al Cosmos. El aspecto característico de la novedad egológica es la admiración seria que profesa por sus propios hallazgos, junto con el uso de neologismos esotéricos casi indescifrables. El espectador se pregunta qué es lo que la escuela tiene que ofrecer en punto a realizaciones prácticas, pues no concibe una perspectiva meramente formal que se defienda con tanta pasión. Las escuelas filosóficas suelen pasar por tres etapas sucesivas: una crítica, que destruye los dogmas anteriores; otra dogmática, que los reconstruye, con ayuda de nuevos términos o jergas; otra práctica, que incursiona en la realidad empírica, para verificarse experimentalmente, competir con el método de la ciencia y proponer soluciones. Parecería que la egología quisiera quedar al margen de la aplicación práctica, si atendemos a sus enunciados de principio. El profesor Cossio afirma, en efecto, que no se interesa por la filosofía del derecho, sino por la filosofía de la ciencia del derecho (*Teoría de la verdad jurídica*, pág. 9). Según esto, habría que distinguir cuatro materias autónomas: derecho, filosofía del derecho, ciencia del derecho y filosofía de la ciencia del derecho. El voluntario abandono de las dos primeras comportaría su exclusión como objeto de estudio. La investigación quedaría entonces reducida a lo puramente formal de la ciencia jurídica, con renuncia expresa a todo lo concreto o práctico. Sin embargo, la de-

claración inicial no condice mucho con aquel aspecto característico de la nueva escuela, ni tampoco con la mayoría de los temas abordados, que penetran decididamente en el derecho sustantivo y aun positivo, por vía de comentario y de sentencia. El jurista práctico se encuentra así con el problema inmediato de las soluciones egológicas y se pregunta urgentemente qué valor tiene el nuevo instrumento. Como tropieza con obstáculos terminológicos poco menos que insalvables, se resiste a razonar la novedad y corre el riesgo de verse sobrepasado por el argumento egológico en el alegato, o en la sentencia, sin posibilidad de rebatirlo. ¿Para qué sirve, pues, la novedad egológica?

2. A poco de superado, de uno u otro modo, el obstáculo esotérico, plantéase una dificultad más fundamental. En efecto: la egología reconoce expresamente supuestos diversos, en su mayor parte extraídos de filosofías contemporáneas, que da como verdades axiomáticas y le proporcionan la mayor parte de su sentido. Este eclecticismo integral, que no parece reparar en contradicciones evidentes, recibe los siguientes aportes básicos: teoría pura del derecho, de Kelsen; fenomenología, de Husserl; existencialismo, de varios, y axiología, de otros tantos, sin contar fuentes más remotas o menos socorridas. Pero ocurre que estos supuestos se encuentran muy lejos de merecer asentimiento general, o siquiera mayoritario, aun entre los mismos filósofos. Y así vemos que el propio Cossio disputa públicamente con Kelsen, queriendo convertirlo a la egología; que las enseñanzas finales de Husserl no son aceptadas por sus discípulos; que Heidegger no está de acuerdo con Husserl, ni ha publicado un pensamiento definitivo; que hay existencialismos místicos, nihilistas y ontológicos; que hay axiologías nominalistas, realistas y tentativamente intermedias, etcétera, etcétera. Muchos de estos pensamientos son especulativos, fantásticos, inverificables, y, en varios aspectos, perimidos y de su valoración se puede afirmar, cuando menos, que es prematura. Hasta ahora, la crítica no ha mostrado predilección por ningún sistema filosófico, sino que destruye inexorablemente cuanto se edita, eso sí, cuidando de no darle el golpe de gracia, para no abolirse a sí misma. Y mantiene sus cátedras en las universidades, para que el joven apasionado e inexperto elija o imponga la conducta trascendental que más le tienta.

Ahora bien: la afiliación egológica comporta automática adhesión

a la verdad de sus fuentes, que le prestan un apoyo indispensable. Pero si no hay referéndum sobre los supuestos de la egología, parece evidente que no puede haberlo tampoco sobre la egología misma. Hay que votar por Kelsen, Heidegger, Husserl, Dilthey y, después, por Kant, Descartes, Platón y quién sabe cuántos otros, antes de votar por Cossio. Aquí no basta la media palabra de la opinión pública, culta o lega. Como quiera que se construya el fundamento del derecho, es obvio que su aplicación práctica debe condicionarse a una decisión previa y general, efectiva o ficta, en que la mayoría imponga su masa contra la minoría, la justicia contra la arbitrariedad o la razón contra la mera fuerza. Esto vale también para las teorías interpretativas, cuando su aplicación modifica la ley vigente o su sentido.

Por otra parte, es necesario saber con qué se juega. El jurista práctico no tiene licencia para imponer un determinado supuesto metafísico, con preferencia a otro. Es un agnóstico forzado. Su misión específica consiste en establecer un orden fáctico de convivencia, una alteridad objetiva, dejando la metafísica para el claustro o la academia. Tiene que computar exclusivamente los hechos susceptibles de verificación experimental; no se le permite proceder en otra forma. Acaso no consiga sustraerse a la influencia de un pensamiento secularmente traspasado de filosofía y aun de metafísica; pero procurará evitarlo. Si deliberadamente filosofa, será sólo para no filosofar. Como el agnóstico auténtico, no afirmará ni negará lo trascendental, sino que esperará que se le demuestre. Es bastante obvio: ¿por qué elegir la filosofía de Husserl, con preferencia a la de Hegel, Fichte o Spinoza? Y sobre todo, ¿con qué derecho imponerla al vecino? Era esto, probablemente, lo que Kelsen quería decir, en la sonada interpelación pública de Cossio, aunque no alcanzó a exponerlo con claridad.

Así, pues, bajo el aspecto de su aplicación práctica, la egología se coloca en una alternativa de ineficacia completa, voluntaria o forzada: si queda en ontología pura, por deliberada abstención, carece de valor práctico; si pasa a lo concreto, incide sobre un súbdito ignorante, que no la comprende, no la quiere, ni ha tenido la menor oportunidad de pronunciarse sobre su aceptación o rechazo. Por principio, consiguientemente, la medida de la innovación práctica coincide con la medida de la arbitrariedad.

3. La petición fundamental de la escuela egológica es la defini-

ción del objeto del derecho. Como Kelsen no es filósofo y, desde luego, no es ególogo, su teoría pura del derecho queda excluida de la egología propiamente dicha y puede estudiarse por separado. Así considerada, la racionalización puramente científica de Kelsen no parece mayormente necesaria para nuestra práctica. Ella podrá tener valor en los países que consagran costumbres, jurisprudencias u otros derechos empíricos. Pero nosotros racionalizamos por sistema. Cada una de nuestras leyes y tratados jurídicos es una racionalización, más o menos correcta o completa. Tampoco parece prudente la innovación terminológica, ya que nuestro diccionario legal contiene términos tradicionales suficientemente comprensivos. No hay más que considerar la cantidad de leyes y codificaciones, algunas de ellas auténticas proezas individuales o colectivas, producidas y en producción: pandectas, partidas, recopilaciones, constituciones y códigos, que cumplieron y cumplen la función de ajustar debidamente la conducta de sus respectivas épocas. La mera renovación de nuestro vocabulario produciría, probablemente, más inconvenientes que ventajas. En todo caso, no es un problema inmediato, ni menos, urgente.

4. Dejando de lado el aporte de Kelsen, la egología se construye directamente sobre la fenomenología de Husserl. Los estudios egológicos configuran una fenomenología jurídica; la fidelidad del modelo se conserva hasta en el aderezo personal, como la preferencia por el neologismo (que nuestro idioma no tolera con tanta facilidad) y la sarcástica réplica a la crítica adversa. Pero la afiliación fenomenológica suscita reparos considerables, que aquí conviene recordar someramente. Sabemos que la filosofía de Husserl se inicia con un método, o modo de aproximación a la realidad, que evoluciona hacia un sistema propiamente metafísico. En cuanto método, la fenomenología no es otra cosa que un positivismo radical dirigido al fenómeno, entendido como acto de conciencia intencional, o voluntaria intuición de un objeto cualquiera. En esta total honestidad subjetivista reside la verdad husserliana inmediata, que luego desarrolla sus observaciones mediante la aplicación de un método prácticamente semejante al de la ciencia experimental moderna, tal como ha sido perfeccionado y aplicado por las últimas generaciones de sabios: observación, análisis, hipótesis, verificación, etcétera. El discípulo fenomenológico cerebra como cualquier otro investigador honesto y desprovisto de prejui-

cios gnósticos; aquél opera con "paréntesis fenomenológicos", como éste con hipótesis; no hay aquí ninguna innovación sustancial. El problema se plantea cuando el positivismo radical se extiende a la intuición directa de esencias, internándose en plena materia metafísica. Pues aparentemente no se trata de esencias históricas o evolutivas, sino de entes metafísicos cabales, o trascendentales. El término *esencia* admite multitud de significados. Para Husserl no es una abstracción, sino una totalidad concreta, munida de existencia ideal, aunque de origen ignoto. La contradicción aparece en seguida. "Toda esencia —dice Husserl— se inserta en una serie gradual de esencias, en la serie gradual de lo general y lo especial... descendiendo llegamos a las ínfimas diferencias específicas... ascendiendo llegamos a un sumo género..." (*Ideas*, pág. 57). Tratándose de esencias concretas, esta inserción parece más bien *ensambladura* y, como tal, imposible sin pérdida de sustancia, es decir, sin abstracción.

Lógicamente, la esencia designa el producto de la definición. Metafísicamente, designa "algo más"¹. En el primer caso, la definición agota el contenido de la esencia, que se construye por abstracción y se intuye racionalmente. En el segundo caso, tiene que ser un inefable, un ininteligible, indefinido e innominado, so pena de entrar a formar parte automática de la definición. Por consiguiente, no se puede intuir de ninguna manera y tanto menos positivamente. Cuando se dice, por ejemplo: "esencia de la cosa juzgada" o "esencia de la norma", se alude realmente a la *definición* de la cosa juzgada o de la norma; o bien al agregado de *algo más* metafísico, que fundamenta y mantiene el misterio esotérico. El *algo más* metafísico de la esencia se esfuma hacia el infinito, como otros inefables: individuo, causa, sustancia, etcétera. Así, pues, el acto de conciencia fenomenológico intuye una esencia racional, que equivale a la definición por género y especie, o bien intuye una esencia inexistente, o al menos fenomenológicamente inverificable. El mismo Husserl reconoce la dificultad cuando dice: "...es todo este contenido teórico, cuando se lo toma en el sentido natural, como psicología, como una ciencia positiva referente al mundo dado, un contenido de un cabo a otro no filosófico, a la vez que por otro lado *el mismo contenido* en la actitud trascendental, o entendido como fenomenología trascendental, lo es de una ciencia filosófica... Aquí radican de hecho las principales razones que

¹ Ver mi *Rebelión de los imperativos*, capítulos primero y segundo.

impiden comprender, pues no se puede menos de sentir que... un mero cambio de actitud, tenga una... significación decisiva para toda auténtica filosofía..." (*Ideas*, pág. 380). Esta *nuance* o actitud es precisamente el acto de fe filosófica, afiliación o creencia, el criterio de verosimilitud, más emocional que razonado, capaz de hacer metafísico un contenido empírico, por la mera voluntad del profesante filosófico. Por salir de boca del propio Husserl, la confesión no puede ser más desconcertante.

5. Postular la verdad objetiva, como resultado de la introspección, no parece muy nuevo tampoco. Pero entonces habrá tantas verdades como observadores, puesto que la verdad de mi conciencia puede no serlo de la tuya, aun garantizándome la sinceridad de tu expresión. De aquí la conciencia trascendental, último hallazgo de Husserl. Un plano evidentemente abstracto, acaso hipotético, que configura las posibilidades y requerimientos de *toda* conciencia y que no conserva nada de subjetivo ni de propiamente fenomenológico.

6. Para fines prácticos, de cualquier manera, el problema que interesa verdaderamente es el del origen y evolución de las esencias, más que el de su existencia. Poco importa que las esencias sean abstractas o concretas, si han de quedar sometidas a las leyes empíricas de la evolución; en este último caso no podrá prescindirse de la historia y todo se confundirá con la ciencia y quedará gobernado por sus métodos. Descubiertas o construidas, las esencias habrán de establecerse por inducción, a menos de utilizar alguna facultad sobrenatural de intuición, revelación o contemplación mística. Cuando arranca honestamente del fenómeno, la inducción positiva sigue el mismo camino que la negativa, en cuanto afirma de una cosa lo que niega de otra y extrae las consecuencias pertinentes; ambas alcanzan resultados parejos, cuando se manejan con debida imparcialidad o suficiente número de "paréntesis". Partiendo de la esencia revelada o mística, puede naturalmente seguirse cualquier camino. Pero esta especulación trascendental, sublime siendo referida a ideas muy generales, como Dios, absoluto, bien, verdad, no parece sino destinada al ridículo cuando versa sobre esencias inferiores, como el utensilio o el orden jurídico. En nuestra materia, por ejemplo, una esencia cualquiera está asociada indisolublemente al tipo de comunidad en que se la observa o in-

tuye; evoluciona paralelamente con los hechos generales, como un bis. Las esencias jurídicas "contrato", "contrato de trabajo" o "contrato de trabajo a domicilio", nacen en las comunidades que las implantan por primera vez y evolucionan luego, en el espacio y en el tiempo. ¿O será que han "existido" siempre, aun antes de creado el Cosmos? Parece obvio, por consiguiente, que la intuición fenomenológica de esencias evolucionadas no puede dejar de lado los estudios históricos, ni el método científico tradicional y se confunde, en realidad, con la vieja ciencia, sin comportar ninguna novedad práctica. El positivismo total fenomenológico no está de acuerdo con la intuición de esencias por contacto directo, que salta sobre la historia y ésta es la causa de muchas contradicciones, que hasta hoy se mantienen sin resolver. Acaso se explique así la doble imputación dirigida contra los herederos egológicos: unos los afilian al derecho natural, computando lo que la fenomenología tiene de realismo platónico; otros, a la arbitrariedad fascista, por lo que tiene de método positivo-realista, en el sentido opuesto. Es el caso de decir que ambas críticas están en lo cierto y que no lo está ninguna.

7. El pensamiento de Husserl, en constante movimiento, produce finalmente un realismo ideológico de corte platónico, lo que le fija posición anticipada en el ajedrez metafísico, donde las movidas tienen significación convencional y se destruyen anticipadamente, aun antes de nacer. Sólo que aquí hay bastante de caricatura. El platonismo no se concibe, en efecto, fuera de la mística peculiar que fundamenta el criterio de verdad realista, en que las opiniones participan de las ideas, el mundo sensible copia imperfectamente el mundo ideal o inteligible y el fenómeno disimula la esencia. Se necesitan demiurgos, almas, encarnaciones, reminiscencias y toda esa parafernalia que compone el cosmos platónico y otros más o menos semejantes. Para una mentalidad agnóstica, la existencia de esencias trascendentales es un mero fenómeno, equivalente a la existencia de cosas. Aunque se le demuestre, contestará con toda lógica: "Y bien, ¿qué?" Posición que no parece haber preocupado mayormente a Husserl. De cualquier manera, no se ve claramente el alcance de esta pretendida revolución filosófica, que sólo llega a producir resultados sustancialmente conocidos desde hace más de veinte siglos. Si es cierto, como sostiene Ortega y Gasset, que Husserl es la figura central del pensamiento con-

temporáneo, poco bueno hay que decir de tal pensamiento. Es sabido que la filosofía final de Husserl provocó la anarquía de su escuela y acaso su descrédito y ulterior decadencia. Ahora la vemos instalada, como si nada hubiera sucedido, en una teoría que pretende acceso a la aplicación práctica inmediata, como verdad indiscutida y hasta trivial, con todo su bagaje técnico y lingüístico. La irritación de los críticos antiegológicos parece bastante justificada.

8. Además de esencias, el método fenomenológico proporciona valores. La egología empalma aquí con la axiología, o teoría de los valores. Es lógico: las esencias son seres estáticos, sometidos a la disciplina rígida de la jerarquía ideológica. Se necesita una dinámica, capaz de fundamentar el imperativo trascendental, elemento indispensable de toda ética filosófica. Con arreglo a la definición, los valores son objetos relativamente independientes, que se captan mediante una función especial o intuición directa. Es cuestión de investigarlos, por aplicación del método fenomenológico; así se establece una jerarquía jurídica, compuesta de siete valores fundamentales, a los cuales se subordinan otros hipotéticos valores inferiores. Aquí se suscitan objeciones semejantes a las anteriormente expresadas. En efecto: como problema filosófico general, la valoración origina cuestiones graves y acaso insolubles. Es notorio que el valor ha sido usado prácticamente, antes de que se pensara en establecerlo ontológicamente. La postura axiológica contemporánea no es un nuevo modo de conocer, intuir o decidir, sino la disección analítica de funciones que siempre se dieron juntas y la separación de objetos computados antes unitariamente. En el pensamiento mítico, la estimativa viene comprendida dentro de la respectiva concepción del mundo, como hecho indiscutido o imperativo trascendental. Las filosofías anteriores razonaron simultáneamente las jerarquías del ser y del valor, fundando el uno sobre el otro o equiparando lo verdadero a lo valioso. Luego, al debilitarse las creencias míticas, el filósofo busca nuevos factores energéticos, capaces de fundar un devenir fáctico y ético, por sobre la inmovilidad de las esencias racionales estáticas. Así aparece la axiología, que intuye, por contacto directo, objetos relativamente independientes, a los que llama valores éticos o estéticos. ¿Por qué no? Es terreno propicio al devaneo metafísico de la trascendencia, a espaldas del sentido común o del veto kantiano. Sin embargo, y como era de esperar, la

estimativa no produce resultados nuevos, ni conclusiones firmes. Se limita a reeditar, respecto del valor, alternativas semejantes a las que la filosofía conoce desde su iniciación, respecto del ser. Y así hay realistas, que postulan la cabal existencia, mítica o metafísica, de los valores; y hay nominalistas, que inducen valores en el espíritu histórico del hombre con todos sus relativismos y contingencias. La lucha se decide mediante una toma de posición o acto de fe: los realistas adhieren al dogma religioso o metafísico; los nominalistas, a la psicología hedónica o hedonística. Otra *nuance* fundamental e irreconciliable: el valor realista, absoluto e incondicionado, prevalece sobre el individuo, irresistiblemente y de pleno derecho. El valor nominalista, histórico y contingente, es un instrumento al servicio del individuo. Al llegar el momento de la aplicación práctica, la elección se hace indispensable, para todo valor ético o imperativo. Se trata de imponer conducta al prójimo, suponiendo que la potencia axiológica no constriñe automáticamente al individuo, sino que requiere el complemento de sanciones, expresas o implícitas. Hay que fundar un deber ser del valor, capaz de ser impuesto por la fuerza. Para esto no basta una intuición o contacto directo, sino que se necesita la ayuda de una concepción plena del mundo, filosófica o antifilosófica, con todo su bagaje de hechos y razones. O sea, otra vez, la vieja filosofía o la vieja ciencia. Incidentalmente, es de observar que la egología no toma partido a este respecto; si lo hiciera, la escuela quedaría automáticamente dividida en fracciones opuestas, no siendo probable que los ególogos sustentaran idénticas concepciones del mundo, con sus respectivas estimativas y soluciones.

9. La idea del valor como objeto independiente es bastante extravagante, si se me permite la irreverencia. Para admirarla en serio se requiere mucha imaginación poética o fe filosófica. Aun aceptando la noción del objeto como mero contenido intencional, es evidente que el problema de la existencia no se detiene allí, sino que pasa necesariamente al carácter abstracto o concreto del referido objeto. Por eso se dice que el valor *no es*, sino que *sólo vale*, con lo que se pretende evadir la órbita del ser. Pretensión imposible. El valor es la aptitud que ciertos seres tienen para producir efectos determinados, éticos, estéticos, etcétera, en el espíritu del hombre u otro hipotético "portador". Una suerte de nueva "facultad del alma" o "potencia activa",

que también podría ser "receptibilidad del alma" o "potencia pasiva", según el lugar en que se instale la energía axiológica. Esta fuerza emana de un ser, sin el cual no existe, *ni se pretende que exista*. De aquí que los valores sean objetos *sólo relativamente independientes*, o sea, parece inevitable de una u otra manera, objetos parásitos, abstracciones. Y así debemos volver inevitablemente a la alternativa de las esencias. Un valor cualquiera, formado por imágenes sensibles o definido racionalmente, es el producto de sus partes, en imágenes o en conceptos, como objeto cabal, dotado de potencia axiológica positiva o negativa. Y una serie de valores, la escala de seres clasificados jerárquicamente, con arreglo a los predicados que perfilan la potencia o aptitud de que se trata. O bien son, valor y escala de valores, "algo más" que la definición de sus respectivos seres principales; por lo tanto, inefables. Pues del mecanismo energético propiamente dicho no se sabe nada y los efectos del valor no forman parte de la potencia, sino del acto.

10. Así, pues, la autonomía de los valores queda relegada al campo de la ilusión, la emoción o la mera indefinición. Cuando se trata de valores estéticos, esto no tiene mucha importancia; parásitos de intuiciones sensibles imprecisas, anárquicas y relativamente arbitrarias, algo tiene que quedar para la indefinición permanente de la belleza plástica o filarmónica, por ejemplo, con su inefable emoción contemplativa. Pero en los valores éticos predominan factores históricos y racionales que se perfeccionan justamente por su acabada precisión y no dejan lugar alguno para el "algo más". El valor supremo de una jerarquía ética es un ser abstracto completamente definido racionalmente, y los valores inferiores, otros tantos seres semejantes. Así el objeto axiológico *orden perfecto* es el objeto ideal norma perfecta que impone el orden. Entre ellos no hay ninguna diferencia racional. Esos que se llaman *valores jurídicos* no son otra cosa que *principios muy generales*, conocidos de siempre, establecidos racionalmente, definidos y desarrollados en sus múltiples aplicaciones. No se han descubierto por intuición gnóstica, a la manera del sentimiento de justicia de Spencer, o la alteridad de Del Vecchio. Nosotros no conocemos semejantes mágicas intuiciones, sino fenómenos de conciencia complicados, completamente saturados de elementos históricos y racionales, como lo prueba cualquier introspección fenomenológica. Para llegar

al hipotético sentimiento o intuición jurídica directa, sería necesario poner entre paréntesis todos los elementos parásitos, o sea descender en el curso de la evolución histórica del fenómeno jurídico hasta sus comienzos, lo que es imposible.

11. La egología presenta un cuadro de siete valores fundamentales, que son verdaderos principios o normas de máxima generalización, según lo expuesto. Esta mera enunciación carece de valor práctico, si no se complementa con el desarrollo completo de sus alcances. Repitamos que el valor jurídico *orden perfecto* es la norma perfecta que impone orden, llámese constitución, código o edicto de policía; no es "algo más", ni la emoción que lo capta, ni el orden de hecho. El supervalor orden perfecto es el conjunto detallado de principios y normas que integran una superconstitución, un supercódigo o un superedicto de policía. La mera petición de existencia de un valor orden no tiene valor práctico. Se necesita expresar claramente en qué consiste, o sea proyectar derecho práctico. Por aquí aparece la imputación jus naturalista dirigida contra la egología, que no resulta del todo infundada, tomando en cuenta las circunstancias. Pues el supervalor se construye de la misma manera que la utopía... o no es supervalor.

12. Valores o principios, la síntesis egológica puede proseguirse en dirección a géneros aun superiores, hasta llegar a dos verdaderamente sumos, de los cuales, uno propiamente jurídico y adventicio el otro. El valor o principio jurídico fundamental es, en efecto, la norma que impone el orden o paz interna, paralelo de la alteridad negativa, que es la esencia del derecho, con arreglo a la definición. La renuncia a la guerra diaria y permanente de la horda, o comunidad sin derecho (acaso hipotética) y el sometimiento al imperio del juez. El valor o principio jurídico adventicio es la norma que impone la caridad, o mal llamada solidaridad, paralelo de la alteridad positiva, altruismo o amor al prójimo; la caridad obligatoria, impuesta entre súbditos o por intermedio del Estado. La auténtica encrucijada del derecho contemporáneo es la introducción en gran escala de la caridad, o alteridad positiva, en el derecho, o alteridad negativa. Un fenómeno que se consume bajo diversas enseñas: derecho nuevo, derecho social, justicia social y aun justicia, lisa y llana. La tarea im-

postergable del jurista práctico es establecer el alcance y deslinde recíproco de los dos valores o principios jurídicos, como quiera que se les llame. Allí es donde se podría probar la eficacia práctica de la nueva escuela: proporcionándonos la medida correcta de la ecuación "justicia-caridad"; sus fundamentos filosóficos y su proporción aritmética, que nadie parece haber logrado hasta ahora. Permítaseme completar esta digresión con el ejemplo de la ley 14.345. "Será reprimido con prisión de quince días a un año el que infligiere malos tratos o hiciere víctima de actos de crueldad a los animales". Aquí hay una alternativa de valores. Si es una ley de orden, destinada a prevenir el escándalo público o la proliferación de instintos regresivos, la sanción debe reservarse para los actos de crueldad, detallados en el artículo 3º de la ley. Pero la hipótesis del artículo 2º es radicalmente distinta, en cuanto no computa la intención del agente, ni la publicidad del acto. "Serán considerados actos de mal trato —dice— 1º: no alimentar en cantidad y calidad suficiente a los animales domésticos o cautivos". Un delito formal, sin excusa ni eximente. Una verdadera y propia *obligación alimentaria*, en beneficio de sujetos extrahumanos: tu perro o mi canario. Entes que eran jurídicamente cosas y pasan a ser sujetos activos. *Invisten derechos subjetivos*, como los incapaces. Aquí no se habla de orden, ni de solidaridad siquiera de hecho, a la manera de los solidaristas. Pues si el ganado es solidario conmigo en la sociedad de convivencia, nada sería más antisolidario que criarlo a campo, con el solo propósito de hacerlo descuartizar un día, en la línea desmontadora del frigorífico. No: el valor o principio jurídico aplicado es la caridad, o amor al "prójimo" animal, ahora sometido al patronato del Estado, en calidad de persona incapaz. Quedas obligado a dar a tu perro quinientos gramos de buena carne todos los días, y yo, cincuenta de alpiste a mi canario, so pena de prisión. El esclarecimiento de la alternativa axiológica en este estatuto puede producir consecuencias fecundas, si se tiene suficiente coraje para aplicarlo a otros.

13. La lectura de Husserl deja la impresión de que el filósofo asigna a sus investigaciones más importancia de la que realmente tienen. No se cansa de prevenir al lector para ulteriores grandes descubrimientos, que luego no aparecen. Todas esas capas hiléticas y noéticas, con su frondoso acompañamiento de neologismos, quedan en mero

ejercicio intelectual, sin aplicación práctica. Algo parecido ocurre con los estudios egológicos, acaso como consecuencia de su método. Sin embargo, hay un postulado básico que origina confusiones y disputas y puede dar lugar a equívocos prácticos, si no se le interpreta debidamente. Es la definición del objeto del derecho. En la filosofía tradicional, el derecho es una norma de conducta impuesta por el soberano. No hay derecho sin norma, escrita o no escrita, ley, jurisprudencia o doctrina. Por su parte, la egología sostiene que el derecho no es propiamente la norma, sino su contenido, objeto que es conducta en interferencia intersubjetiva. O sea, dicho llanamente, hechos y relaciones entre personas que conviven. De aquí lo egológico, que designa el objeto vivo y dinámico de la conducta, en constante formación y regeneración existencial, por oposición a la norma, como objeto estático mundanal o ideal, muerto. Mejor dicho: *egológico es el objeto intuitivo por una o más conciencias*, que postulan, interpretan o juzgan conducta, ya que los hechos simples quedan fuera de la observación fenomenológica propiamente jurídica. Y así, según la egología, la ciencia jurídica no conoce ni postula normas, sino que conoce su objeto derecho mediante el uso de normas.

A primera vista, parece efectivamente un postulado revolucionario. El observador desprevenido se siente perturbado, porque piensa que pretende imponérsele un derecho cabal desprovisto de normas, lo que le llevaría al terreno de la arbitrariedad judicial y aun de la anarquía. Así se plantea frecuentemente la discusión, fuera del esoterismo, por una y otra parte, en el comentario y en el alegato. Sin embargo, la novedad no es ciertamente tan radical y hasta podría decirse que no es tan novedosa.

14. Conviene distinguir el hecho de la valoración. Primero hay que establecer qué es el derecho y luego, qué debe ser.

Bajo el primer aspecto, la novedad egológica parece más bien de forma, o si se quiere, de claridad en la exposición. Es obvio que, también para el jurista tradicional, el objeto del derecho es conducta de partes que conviven. La mención está en la definición; cierto que referida a la norma, pero esto es porque prefiere la ley escrita o sancionada, por sobre la libertad del intérprete, o sea precisamente un problema de valoración. Ningún jurista viejo pensará que el objeto del derecho es la norma, considerada como conjunto de signos sin con-

tenido, o en su aspecto meramente lógico, y éste es el único contrario que puede concebirse para la novedad egológica.

A su vez, la definición egológica no prescinde tampoco de la norma, sino todo lo contrario. Parece que el uso escueto de la frase "conducta en interferencia intersubjetiva" quisiera excluir la intervención de la norma, pero no es así. De primera intención se advierte que dicha frase es incompleta, en cuanto comprende actos que el derecho no designa ni gobierna, como los que integran la moral, la religión, las buenas costumbres y otras disciplinas semejantes. Anticipando la objeción, la egología se cubre elevándose al plano trascendental, por el que entiende, si interpreto bien, las condiciones a priori bajo las cuales debe darse todo y cualquier derecho. La demostración echa mano del principio según el cual "todo lo no prohibido está permitido", al que asigna existencia ontológica necesaria. Consiguientemente, la norma específica no tiene por qué jugar, ya que siempre queda un margen infinito de libertad metafísica, que configura una norma de máxima y absoluta comprensión, tanto para los actos expresamente permitidos como para los expresamente prohibidos o no expresamente permitidos ni prohibidos. Hace derecho el legislador, como el juez o el policía. El argumento es ciertamente ingenioso, pero la elevación al plano trascendental produce dos consecuencias no buscadas: nos saca del fenómeno y suprime todo efecto práctico.

Lo trascendental no se puede verificar experimentalmente. Al llegar al fenómeno, la metafísica desaparece por definición. Hablar de libertad metafísica fenomenalizada es incurrir en un mero contrasentido. Inevitablemente se producen contradicciones, como lo prueba la misma argumentación egológica. En efecto: aun aceptando, como afirma Cossio, que es imposible catalogar exhaustivamente la conducta dentro de lo lícito y lo ilícito, porque la tarea supera el alcance de cualquier imaginación, sólo conseguiríamos demostrar que nuestras facultades intelectuales son limitadas. La existencia de una mente infinitamente previsora no es una imposibilidad metafísica, como no lo es el mismo infinito. Por otra parte, la vigencia del principio en cuestión no es tampoco apriórica, sino que se condiciona al tiempo y forma de su aplicación. Nada impide que la conducta sea normada y juzgada posfactum, por lo menos hasta donde alcanza el capricho del tirano y sus policías secretas (y el resto, como fumar o no fumar, carecerá de significación intersubjetiva) en cuyo caso desaparecen las limita-

ciones de la hipótesis apriórica. Es lo que acontece en los regímenes dictatoriales, como el bolchevismo ruso y el nazismo. Esto se relaciona con dos garantías individuales consagradas por las constituciones liberales: irretroactividad de la ley y división de los poderes políticos. Que tampoco son aprióricas, sino que requieren mención y sanción expresa. Para contener el argumento, la definición egológica debería completarse entonces de la manera siguiente: el derecho es conducta en interferencia intersubjetiva, sujeta a la regla retroactiva de que todo lo no prohibido está permitido. Definición que comprendería una primera y esencial referencia a la norma, además de una valoración, que dejaría afuera grandes cantidades de derecho histórico (disvalioso).

15 Bajo el aspecto práctico, el plano trascendental reduce los efectos del postulado egológico a una expresión tan mínima, que más bien parece juego de palabras. Una vez establecido ese margen de libertad infinita, que comprende el acto expresamente reglamentado y el no reglamentado, el sumo género de la conducta tiene que dividirse necesariamente en géneros inferiores o especies, constituidos precisamente por actos lícitos e ilícitos. Esta minucia de legislación es la tarea cabal del jurista práctico y lo único que interesa vitalmente a gobernantes y gobernados. Mas la relación intersubjetiva obligatoria, compuesta de derechos y obligaciones, no se puede conocer, pensar ni intuir sin ayuda del indispensable instrumento del lenguaje, o sea la norma. La libertad infinita metafísica existe, si se quiere, sin normas o tal vez, dentro de una norma infinitamente amplia. La libertad fenoménica relativa existe sólo dentro del sistema de normas, o limitada por ellas. Y así el hipotético plano trascendental pierde toda y cualquier inmanencia, o importancia práctica. La egología no proscribe el uso de normas, sino que, por el contrario, ocupa con ellas la mayor parte de su tiempo. Con lo que la novedad egológica viene a reducirse, desde el punto de vista práctico, a una mera inversión de la fórmula tradicional, sin cambio de significado. El derecho —se diría— no es una norma de conducta impuesta por el soberano, sino la conducta impuesta por una norma del soberano.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

16. En realidad, como puede observarse, la tesis egológica no es de existencia, sino cuando más de preeminencia. El jurista tradi-

cional no cuestiona la existencia del momento egológico en el fenómeno jurídico, sino que pone el acento en el momento mundanal, "impreso", que reputa indispensable y preferente. A su vez, el jurista egológico no cuestiona la existencia del momento mundanal, sino que pone el acento en el momento egológico. Y esto nos conduce al asunto valoración. Parecería, en efecto, que algunos ególogos quisieran fundar una tesis de valor superior del momento egológico sobre el momento mundanal; acaso se trate de un equívoco, en todo caso facilitado por la invariable oscuridad esotérica de la escuela y su predilección por los temas en que el momento egológico predomina radicalmente, o lo aparenta. Mal entendido o no, es una valoración que no resulta necesariamente de la tesis egológica. Tomemos el caso de la norma individual, o de su ejemplo más frecuente, la sentencia.

Al decidir una causa, el juez se comporta con relativa libertad. Por mucho que se ajuste el alcance de la ley, la medida suele no ser completa. El juez se ve obligado a proceder parcialmente como legislador, no obstante la prohibición que emerge de la división de los poderes políticos. Se le otorgan facultades excepcionales, porque se piensa que ninguna causa debe quedar sin decidir. Es un hecho perfectamente conocido y sistematizado: no hay más que recordar el texto del artículo 16 de nuestro Código Civil y sus fuentes. El momento egológico aparece señalado y sistematizado, antes de ser descubierto y bautizado por la nueva escuela. Cuando la egología estudia el caso de la norma individual, limitándose a la observación fenomenológica neutra, no puede deducir ninguna conclusión práctica nueva. Sigue obligada a respetar preferentemente la ley escrita, bajo la manda de los principios constitucionales, que no cuestiona ni pretende modificar. Allí, la libertad del juez es sólo un mal necesario y, en definitiva, un disvalor. Se acepta relativamente, frente a un valor inferior, pero no se propicia frente al valor superior. Antes y después de la egología, el intérprete y el juez tienen normas de conducta muy claras que cumplir y *el argumento egológico nada dice en contra.*

17. Todo objeto mundanal es susceptible de originar una multiplicidad de objetos egológicos concomitantes, cuando trasciende al espíritu de uno o más sujetos. La obra artística, objeto mundanal, se reproduce en la mente del hombre que la contempla o ejecuta, con variaciones infinitas, que son otros tantos objetos egológicos. La audi-

ción filarmónica es un objeto egológico, que se superpone a la partitura, como el acto de dictar sentencia, a la ley, o a la sentencia misma. Quizá debamos estar agradecidos a la egología por habérselo recordado, pero de ahí no podemos pasar. La inevitable libertad del intérprete no se justifica axiológicamente por sí misma, como parecería resultar de algunas posturas egológicas. Todavía corresponde fijar límites a la arbitrariedad del jurista, como de cualquier otro intérprete. Al respecto hay reglas, que en la academia se llaman de buen gusto y en el tribunal, buena judicatura. *No sabemos que la egología haya propuesto modificarlas, ni menos que lo haya impuesto.*

18. El aporte existencialista a la egología es de los más discutibles y forzados. Es sabido que el punto de partida existencialista constituye un mero criterio o toma de posición, que no gana terreno sobre otras concepciones filosóficas, ni se puede verificar experimentalmente. Acaso sea lícito afirmar que la verdad está en la existencia y no en la esencia; o que la existencia es la persona humana, o yace en la persona, porque es la única pantalla que refleja directamente lo que hay, o la realidad. Esto no es nuevo ni axiomático. Para el caso, decir que la existencia es la persona equivale a postular que la persona es la existencia. Y, ¿quién me saca de la inmanencia? Si la existencia es mi persona, no puede ser también la tuya, ni el Cosmos, ni Dios. De aquí que el existencialismo pueda llegar a finales tan radicalmente opuestos como Dios, la nada o la mera forma. Y también que derive en direcciones claramente psicológicas (vida plenaria, preocupación, angustia, etcétera) ontologizadas por una poderosa y recalcitrante *nuance* o fe filosófica. De qué modo se pueda relacionar esta soberbia subjetivista con la doctrina jurídica y aun con la práctica jurídica, es algo difícil de comprender. Sin embargo, Cossio parece recurrir al existencialismo (probablemente ontológico) para resolver el problema de la unidad de conducta, o hecho jurídico lato sensu, contrato, delito, etcétera, a los que llama "actos en mismidad" (si no me equivoco). Así como la existencia es lo que hace, o va haciendo, cada persona, desde la nada inicial hasta la nada final, la "mismidad" jurídica es lo que hace o va haciendo intersubjetivamente cada individuo que contrata, delinque, etcétera. Pero el aporte es engañoso e insuficiente. Sabemos, por ejemplo, que el tiempo existencial es la sucesión interna de vivencias (o estados de conciencia), en lugar del

tic-tac objetivo. ¿Y qué? Todavía necesitamos el reloj, o el calendario, sin los cuales nadie honraría un vencimiento, pongo por caso. De igual modo, la medida total de la existencia, desde el nacimiento a la muerte, no resuelve el problema de la "mismidad" o unidad de conducta, contrato, delito, etcétera; su constitución, comienzo, fin, delimitación y valor; que el jurista práctico necesita imprescindiblemente, a fin de establecer las obligaciones recíprocas de las partes. Para esta cuestión o multitud de cuestiones, el existencialismo no formula respuesta. Y tampoco la egología, que al respecto se ilustra en las soluciones concretas ya conocidas, a través de la ley o la doctrina. La "mismidad" de la conducta sale de la norma, no de la existencia. Y toda la impedimenta existencialista carece de valor práctico.

19. Se refiere que un joven ególogo arriesgó su examen de derecho penal, contra la furia conservadora del profesor, para sostener que el delito de estupro se consuma definitivamente, recién cuando el delincuente se niega a casarse con la víctima. Era una aplicación de la "mismidad" existencial-egológica. Como el matrimonio es un eximente, se habrá pensado que el final del drama viene dado por la última escena, o sea el acto por el cual el delincuente casa con la víctima o queda célibe. Y ¿por qué solamente el estupro? La observación valía para todos los delitos cuya acción se extingue por alguna causa jurídica: prescripción, muerte, amnistía, etcétera. A condición de generalizar respecto a sus consecuencias prácticas, de modo que el fiscal no pueda acusar, ni la policía perseguir, hasta la consumación definitiva del delito, por no prescripción, no muerte, no amnistía, no casamiento, etcétera. Así debió entenderlo el examinador, que consecuentemente no pudo ponerse de acuerdo con el examinado. Y, sin embargo, no había verdadero motivo de alarma. En primer lugar, las consecuencias prácticas no estaban evidentemente comprendidas en la tesis egológica, lo que hubiera sido inaceptable. En segundo lugar, no era una institución egológica nueva, sino una mera ilustración egológica de textos vigentes, fundados en consideraciones no egológicas. Se podía postergar egológicamente el drama del estupro sólo porque la ley penal contenía un texto expreso en tal sentido. *La "mismidad" del delito salía de la ley, no de la egología.* Puesto que el inocente examinado no proponía soluciones nuevas, daba lo

mismo que el delito se considerara consumado antes o después. La exaltación estaba fuera de lugar, a uno y otro lado del pupitre.

Esta anécdota es suficientemente ilustrativa de la postura ego-lógica y de su (al parecer) irredimible ineficacia práctica.

LUIS B. JOSELEVICH

Homenaje a Roberto F. Giusti

A principios de 1955 un grupo de amigos de Roberto Giusti imaginó celebrar sus cincuenta años de actividad literaria publicando un volumen de ensayos seleccionados de entre los por él escritos en ese medio siglo de literatura. La iniciativa ganó la adhesión de numerosos amigos, admiradores y discípulos, que al otorgarla en el clima peculiar que entonces vivía la nación daban un testimonio no del todo libre de riesgos de su afecto y admiración al crítico y maestro. La Liberación hizo posible que ese testimonio se continuase en un acto de homenaje, que consistió en la entrega a Roberto Giusti de un ejemplar del volumen de *Ensayos* así editado, y tuvo por marco el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras, en que Giusti recibió su formación primera.

El acto se realizó el pasado 26 de abril; en él un público numeroso y atento escuchó la palabra de José Luis Romero, entonces interventor de la Universidad Nacional de Buenos Aires, Renata Donghi de Halperín y José María Monner Sans (quien hizo entrega al homenajeado de la medalla que le fuera conferida por la peña *El Cordón*, de Tucumán). Por última habló Roberto Giusti, quien, en un lúcido y conmovido autorretrato, señaló las aspiraciones y orientaciones que guiaron su múltiple actividad, en el marco de la vida cultural y política argentina del siglo XX. A continuación se transcriben las palabras de los sucesivos oradores.

DISCURSO DE JOSÉ LUIS ROMERO

Señoras y señores, amigas y amigos:

Roberto Giusti recibirá en este acto el volumen que, en su homenaje, han editado sus amigos y sus discípulos, al cumplir él cincuenta años de vida literaria. Amigos y discípulos lo rodeamos hoy, en este acto privado, al que la Universidad presta adecuado marco, asociándose al homenaje y honrándose con ello.

Ha vivido Giusti estos cincuenta años con rara intensidad, y lo hemos conocido en la militancia política, en el parlamento y en la tribuna, en la cátedra y en el periódico, en la redacción de la revista *Nosotros* y en la secretaría del proscrito Colegio Libre. Además, lo hemos visto infatigable y severo en su gabinete de trabajo, militante

y vigoroso en la polémica, inmovible ante las amenazas de la dictadura, reverdecido cada día por la esperanza, seguro de la reconquista de la libertad, llano y jovial como cumple a los que tienen el alma generosa y se enriquecen cuando ofrecen lo que poseen. Así lo hemos conocido siempre amigos y discípulos, sabio de saber y sabio de vivir, laureado por el inmarcesible genio itálico y adentrado en el variable humor porteño como un señor de la literatura y la política. Así lo hemos conocido amigos y discípulos, y así lo hemos vuelto a encontrar al cumplir —sorpresivamente— los cincuenta años de vida literaria.

La circunstancia debía celebrarse y Renata Halperín, inquieta y generosa como siempre, proyectó en su casa la subrepticia reunión en que le declaramos nuestro proyecto. Bien sabéis que hubo una época en que tan graves cosas sólo podían hacerse de modo subrepticio. Así, a media voz, le comunicamos nuestro proyecto de hacer en su honor un volumen que recogiera los que él considerara sus mejores ensayos. Y aun lamentando la ausencia de vosotros, pensamos en que un día celebraríamos, diez o veinte amigos, su aparición *subrepticamente*, casi a escondidas, como le fue entregado el Gran Premio de Honor de la Sociedad de Escritores a mi hermano Francisco en 1954. Tal fue el proyecto y así comenzó a realizarse con la ayuda de casi todos los que aquí nos congregamos.

El libro estaba en pruebas cuando estalló la Revolución Libertadora, y aquella privadísima reunión que esperábamos ha podido cambiarse en este hermoso acto, público porque las puertas están abiertas, pero privado siempre porque ha nacido al calor de privadísimos impulsos del corazón. No me toca a mí hacer el elogio de Giusti, sino simplemente abrir este acto con breves y formales palabras; pero me siento obligado a decir alguna otra cosa, porque no estoy hablando solamente a título privado y me complazco en compartir aquí con Alberto Salas la representación de la Universidad de Buenos Aires.

Visto desde la Universidad, y luego de la Revolución Libertadora, el caso de Roberto Giusti constituye un elocuente testimonio de una época que no puede volver. Yo podría definirla de muchas maneras, pero quiero, ahora y aquí, definirla sencillamente como una época en la que Giusti no pudo llegar a ser profesor de la Universidad. En la escala de los valores morales, en la humilde y sublime escala de los valores morales, este hecho constituye una pequeña ignominia, una ignominia que no sólo afrenta a la Universidad de la dictadura, sino también a la Universidad de otros tiempos que le antecedieron. También entonces tuvieron que sufrir algunos espíritus libres la envidia o la proscripción. Giusti aprendió entonces el arte doloroso y difícil de resistir a los sobornos, de soportar con dignidad la injusticia y de levantarse contra ella sin parar mientes en las consecuencias de la audacia.

No es un azar que la revolución libertadora haya creado las condiciones favorables para que Roberto Giusti ingresara finalmente a

la Universidad. Porque si ha restaurado el sentido prístino y puro de Mayo y de Caseros, es más para crear que para retornar; y entre todas aquellas cosas que es menester crear está la Universidad libérrima, la Universidad sin compromisos de clase alguna, presidida por un decantado espíritu universitario, abierta a los mejores espíritus y tan segura de sus claros destinos que no haya egoísmo, por sórdido que sea, capaz de defraudarla. Si una Universidad de tal estilo hubiera existido al comenzar el siglo, Roberto Giusti celebraría también por estos años su jubileo universitario.

Pero no lamentemos males pasados y recocijémonos con la esperanza de la creación que nos aguarda. Permítasenos en este instante que incurramos en pecado de orgullo, al señalar a la posteridad —en previsión de olvidos maliciosos— que nos ha cabido, a Alberto Salas y a mí, el honor de incorporar a Giusti al profesorado de esta Facultad de Filosofía y Letras. Según las incontestables constancias de los archivos, Roberto Giusti es uno de los más jóvenes profesores de la Universidad. Y bien sabéis que esta vez aciertan los archivos, porque parece su juventud inmarcesible, hecha de espíritu y alegría.

La Universidad de Buenos Aires está orgullosa de que se celebre en sus claustros el otoño feliz del joven profesor que cuenta medio siglo de enamorado diálogo con las letras. Su otoño, como el de nuestra Buenos Aires, presta a quienes se sitúan bajo su aura, una fresca y ágil espiritualidad. Aprovechémosla para regocijarnos en este acto de amistad pura, con el que celebramos —amigos y discípulos— la labor semisecular de este joven maestro.

DISCURSO DE RENATA DONGHI HALPERÍN

Nunca como en esta ocasión son de recordar los versos que desde siempre me estremecen:

O vita, o vita, dono terribile del Dio.

Hace un año, cuando, en una pequeña reunión de amigos, manifestamos a don Roberto Giusti el propósito de publicar un libro con obras escritas por él en el largo trascurso de cincuenta años de trabajo sin tregua, no podíamos ni sospechar siquiera que la entrega de ese libro se realizaría en el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras de nuestras mocedades.

Tristes horas aquellas, y nuestra existencia se volcaba, habitantes de un ghetto espiritual, en el calor de la familia y de la amistad. Vida interior y vida afectiva, otra nos estaba casi vedada, pero esa vida interior, esa vida afectiva no ocultaba la amargura de nuestras almas, atenazadas por el dolor del país. Más de una vez, al ver junto a mí a estos amigos míos, que pasaban limpios entre tanto lodo, recordaba

aquellas palabras de De Sanctis que, embargada el alma de emoción, y fortalecida por ellas, tradujo en 1945 — desde entonces pasó mucha agua debajo de los puentes y siempre turbia:

“La reacción había triunfado plenamente, estaban de su parte todas las fuerzas sociales; la oposición expulsada de las academias y de las escuelas, refrenada por la inquisición y la censura, privada de toda libertad y fuerza de expansión, era una ínfima minoría... sin embargo, allí están nuestros padres, allá latía el corazón de la patria, allá germinaba la nueva vida”. Traducía estas palabras en 1945, en el comienzo de nuestras tribulaciones que creíamos breves y duraron años sin que jamás nos pesara haber tomado el rumbo que la bondad de Dios nos había marcado, porque estábamos seguros que no sólo era lo que podíamos hacer, sino también lo mejor que podíamos hacer. El recuerdo de esas horas nos llega ahora envuelto en melancolía y, aunque parece absurdo, en algo que se asemeja a la nostalgia. ¿Acaso no se recuerda, pasado el momento del peligro, ese instante en que fuimos alma frente a almas, con asombro, con maravilloso asombro?

En una de esas jornadas nació el propósito que se ha concretado en este libro y pensábamos que la entrega sería en otro día semejante, en la casa hospitalaria de Roberto Giusti, junto a él la compañera admirable y los hijos bellos, buenos y doctos, como querían los renacentistas... y los amigos de siempre. Se pronunciarían algunas palabras, temerosos de la solemnidad que se traduciría en emoción, y los desdichados deben huir de la emoción.

Pero no ha sido así. Ese “cuando” soñado y ya no esperado hizo que la entrega fuera aquí, en esta Facultad que Roberto Giusti ha descrito tantas veces, y que ya no pisábamos o lo hacíamos a disgusto.

Extraño agasajo el de entregar al autor su propia obra; como si diéramos al rosal sus rosas o al árbol sus frutos. Y extraño es en verdad si para expresarlo acudo a la metáfora y me debato en ella insatisfecha. Es como si dijéramos al autor: Ven, revivamos lo tuyo que por habérmelo comunicado se ha vuelto mío. Recorramos el sendero paso a paso y hablemos de las queridas sombras del pasado. Hablemos de ellas y con ellas. Tentados estamos de exclamar: Tu duce, tu maestro!

¿Páginas de juventud, páginas de madurez? Roberto Giusti ha nacido bajo el signo de la *sofrosyne*, de la medida, no en vano vio la luz primera en las dulces tierras toscanas, cuna de toda cortesía: Ove regna ogni cortesia.

Se abre el libro con un ensayo sobre Enrique Banchs, ofrenda al talento, pero también a la amistad perdurable. Roberto Giusti tiene el culto de la amistad. Sombra querida y melancólica nos sale una vez y otra al encuentro la de Alfredo Bianchi, su compañero, su hermano. Y Bianchi arrastra consigo a los que su penetración generosa descubría: el propio Enrique Banchs, Alfonsina Storni...

¿Cuántos de los escritores no hemos hecho nuestra primera publicación en *Nosotros*? La revista abierta a todos, hecho extraño en un país en donde, y más aún en aquel entonces, rige lo subjetivo, lo personal. Y en esas mismas columnas, ¿cuántos no han recibido el espaldarazo de Roberto Giusti? Lástima que no pudieron tener cabida todos esos ensayos en el libro de homenaje, y la elección es siempre dolorosa, porque es eliminación, mutilación. Por ello sentimos, en el goce de la lectura de lo publicado la pena por las páginas que faltan. No solamente las que estudian nuestras letras, ya que Roberto Giusti penetró certero en culturas ajenas y definitivos son sus trabajos sobre Amiel, Eça de Queiroz, Diderot, Machado, etcétera. Y pena también por la exclusión de las oraciones fúnebres, muchas, verdaderas obras maestras, como la maravillosa que pronunció ante el féretro de Zaccagnini.

Sin embargo, el Roberto Giusti que yo prefiero, y lo digo con esa sinceridad mía a veces tan molesta, es el panorámico, es aquel que con amplias pinceladas nos da grandes murales como *Una generación juvenil de principios de siglo* o *El panorama del siglo XIX*, para no citar sino los ensayos incluidos en la Antología. Aquí el lírico que palpita constantemente en el crítico, se revela entero y cuánta emoción en las reconstrucciones del Buenos Aires de hace cuarenta, cincuenta años. El que jugó a la sombra de los muros de Lucca e impregnó su infancia de la tristeza crepuscular de Santa Zita y del Volto Santo, el que leyó a los pies de la abuela que tanto nos recuerda Nonna Lucia de Carducci, estaba más preparado que nadie para captar la belleza recoleta de los viejos barrios de nuestra Buenos Aires, tan bella cuando se la sabe mirar, cuando se tiene alma y ojos de artista. Y ese lirismo triunfa enteramente en el último ensayo: *Dos almas fundidas en una*, en que el niño de Lucca se transforma, sin violencias ni trastienda, en el digno ciudadano que honró, honrándose, su tierra de adopción.

Con esta publicación hemos querido exaltar al escritor Roberto Giusti en sus bodas de oro con las letras, pero lejos de ser un punto final es una exigencia. Hombres como Roberto Giusti no pueden llamarse a sosiego, deben dar y dar, su misión es dar; para hombres de su talla el ocio es siempre estúpido, como dijera Benedetto Croce en una página maravillosa, escrita al final de su vida: *perché in ozio stupido non si può stare*.

Y aquí, ante todos ustedes, quiero recordar un proyecto para que lo cumpla. En una de esas conversaciones sosegadas allá en los pinares de Punta del Este dijo que tenía proyectado escribir, cuando se jubilara, una historia de nuestras letras apartándose de enfoques y acaso elogios convencionales. Pues bien, aquí le recuerdo que nos debe tal historia, y ahora más que nunca, ahora que el país se ha

liberado, en los años de bochorno, de esa satisfacción provinciana que le hizo ser a menudo tan injusto. No sólo la literatura argentina está madura para la crítica exigente, sino también el pueblo argentino está dispuesto a oír con inteligencia las verdades, por más amargas que sean.

Don Roberto Giusti, en el libro que le entrego hemos escrito tres palabras: admiración, gratitud y cariño. Creemos que nunca tales palabras fueron usadas con mayor sinceridad.

DISCURSO DE JOSÉ MARÍA MONNER SANS

Represento en este acto a la Peña *El Cardón* de Tucumán, acaso porque —como otros argentinos— disfruto de una provincianía o provincianidad honoraria, dignidad que gratamente me llega por vía conyugal. Me satisface tan feliz circunstancia, pues así participo en este justiciero homenaje a Roberto Giusti.

Debo puntualizar ante ustedes que *El Cardón* otorgó en 1954 la primera medalla acuñada a don Ricardo Rojas, ilustre maestro de todos nosotros. Y para la de 1955 eligió a Giusti, de seguro porque, aparte de sus otros merecimientos, recordó cómo aquella revista inolvidable, *Nosotros*, acogió ampliamente en sus páginas la colaboración de provincianos y porteños: contribuyó de esta suerte a que el viejo pleito familiar fuera pronto pleito archivable. Además, Giusti y Bianchi nunca permitieron que la revista se convirtiera en órgano de capilla o de cenáculo. O en expresión de eso que el propio Giusti ha llamado “la mentirosa complicidad de la camaradería”.

También la entidad tucumana ha tenido muy presente que el agasajado de hoy, cuya curiosidad intelectual se abre a todos los cuadrantes del pensamiento, es entre nosotros, por antonomasia, el crítico. Crítico de seria información y de alerta buen gusto, capaz de distribuir, sin compromisos, a cada cual lo suyo. Y sobre la específica tarea del crítico ha escrito Giusti, en *Siglos, escuelas, autores*, muy sustanciosas reflexiones. Dignas de meditarse, ciertamente.

Al preparar la guía de que ahora me sirvo para pronunciar estas palabras he querido revisar mi correspondencia con Giusti. Una correspondencia cuyas hojas ya amarillean porque se inicia en unas vísperas de hace cuarenta años... Selecciono estos párrafos sobre su *Literatura y vida*, libro aparecido en 1939. Decía yo a Giusti, entonces: “Si algún alumno me preguntara mañana qué contiene su último libro, yo le contestaría poco más o menos así:

“Tres estudios muy serios sobre otros tantos escritores. En el que versa sobre Juan Cruz Varela, aparte del enjuiciamiento certero de quien lo motiva, aparte de alguna hipótesis no desechable, hallará usted una visión de la época en que actuó aquel gran don Bernardino,

«iluso y a la vez vidente». En el dedicado a Alfonsina, la interpretación psicológica de la mujer para mejor aquilatar su obra. Interpretación psicológica muy fina, con algo de un Sainte-Beuve sin exageraciones y con mucho de esa perspicacia siglo XX, que es uno de los méritos añadidos a la crítica del anterior, siglo no tan «imbécil» según Giusti... y yo. En el concerniente a Machado, la visión total de su producción poética, trabajo previo a su revaloración definitiva.

“Y agregaría al presunto interlocutor:

“Lea usted cuidadosamente los trabajos en que Giusti traza las trayectorias de la poesía argentina contemporánea y del drama rural rioplatense. Uno y otro son itinerarios seguros donde se dice lo necesario y donde el justiprecio es modelo de ecuanimidad literaria.

“Y afirmaré aún:

“Aprenda y entreténgase con los artículos de amena información —Varona, el arte de traducir a los poetas, Boggiani, di Giacomo, Mantegazza, William Morris, el perro de Miss Ba, la amistad de James y Bergson— y apreciará usted cómo pueden decirse cosas muy sustanciosas y justas en una prosa tranquila, sin sobresaltos, exenta de empaque, de tono muy moderno. Y si usted quiere saber algo de Giusti, lea su «Sinfonía de Buenos Aires», y si quiere indagar qué piensa de la literatura americana en sus relaciones con la europea, repase el comentario al «entretien» de Buenos Aires del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual. Y si quiere vislumbrar algunas de sus vicisitudes espirituales —que no son de él exclusivamente—, medite las reflexiones contenidas en los últimos cinco capítulos de *Literatura y vida*. Pues vida y literatura están entretejidas en todas sus páginas y, especialmente, en estas finales.

“Todo esto le diría al alumno que se me acercara en demanda de opinión.”

Y cuando en 1946 publicó *Siglos, escuelas, autores*, le escribí a poco: “Aunque conocía mucho de lo que el volumen contiene (el Silva que le oí, sus colaboraciones en *Cursos y Conferencias* y en *La Prensa*), lo he leído de punta a cabo para certificar de nuevo la justicia de las líneas con que le dediqué un libro reciente. Y a la verdad que es libro de maestro el suyo por lo que instruye, y de crítico, por lo que muestra, descubre y enseña a gustar. A veces sorprende su poder de síntesis para —en apretado párrafo— trazar el esquema de una escuela o hacer balance de la obra de un escritor. A veces, su modo de ir derechamente a lo central de cada tema, soslayando los arrabales.”

Y en 1954 al editarse *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, expresé mi opinión de viejo lector y me permití todavía algunos inocentes desahogos. Oíganlos ustedes con benevolencia: “Libro de bien cerrada unidad, a pesar de ser tan diversas las piezas que lo componen. Unidad que proviene de la convergencia, a veces tangencial, de los asuntos o de la simple evocación de hombres y cosas de

nuestro pasado inmediato y mediato y que se afianza, además, en las rectilíneas normas de interpretación intelectual o de adoctrinamiento civil que fluyen de sus páginas. Muy a menudo de su ecuanimidad para juzgar acontecimientos, sucesos o episodios o para valorar a escritores de anteayer, de ayer o de hoy. Si esto —incluso en la rememoración de tertulias y almorzáculos— es «frivolidad»... siga usted cultivándola para aprovechamiento y deleite de muchos lectores. Recojo su adjetivo y celebraré que esa supuesta frivolidad le resulte definitivamente «incurable».

“No creo fácil para nadie escribir el panorama de la cultura argentina en el «glorioso siglo XIX» —comparto la calificación— y reducirlo a veinticinco densas páginas sin desperdicio alguno. Ni hacer un balance de la influencia ejercida por Italia en nuestra cultura sin descuidar lo principal en artes, ciencias y letras (permítame esta ordenación). Ni referir en forma amena e ilustrativa la historia del viejo Ateneo: de éste sabía yo bien poca cosa concreta. Ni trazar semblanzas tan certeras y vivaces como las de Payró, Sánchez y Carriego, Becher e Ingenieros. Ni juzgar, a través de Barreiro, las fuerzas tenebrosas de nuestra «antihistoria».”

He querido esta tarde dar así estado público a algunos fragmentos de las cartas dirigidas a Giusti en tantos años de sólida e inalterable amistad. Y quiero asimismo en este instante dar estado público a un juicio muy breve que sobre él he emitido a sus espaldas. Lo he destacado, en efecto, como hombre que goza de cuádruple envidiable salud: salud física, salud moral, salud intelectual, salud cívica. Dichoso usted, pues, Giusti amigo, de quien puede afirmarse esto sin propósitos de halago fácil, sin caer en la “mentirosa complicidad de la camaradería”.

Y dichoso usted, jefe de hogar modelo, que prolonga la digna estirpe en hijos y nietos, orgullosos todos de nutrirse en savia de tal tronco. Dichoso usted, finalmente, porque el máspreciado de los premios con que la vida recompensa al trabajador incansable es precisamente el del hogar: el suyo, iluminado por la dulce sonrisa de su Beatriz, cuyos ojos a veces destellan amable ironía.

DISCURSO DE ROBERTO GIUSTI

Amigas, amigos:

¿Para qué decir con énfasis inconciliable con mi carácter que el de hoy es el día de mayor emoción de mi vida? Quien ha vivido mucho también se ha curtido para resistir y templar las más fuertes emociones, tristes o placenteras. Como quiera que sea os aseguro que es un gran día el que me ha ofrecido la tiránica insistencia de mi amiga Renata Donghi Halperín, un día en el cual debo pararme a reflexionar

seriamente sobre si tanto honor lo he merecido; si aquel muchacho tímido y no muy seguro de sí que todavía me siento en lo hondo del corazón, tiene derecho a decirle al profesor galardonado de títulos, distinciones y respetos sociales: "Algo hiciste, hermano mío mayor".

Agradezco en primer término las nobles palabras con que me ha honrado José Luis Romero, de quien, por más que lo sepa aquí sólo un generoso amigo, no puedo olvidar que es el historiador ilustrado y agudo en funciones de rector de la mayor universidad argentina. Agradezco las bellas, finas, sentidas palabras de Renata Donghi Halperín, que ha aplicado abnegada e infatigablemente su talento de novelista a urdir la confabulación que me ha llevado hasta este honroso banquillo. Agradezco a José María Monner Sans, otro amigo y colega ejemplar, recto y sutil, el haberme ofrecido un homenaje por mí insospechado hasta pocos días atrás, el de la culta peña tucumana *El Cardón*, a la cual va también mi reconocimiento afectuoso.

Agradezco muy especialmente al doctor Alberto Mario Salas, dignísimo delegado interventor en esta Facultad, el haber abierto esta aula magna para la celebración del acto que os congrega alrededor de quien solamente por elección suya ha tenido el postrer honor en la enseñanza, de llegar a la cátedra en esta casa de estudios, cuyo hijo soy. Agradezco en fin a todos, amigos presentes y ausentes, conocidos y desconocidos: a los que tanto cooperasteis por que la edición de mis *Ensayos* fuera una realidad que en el pasado abril ni siquiera habría podido soñar; a los que tanto cuidasteis el esmero tipográfico, excelentes y sufridas correctoras del texto, Aída Barbagelata e hija Liliana, y cordial impresor, Bartolomé Chiesino.

Diez respuestas diferentes podría dar a las palabras que habéis escuchado. ¿De qué hablaré en hora de tanta responsabilidad? —me pregunté al ir a trazar estas páginas, pues no me atrevía a confiarme a la improvisación emocionada, traicionera del pensamiento. Y opté por un aventurado camino: confesarme, hablar de mí mismo.

Celebráis mis bodas de oro con la profesión literaria. Ahora bien, mi vida, aunque dominada sin pausa por las aspiraciones y urgencias del escritor, no ha sido ocupada menos por las tareas de la enseñanza, a la cual llegué, adolescente aún, con firmísima vocación cuyo fervor los años han disminuido, pero no apagado. E igualmente la solicitaron durante más de cinco lustros los afanes políticos, con la inevitable fascinación de la popularidad y el poder. Si evoco mis experiencias morales a través de una existencia que se acerca con afligente rapidez a los setenta años, no me será fácil destrenzar en lo íntimo las recogidas en la cátedra, en las juntas políticas y cámaras legislativas y en la genéricamente llamada vida literaria. ¿Cuál sutilísimo análisis psicológico sabría discriminar las sustancias con que se alimentaron la memoria, la imaginación, el juicio del escritor? Éste puede decir sin jactancia que ha vivido con plenitud diferentes vidas. El defecto de

superficialidad que pudiera achacarle algún severo censor, ¿no se convertirá en multiplicidad de experiencias vitales y consiguiente riqueza del alma? ¿Quién no ha tenido horas en que se reprochó haber elegido este o aquel camino en cambio de otros que se le abrían posibles? Muchas cosas soñé ser en el campo de los estudios y las letras; varias disciplinas humanísticas y sectores de la cultura suscitaron en mí a través de los años intereses intelectuales que luego se amortiguaron o desaparecieron. Llegado a los últimos tramos del camino, no lamento la multiplicidad de las actividades que ocuparon y ocupan mi existencia, ninguna de ellas extraña a los intereses de la cultura intelectual y cívica de mi pueblo. Pude ser más y mejor; también pude ser menos y peor. Vengo confirmándome desde hace tiempo en la convicción de que nuestros pasos los guía en mucha parte el azar. Cuando revivo las encrucijadas ante las que me detuve perplejo, siempre me digo que acaso elegí el rumbo más afortunado; cuando recuerdo las veces que la propia necesidad o la arbitrariedad ajena me forzaron a cambiar el rumbo, bendigo estas desviaciones que en ciertos momentos me apenaron y desalentaron, las bendigo porque todas las veces me descubrieron horizontes antes insospechados. ¡También es cierto que a la suerte ciega hay que entreabrirle los ojos con nuestra decisión! Si los casos de mi vida pudieran interesar a alguien, referiría episodios realmente justificativos de la resignación y confianza que me sostuvieron en la adversidad. Propongo a los jóvenes que me escuchan esta filosofía de la conducta. No la aprendí en Rodó, pero es la filosofía que alienta en muchas páginas de *Motivos de Proteo*, bellamente ejemplarizada en la parábola de "El niño y la copa" y glosada por el maestro como un polo de sabiduría para la acción.

Aplicando algunas veces en mis escritos el mismo principio a la historia argentina, él me ha hecho justificar muchos sucesos ocurridos desde los días de la revolución de Mayo, condenados como inexcusables errores y frustraciones. Pero no me desviaré por los caminos de la historia, pues ello pediría más largo discurso y no quiero ser mal comprendido ni que pueda creerse que les hallo justificación a ciertas abominaciones que padecimos recientemente.

Hablaba de la multiplicidad de las experiencias como fuente de riqueza espiritual. Habiendo tratado a tantos hombres en tantas circunstancias diversas, he comprobado que debajo de las diferencias individuales aflora casi siempre la especie, o de casta, o de clase, o profesional, o moral, con sus pliegues característicos. Esta verdad psicológica la conocemos desde Aristóteles y Teofrasto y la confirmamos en *Los caracteres* de la Bruyère y de todos aquellos que siguiendo sus huellas han escarbado el alma humana. Los clásicos, cuando trazaban psicologías genéricas, el Avaro, el Misantrópico, Tartufo, sobrepuestas al caso individual, no estaban equivocados. Existe el político, existe el profesor, existe el escritor. Yo he andado entre ellos y he conocido sus

vicios y virtudes participando como individuo de unos y de otras. El político suele ser despreciado por quienes no lo son; el profesor común no goza de gran estima entre los escritores; el escritor es mirado con recelo por muchos. Hay antipatías profesionales profundamente injustas. Esto me enseñó la vida. El oficio de político, así tenga por resorte la ambición, impulso legítimo y sin duda necesario, ambición que puede ser la de servir con grandeza, pide ingentes sacrificios y es causa de abnegadas inmolaciones. No hablo aquí de los delincuentes que eligen la política para medrar como uno de tantos géneros de vida lucrativos de asalto. Sería desmesurada jactancia la mía si pensara que el solo político honesto, desinteresado —¿o el solo tonto?— fui yo entre los muchos con quienes colaboré o luché en los cuerpos deliberantes y legislativos.

¿Se sabe apreciar el fervor con que enseñan incontables profesores, precisamente los profesores más genuinos por su caracterización psicológica y profesional? Pregúntesele a los alumnos qué es y qué no es un verdadero profesor. De mí puedo decir, y esto lo reclamo como un título de honor parejo al que me otorgáis por mis bodas de oro con la profesión literaria, que las mayores satisfacciones me las ofrece a diario la simpatía con que antiguos discípulos recuerdan al profesor que llevaba al aula si no mucha ciencia, sí el empeño de formar bachilleres o enseñantes cultos y honrados, tratando a los alumnos como personas y no como confusa grey.

¿Y cómo puede adivinar la llama que arde en el corazón del escritor, aun del más humilde, y la luz que brilla en su inteligencia, quien no ha paladeado el placer de combinar letras para formar palabras, o musicales, o resplandecientes, o jugosas, o intensas, o todo a la vez, y remirlas y pulirlas? ¿Si los propios escritores desconocemos el drama espiritual de nuestros colegas y lo menospreciamos!

Esto y muchas cosas más me ha enseñado la vida múltiple. Y me ha vuelto paso a paso comprensivo y ecuánime en la medida en que uno puede serlo en el vaivén de las impresiones diversas. Es una pequeña virtud que me lisonjea ver reconocida por mis críticos, a quienes agradezco, a los aquí presentes y a los ausentes, tanta generosidad afectuosa.

Hace apenas pocas horas, escuchando en un almuerzo a dos ilustres españoles, Augusto Barcia y Arturo Barea, controvertir con hondura de concepto y recíproca cortesía sobre altos ideales políticos, me decía, aventando la misantropía que me aqueja en ciertos ataques esporádicos: el hombre es bueno.

Y pues estas palabras no estuvieron sujetas, cuando las escribí, a ningún ordenamiento didáctico, sino que me brotaban como conversadas con vosotros al acaso de las asociaciones mentales inmediatas, quiero también agradecer a mis críticos el que no les haya parecido mal mi prosa. Estoy a mil leguas de apuntar una ironía. Mi prosa

me ha preocupado en todo tiempo. Por inclinación racial y temperamental, ya desde cuando glosaba, adolescente, en largos soliloquios garrapateados, que sólo yo me leía, temas de Rousseau, del *Werter*, de Byron y Leopardi, y cuando algo después remedaba a Zola y a Gorki o presumía emular con deliciosa inocencia *El jardín de Epicuro*, procuraba expresar mi pensamiento, lógico antes que imaginativo, en las formas más sencillas, claras y propias accesibles entonces a mi verdor estilístico. Mi pluma ha corrido a través de los años persiguiendo la inalcanzable perfección expresiva, como yo la anhele: vigor y sobriedad. Válgame "il lungo studio e il grande amore". ¡Oh, bien sé cuántas formas expresivas son para mí huertos cerrados admirados a través de rejas y cercos, en mi impotencia de traspasar la cancela! Con todo, debo confesar que otros huertos de vegetación lujuriosa y muy celebrada no despiertan en mí ninguna codicia. Así que preferí quedarme, o por incapacidad, o por desvío voluntario, en el predio común a muchos escritores de buen entendimiento, en el cual he labrado mi parcela con mano asidua, aunque menos segura de cuanto la desearía mi ambición. Si mañana algún estudiante curioso de antigüedades bibliográficas se decidiera a leer trabajos míos, como que he escrito tanto de letras argentinas y la voraz bibliografía no elige en su hambre insaciable, auguro que logrará entenderme, y ese mérito lo apunto en mi haber desde ahora.

¿Estoy hablando demasiado de mí? Seamos francos. ¿De qué habría podido hablaros hoy con mayor oportunidad? Cualquier disertación sobre temas generales, tendría ciertamente mayor jerarquía, pero se me hace que os habría parecido una cobarde evasión. Me habéis absuelto remitiéndome pecados, no queriendo ver más que mis méritos honorablemente humanos; pues bien, yo debo confesarme para que en cada uno se forme la conciencia de si fue merecida o no la absolución.

Dije al comenzar que pude agradecer el homenaje con diez discursos diferentes. Válidos los diez. Me abandoné a un curso de ideas como pude abandonarme a otros muchos, pues cuando a uno lo convidan a desandar cincuenta años al hilo de los recuerdos, se le ofrecen multitud de pistas holladas. Todas se me entrecruzan en el campo literario, el cual se me aparece vastísimo, a pesar de ser la heredad argentina de reducida extensión y modesta prosapia si comparada con otras antiguas e ilustres.

Cuando llegó a él mi generación a principios del siglo, no era un campo virgen, huelga decirlo. Pareció creerlo tal veinte años después la generación que nos alcanzó arrogante y negadora; pero los sobrevivientes literarios han admitido su error. Bianchi y yo, por medio de *Nosotros*, empresa desinteresada de cultura para la cual reclamo algún reconocimiento, nos vinculamos con los últimos posrománticos, Rafael Obligado entre ellos, con los rezagos del grupo de Rubén Darío

y con los posmodernistas; luego, desde ese mirador pudimos apreciar cómo iba creciendo la literatura argentina de este siglo, robusteciendo los músculos y renovando la piel al paso de cada promoción. Parte de mi obra escrita —valoraciones, críticas individuales y de conjunto, memorias del pasado— es el fruto de esa visión directa de las cosas. Nunca he pretendido ser guía de nadie. He dicho mis impresiones y mis opiniones, sin erigirme en juez. Se las encontrará dispersas en las páginas de *Nosotros* y en otras publicaciones periódicas o reunidas en mis libros; sueltas u organizadas en nuevos libros en vísperas de publicarse.

No me habría desagradado ser el crítico de mi generación. Dicen algunos que lo he sido. Lo dudo, por lo menos haberlo sido como habría deseado, en función permanente. Voy a haceros la confidencia de por qué no lo fui. Porque la crítica sería, y ya lo expliqué en otra ocasión, siempre fue profesión de ejercicio difícil en la Argentina por motivos materiales, obstáculo combatido, pero invencible hasta ayer, al cual espero, por lo que veo apuntar, removido por nuevas formas periodísticas. Se me preguntará: ¿y en *Nosotros*, no pudiste hacer más? Algo y mucho hicimos sus colaboradores a lo largo de más de tres decenios; personalmente no me fue posible hacer más, porque los menesteres de la cocina de la revista —editoriales, necrologías, notas comunes, corrección de pruebas, etcétera— me exigían mucho tiempo y no me permitían lucirme en el balcón tantas veces como hubiera deseado. Quien no haya trabajado así, anónimamente, sin ninguna recompensa pecuniaria, más de un tercio de siglo, en provecho de los demás, como lo hicimos Bianchi y yo, no tiene derecho a arrojar piedras.

Me enorgullezco de no haber sido cobarde ante la vida —no hablo en lenguaje heroico castrense— y de no haber esquivado el trabajo desinteresado y silencioso. No me presento como una excepción. Tampoco el que confiesa sus pecados en el oído del sacerdote, si es un hombre normal, los cree exquisitamente únicos. Mi mayor mérito ha sido durar. Ya dijo Goethe que durar no es pequeño mérito. Entiéndase que perseverar cuando tantos otros desfallecieron en el camino. Yo lo he hecho con buena salud, ventaja que es poco mérito mío, salvo que lo sea vivir ni envidiado ni envidioso, como lo apetecía fray Luis. No deserté solicitado por cosas de mayor provecho y brillo aparentes: el dinero, el lujo, el placer, las posiciones espectaculares. Hablo a amigos, pertenecientes a mi especie moral. Pero no me juzguéis, quienes no me conocéis de cerca, un buey de labor, enyugado sobre el surco, renunciando a los aspectos placenteros y honestos de la existencia, a la familia y a la sociedad, incluso al divino ocio. Admiro a los ascetas, pero no me interesa frecuentarlos. Una tertulia de amigos, un ágape amable, animado por el vino cordial, un paseo a la buena ventura, tienen sobrado derecho a ocupar un sitio en nuestra

existencia. ¿Epicúreo? Un poco, quizás. Cierta vez, cuando un ilustre argentino de alma puritana me insinuó tal reproche, me disculpé alegando el atavismo. Mis antepasados, muy lejanos por cierto, fueron etruscos. Admiro, pero compadezco al que se refugia hosco en sí mismo, así sea para cultivar las más altas especulaciones intelectuales. La compañía de los hombres me es necesaria en ciertas horas. De los hombres, buenos y malos según los miremos —no hablo de los ejemplares superhumanos o infrahumanos—; de los hombres a los que debemos perdonarles mucho para ser a nuestra vez perdonados. El hombre es débil, falible, contradictorio, mezclado: varían las proporciones de la mezcla, pero ésta nunca es químicamente pura. El que lo quiere perfecto está sujeto a continuos desengaños. Mi indulgencia no alcanza a los viles e inicuos por vocación. También me yergo implacablemente hostil contra la superstición y el fanatismo, embrutecedores de individuos y masas. Moriré en el credo de Voltaire, de Renan, de Anatole France, así lo espero; opuesto a todo fanatismo, cualquiera que sea el viento de donde sople en la rosa de las ideas y las pasiones.

Amigas, amigos:

El último de los ensayos reunidos en el libro que me habéis publicado se titula *Dos almas fundidas en una*. Es mi autobiografía moral escrita a la luz de poéticos recuerdos. También es la apología de la capacidad asimiladora de todos los hombres del mundo que tuvo antaño la Argentina, conforme a los principios inmortales inscritos en la constitución de 1853, a las esperanzas y vaticinios de los pensadores de la Organización y a la obra de la generación liberal que cumplió aquellos votos. Esta apología se ha vuelto un tema insistente en mis escritos últimos, por oposición al nacionalismo cerril, enfrentado en son de guerra tribal contra las demás comunidades y culturas humanas. En esa Argentina de fines del siglo pasado y comienzos del actual, a la que no recuerdo —¡oh vivencias irre recuperables!— sino con un nostálgico llanto que oigo fluir muy despacio en mi corazón, a ninguna voluntad le estaban cerrados los caminos del éxito en la vida.

Han propalado una torpe mentira los que vociferaron que en la Argentina de ayer nadie podía estudiar ni llegar a ser algo sin poseer fortuna pecuniaria y apellido de alcurnia. Soy un ejemplo entre miles de los muchachos sin fortuna pecuniaria —en mi caso particular desamparado además por la orfandad temprana—, a quienes nada ni nadie cerró el paso. Al contrario. Debo proclamar aquí que sólo encontré estímulos y apoyos generosos. Más me ofrecieron que pedí. Esto se lo debo, se lo debemos a la Argentina de ayer, de la cual tanto mal dicen moralistas resentidos, disfrazados de sociólogos, perseguidores de irrealizables concreciones de sus abstractos arquetipos mentales, sin acertar a proponer ningún remedio a las enfermedades que diagnostican cenudos, esos remedios que regalaban a puñados los gran-

des rezongones de ayer, Sarmiento, Alberdi, Groussac, Agustín Álvarez, Juan B. Justo. A mi patria de adopción, cuyos vicios, como tiene los suyos cualquier comunidad humana, no ignoramos y nos esforzamos en corregir, cuyos errores pasados o muy recientes trabajamos por borrar, rectificando rumbos y conductas, yo le digo, al entrar en mi septuagésimo año de vida: Gracias.

Notas Necrológicas

EDUARDO J. COUTURE

La muerte de Eduardo J. Couture, ocurrida el 11 de mayo último, inesperada y prematura, constituye un luctuoso suceso para su país, para la comunidad rioplatense —cuyas mejores virtudes él encarnó de manera singular— y para todo pensamiento americano que se postule sobre bases de civismo y libertad.

Tuvimos la fortuna de contarlo entre nuestros mejores amigos, dicho sea esto en el doble sentido del ciudadano y de la persona. Como uruguayo era un enamorado de su patria, mas de ningún modo —obvio es decirlo— por razones de epidérmico folklore, ni por estrecho espíritu nacionalista que en él no habría sido concebible, sino porque había estudiado y expuesto repetidamente, con amor entrañable, lo que para él constituía la esencia del ideal político y jurídico de su pequeño gran país; ese país, le hemos oído repetir con insistencia, que no pudiendo crecer a lo ancho, tendrá que crecer hacia dentro, en calidad y hondura.

En un intelectual de su jerarquía, la admiración que sentía por su patria no impedía, sino que fomentaba, la admiración hacia la nuestra. En más de una ocasión me dijo que se reconocía ciudadano del mundo, pero sentía por la Argentina y por los argentinos una gratitud especial, pues consideraba que la resonancia de su obra de investigador y de docente se había afianzado tanto entre nosotros como en el propio Uruguay.

Pocas semanas antes de su muerte recibí una carta suya. Había venido Couture a Santa Fe para inaugurar el curso lectivo de la Facultad de Derecho, pero razones personales me impidieron viajar y no pude verle. A su regreso a Montevideo y con fecha 7 de abril de 1956, me escribía así con referencia a su visita: "He visto de cerca, permítame la confidencia, el desastre intelectual que ha dejado la situación anterior. De regreso a Montevideo he dicho a mis colegas que aquí estamos discutiendo para saber si podremos o debemos cambiar nuestro Chevrolet 1950 por un Chevrolet 1956; pero ustedes es-

tán resolviendo, como el hombre primitivo, la forma que debe darse a un pedazo de madera para trasformarlo en rueda y poder mover con ella una masa de piedra.”

Es que todo lo que ocurriese aquende el Río de la Plata le preocupaba a Couture en grado sumo, y lo encontraba siempre receptivo y vigilante. Especialmente la situación política de la última década, y en particular la tensión artificial que se había creado entre nuestros dos Estados, provocaron en él sentimientos muy definidos, expresados en cartas de tono íntimo, repletas de observaciones agudas y en las que se mezclaba el más depurado sentido político con una ironía y una gracia que manejaba con destreza incomparable. Alguna vez haré públicas algunas de esas cartas, pero por ahora debo decir, para encuadrarme en los límites de esta nota, que a través de toda su correspondencia, que es como decir a través de todas sus palabras, de todas sus actitudes y de todas sus obras, se distinguen claramente —cada uno en su adecuada proporción— los tres planos que constituían su personalidad: el del jurista, el del esteta, el del hombre. Entiéndase bien (lo que, por otra parte, no es nada recóndito ni esotérico en el orden del perfil psicológico), que esas tres cualidades se ajustaban entre sí y funcionaban de consuno, tan armónicamente, que nadie sabía al leerle o al escucharle, dónde terminaba la instancia del maestro y del estudioso, y comenzaba la del artista y la del hombre.

Aun dentro del brillo más opulento de su oratoria (recuerdo haber escuchado en su domicilio particular de Bulevar España 2122, en Montevideo, una cantidad de discos grabados con sus discursos, en los que las últimas palabras no se escuchan nunca, ahogadas por los ¡muy bien! y por los aplausos frenéticos de un público encantado por la magia de su palabra), podría observarse siempre la vocación didascálica, cierto rigor pitagórico en la exposición de los temas, el afán de transmitir conocimientos y, junto a ello, por cierto, el impulso lírico del artista, ese impulso supremo hacia el dominio de la poesía y de la gracia, tan espontáneo y tan cristalino, que por su obra entera corre un aura romántica y se diría que sopla una emoción, más que juvenil, adolescente.

Eduardo J. Couture es principalmente conocido por su obra de procesalista. En este sentido sus escritos reúnen el doble e infrecuente mérito del número y de la calidad. Sus *Fundamentos del derecho procesal civil* (Depalma, 1951), fueron publicados mientras venía apareciendo su producción fundamental, aquella que sin duda le representa más acabadamente en el campo del derecho: sus *Estudios de derecho procesal civil* (editados por Ediar), en tanto recopilaba elementos para un tratado de capital designio que anhelaba publicar. Junto a ello, su *Proyecto de Código de Procedimiento Civil* —editado en Montevideo en 1945— y la variedad casi infinita de trabajos, notas, ensayos, recensiones, sobre temas de derecho procesal.

Siendo en grado eminente un especialista, Couture no se habría resignado jamás a ser sólo un especialista. El jurista completo y magnífico que en él había, se ha revelado igualmente a través de una nutrida y prolongada actividad, pero se halla objetivada de modo singular en su pequeño libro sobre *Los mandamientos del abogado* (Depalma, 1949). Ese decálogo fue compuesto por él en estos términos: "Estudia; piensa; trabaja; lucha; sé leal; tolera; ten paciencia; ten fe; olvida; ama a tu profesión." A través de sus páginas proclama reiteradamente la fe en el derecho, la explica y la juzga. En cuanto a la fe en la libertad, nos dice en un pasaje, no necesita ser señalada, porque ella es el supuesto implícito de toda acción valiosa del abogado. "Porque si éste no tiene fe en la libertad, más le valiera, como dice la Escritura, atarse una piedra al cuello y lanzarse al mar."

Y aunque en una brevísima página como la que ahora redactamos —atenaceados por la angustia de tener que ubicar en el pretérito a quien hasta ayer no más ha sido cálido y próximo amigo— no pueda caber un examen puntual, ni siquiera en líneas generales, de una personalidad tan rica en contenido espiritual y de tan múltiples facetas, permítaseme agregar que la obra que muestra a Couture como un enamorado del arte en su ámbito más extendido y universal es *La comarca y el mundo*, "primer libro no científico, con pretensiones literarias, que compongo", según me escribió en cierta ocasión. Allí resume sus impresiones de viaje por países diversos; allí encontramos la pródiga experiencia del observador sagaz y comprensivo, de quien mira no solamente con ojos de turista o, mejor, quien no mira propiamente con ojos de turista, sino con mirada transida de comprensión y amor, con vocación indeformable para la exaltación de lo bueno y de lo bello. Y luego de su extenso periplo por mares y montañas, por metrópolis fabulosas y naciones de cultura milenaria, el regreso al mundo indígena, a la comarca, al metro cuadrado de tierra, porque en él está "nuestra mesa de trabajo con sus libros, sus papeles bajo la luz de la lámpara, los retratos de nuestros padres, y la presencia de nuestros hijos. A su lado está aquella a quien hemos elegido para recorrer juntos los caminos de la vida. En otras palabras: el respeto a lo pasado, la ilusión de lo futuro, la fe en lo presente. El mundo es grande, pero en último término nuestra vida se asienta en un metro cuadrado de tierra."

Renuncio a la tarea de escribir, ahora, una semblanza orgánica sobre Couture. La haré algún día, si la salud y las fuerzas no fallan, como mínimo recuerdo de una amistad cuajada de altura y de nobleza, refrendada por cien cartas de ida y vuelta que no olvidaré. Pero no creo que pueda caber elogio más cumplido a su memoria que recomendar a la juventud de Hispanoamérica, particularmente si piensa dedicarse a estudios de derecho, que lea la obra completa de este pro-

fesor insigne; y a quienes ya la conocen, que la releen atentamente, pues hay allí muchas cosas dichas, y muchas sobrentendidas e implícitas, que será menester desarrollar. Ignoro si, en el momento en que aparezcan estas líneas habrá visto la luz pública su *Vocabulario de derecho procesal civil*, por el que sentía singular predilección. En diciembre de 1955 me escribía a este respecto: "Algunas veces hemos hablado de este libro, que es, sin duda, el esfuerzo más duro y al mismo tiempo más sazonado de mi vida. La revisión general, que necesita aproximadamente ochocientas horas de trabajo, se aproxima hacia su fin. Luego vendrá la revisión de la revisión. Luego la revisión de la revisión... y así sucesivamente. Con todo creo que, en el curso del próximo año, el libro estará en la calle."

Sé que una dolencia a la que no asignaba mayor importancia —y entiendo que clínicamente no la tenía— interrumpió su tarea varias veces, mas siempre la reanudaba con singular denuedo. No creo que él, ni nadie, presintiera su trágico fin. Cuando lo vi por última vez, hace menos de dos años, rebosaba salud y vigor intelectual. El Colegio Libre de Estudios Superiores de Rosario había organizado un curso sobre sociología jurídica. Junto a Couture participamos en dicho curso Sebastián Soler, Jaime Perriau y quien estas líneas escribe. Alfredo Orgaz, comprometido para actuar, no pudo hacerlo a último momento, por razones de salud. Eran tiempos difíciles para nuestro país y las relaciones con Uruguay estaban prácticamente cortadas. El 25 de mayo de 1954, al día siguiente de haber cumplido Couture los cincuenta años de edad, me escribió diciéndome que no se le había concedido visa para viajar a Rosario, y añadía: "No tendré más remedio que viajar con pasaporte diplomático, pero lo haré para cumplir lo que prometiera."

Y bien, en esa carta, extensa, fechada en el día que dejo indicado, se consigna la única confidencia que me hiciera Couture (y eso que recibí de él muchas y de muy diversa índole), sobre la posibilidad de su muerte. Decía en uno de sus párrafos: "La única idea cierta y clara que tengo, es que lo que me queda de vida es sensiblemente menos de lo que llevo vivido. En otros términos: estoy más cerca de la muerte que de la vida. Pero esto, para mí, no es sino un hecho absolutamente normal, sin ningún significado negativo, pues considero la muerte el único menester necesario de la vida. Decía Séneca que si sacáramos la cuenta del tiempo de acción útil de nuestra vida, descontando todo aquello que hemos invertido en futilidades, nimiedades, distracciones innecesarias, encontraríamos una enorme diferencia. Lo que hemos invertido en la acción útil es vida; todo lo demás es tiempo. Los cincuenta años me han tomado con las hijas crecidas y con una fila entera de mi biblioteca, que usted conoce, con libros escritos en horas de vida y no de tiempo. ¿Cómo pensar que la muerte

pueda significar algo para quien no ha dejado nunca de tenerla presente y ha querido colmarla de vida?"

Repito que pocas semanas después de escrita esta carta, vino a Rosario y lo vi por última vez. Fue para mí tan fecundo ese, como los anteriores encuentros, que bien valdrá la pena de que alguna vez los rememore y puntualice. Sus conferencias en el Colegio Libre, en un recinto colmado de oyentes y amigos, serán inolvidables. Se despidió de nosotros con el mismo ánimo juvenil, casi retozón, con que siempre le conociéramos y con esa paz del espíritu que no se consigue jamás de un modo tan absoluto como cuando juzgamos haber cumplido la faena. Para Couture, según dijera más de una vez conversando o por escrito, la gran tarea, la gran misión de los intelectuales americanos, consiste en que seamos un poco más cada día *desbravadores do mato*. Abrir sendas en la maraña, añadía, para dar libre paso a las generaciones del porvenir.

Así pensaba este gran uruguayo, este gran americano, y estas palabras deberán ser tanto la contraseña como el punto de partida para que retomemos algún día el diálogo con su obra y con su vida. Mientras ese momento llega, interrumpimos aquí esta meditación sobre la memoria de Couture. Ningún placer podría compararse con el de haberle conocido y gozado de su amistad, y ningún mayor dolor que el recordarle ahora, en la hora de su muerte.

JOSÉ JUAN BRUERA

Rosario, junio de 1956

GREGORIO HALPERÍN

El 17 de junio se celebró en el Cementerio de la Chacarita un acto conmemorativo del quinto aniversario de la muerte del profesor Gregorio Halperín, organizado por sus ex alumnas y ex alumnos en la cátedra de Latín del Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Consistió el homenaje en la ofrenda de una palma. Para ello se congregaron en gran número los que fueron discípulos, ex colegas y amigos de Halperín. Ante el nicho que guarda sus restos, en nombre de los primeros pronunció una bella oración la profesora Josefa Terzano de Marini. Por los ex colegas lo hizo Roberto Giusti. Reproducimos a continuación las palabras que leyó porque en ellas también fué recordado el profesor del Colegio Libre de Estudios Superiores y miembro activo largos años de su Consejo Directivo.

Entre las felicidades de la existencia cuenta la de conocer a hombres buenos, nobles, generosos, mejor aun si de talento e ilustrados. Como siempre me he complacido con el trato de los hombres de bien, y, por supuesto, he procurado mantener relación asidua con los mejores, desde que la suerte me deparó conocer a Gregorio Halperín y

trabajar con él, mi experiencia se enriqueció con la dicha de uno de aquellos hallazgos: el del hombre bueno, noble, generoso y además sabio y de talento.

Fuimos colegas largos años en el Instituto Nacional del Profesorado en aquella nada común sección de Castellano y Literatura, cuya excelencia destacaré con sólo recordar a los fallecidos: Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Arnoldo Crivelli, René Bastianini y nuestro Halperín. Y puesto que he nombrado a Crivelli, carácter de rectitud ejemplar, recordaré que lo unió a Halperín una amistad estrechísima nacida en las aulas y fortalecida en la estimación y el afecto recíprocos. "*Pares cum paribus facillime congregantur*", avisa Cicerón, glosando un antiguo proverbio.

Vosotros, fieles alumnas y alumnos suyos de latín, congregados en este acto, acabáis de dar testimonio una vez más, ésta por la voz autorizada de la profesora Terzano de Marini, de cuánto apreciábais y queríais al que fue vuestro profesor. ¿Quién, pregunto, con más derecho que él, en la generación formada en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras durante los primeros lustros del siglo por los maestros de latinidad que tuvimos la dicha de tener, para merecer ese mismo título de maestro? Y si esa sabia enseñanza, lamentablemente sustraída, no por voluntad propia, a las aulas de la Facultad, la prolongan hoy en las universitarias y secundarias tantos egresados del Instituto, ciertamente no segundos entre pares, ¿se necesitan más pruebas de la plenitud y fecundidad del magisterio de Halperín? El Instituto Nacional del Profesorado le debe un homenaje público. En vías de recuperar del todo su dignidad docente, como tantas otras escuelas superiores de la República, disminuidas cuando no envilecidas por la tiranía, es preciso que profesores y alumnos piensen en reparar el silencio que se hizo en sus aulas en torno a los maestros, ayer alejados, hoy fallecidos.

El Colegio Libre de Estudios Superiores conmemoró dignamente a Halperín el mismo año de su muerte por la palabra del doctor Rómulo Martini que fue su maestro. Su colaboración nos fue preciosísima en el consejo directivo y en la cátedra. Pertenecía a la especie nada común de los que se dan sin tasa, dispuestos a servir en beneficio colectivo por modesta que sea la tarea en donde se los emplee. El tino, la medida, la ecuanimidad fueron cualidades sobresalientes de su espíritu. Su fervor por la cultura se expresaba en la fe activa, aquella que no renuncia un solo día a cumplir el deber exigido por las circunstancias, no ya la que se extingue en espectaculares y efímeras llamaradas. Este fervor, embridado por el espíritu crítico, el cual chispeaba en la señoril ironía, fue el modo invariable de su vida. Por esa su templanza en la conducta y en la expresión de los sentimientos, muchos de los que pasaron a su lado sin entrar en el círculo del trato íntimo, acaso no alcanzaron a graduar totalmente la lucidez de su

inteligencia, la riqueza y precisión de su saber humanístico y su jugosa humanidad. Hasta pudo parecer demasiado riguroso a los flojos o imbeciles, este varón de pocas y apacibles palabras. Como era exigente consigo mismo en el estudio y la conducta, y hacía lo que cumplía hacer, sin esfuerzo aparente, no le parecía mucho pedir algo de eso a los demás. Pero nunca asumió aires de Catón Censorino. Más de una vez he pensado como el concepto serio que él tenía de la vida, unido a tanta moderación en el juicio, debía provenirle, si ciertamente de su alma de por sí austera sin pedantería, en no poca parte de su familiaridad con los clásicos latinos, escuela de valor moral, independencia, estoicismo, dignidad, sentimiento del deber.

Hace cinco años hablé ante este nicho recién abierto en nombre del Colegio Libre de Estudios Superiores. En el homenaje que hoy le ofrecen sus discípulos del Instituto Nacional del Profesorado, solicitado para que me asociara con algunas palabras, lo hago invocando mi condición de ex colega en el mismo Instituto. He preferido no repasar el texto que leí el día doloroso del sepelio, a fin de no repetirme. Pero estoy seguro de que no puedo haber perfilado en estos papeles, al recordar sus rasgos esenciales, sino la misma semblanza que entonces tracé del amigo, del colega, del compañero. La imagen física y moral de Gregorio Halperín dura firmemente impresa en mi memoria y durará invariable en la de quienes tuvisteis la forma de tenerlo de maestro. No hay sino una posible.

Cuando se pensó celebrar este homenaje con una placa conmemorativa, propósito no realizable por reposar sus restos en un nicho, la profesora Aída Barbagelata, digna discípula de Gregorio Halperín, extrajo del *Pro Archia*, como epígrafe, una frase que yo encontré propísima para compendiar las prendas que adornaban a nuestro amigo. Es ésta, traducida por mí con alguna libertad y sin el relieve bronceado que le da el habla latina: "Un no sé qué preclaro y singular suele manifestarse allí donde a una naturaleza excelente y luminosa se agrega la disciplina metódica y la disposición que proviene del saber." Ese no sé qué "praeclarum ac singulare" lo vimos todos en Gregorio Halperín.

FRANCO E. DEVOTO

El 21 de abril falleció en la localidad de Haedo el ingeniero agrónomo Franco Enrique Devoto, genetista y cooperativista de larga actuación. Nacido en Buenos Aires en 1886, egresó de la Facultad de Agronomía y Veterinaria el año 1908 con una tesis sobre clasificación botánica forestal del Neuquén. Como funcionario del Ministerio de Agricultura, representó al país en el Congreso de Semillas de Cambridge y en la Exposición Cooperativa de Gante, recorriendo en una extensa gira distintos países europeos para estudiar sus organizaciones

agrícolas, institutos de genética y mercados de producción. En 1927 fue comisionado para nuevos estudios de sus especialidades en la India, China, Japón y los Estados Unidos.

Asesor agrícola de la Asociación Argentina de Cooperativas, director de la revista de la Sociedad Rural de Rosario, intervino en la Comisión Nacional de Gasógenos y organizó la Oficina Técnica de Bosques, vinculándose con todas las esferas de la producción rural, donde era sumamente apreciado por su versación, inteligencia y dotes personales de carácter.

Publicó libros sobre la valorización de las tierras áridas, aplicaciones de las maderas argentinas y el Parque Nacional Iguazú, y perteneció a la Academia Nacional de Agronomía.

En el Colegio Libre de Estudios Superiores el ingeniero Devoto intervino con dos conferencias en el curso colectivo sobre Economía Argentina, que se dio en el año 1940. Versaron sobre *El problema forestal y la individualización de los productos*, de éstos particularmente el tanino. Pueden leerse en los Nos. 1, 2 y 3 del Año X de *Cursos y Conferencias*.

NOTAS

UN BIBLIÓFILO BOHEMIO

Bajo este título El Mundo publicó con mi firma en su edición del 10 de junio el artículo que se imprime a continuación. Un motivo importantísimo me aconseja reproducirlo en Cursos y Conferencias. Al recomendarme en su testamento Antonio Gellini, como se leerá, donar a una institución que yo eligiese, la biblioteca de la cual me hizo único legatario, declaraba expresamente su preferencia por el Colegio Libre de Estudios Superiores. Impedido el Colegio en los años que hemos vivido de aceptar el legado, por irremovibles circunstancias materiales, la primera de ellas la carencia de una casa propia, con los locales indispensables para instalar decorosamente una biblioteca y sala de lectura, pensé que ninguna institución de cultura porteña sería más cara a la memoria de Gellini que la Facultad de Filosofía y Letras, aparte de que, como institución del Estado, quedaría exenta de abonar el impuesto sucesorio. La Facultad ha aceptado la condición puesta por mí de que en su biblioteca central se cree, a semejanza de las colecciones denominadas Dobranich, Züerbuhler y Salas por el nombre de los donantes, otra que llevará el nombre de Antonio Gellini. Como quiera que sea, el Colegio Libre de Estudios Superiores hace público su agradecimiento a su generoso amigo por haber pensado en él.

R. F. G.

En febrero de 1953 falleció en un apartado lugar del territorio del Neuquén, uno de los amigos que me acompañaron con afecto invariable desde la lejana juventud: Antonio Gellini. Su nombre, al ser leído en este recuerdo que le dedico, sin duda tendrá resonancias simpáticas en La Plata, de cuya universidad, centros de cultura y librerías era asiduo concurrente. Lo conocí en la Facultad de Filosofía y Letras en 1904, cuando entré en ella, y en otras ocasiones lo he recordado en el grupo de estudiantes que formábamos Alfredo Bianchi, Emilio Ravignani, Juan Luis Ferrarotti, Alberto de Diego, Marcos M. Blanco,

yo y algunos más, ávidos de saber y de polémica. Pero en 1905 Joaquín V. González fundó la Universidad Nacional de La Plata y el año siguiente entre los estudiantes porteños que se trasladaron a la nueva universidad nacida con felicísimos auspicios, iba a establecerse Antonio Gellini en la ciudad cuyos pavimentos de adoquines todavía criaban hierba a pocos pasos de las avenidas centrales. Gellini, autodidacto, estudiaba por honda vocación; su pasión por la lectura compensaba la carencia de diplomas escolares. En La Plata, el mozo que ya había corrido bastante mundo, necesitó emplearse, y lo consiguió en la policía como meritorio o cosa así. De grado en grado llegó a comisario. Cuando pienso que nuestro país merece tener una policía, sin excepciones, culta y humana, en la cual no se dé la ingrata contradicción de funcionarios con título universitario y alma de inquisidores, según han comprobado investigaciones recientes, no me cuesta nada esperarlo habiendo conocido a Gellini y a otros dignos servidores de la institución. Criado de niño en el campo, era valiente hasta la temeridad y generoso: un comisario muy gaucho en la doble acepción del vocablo. Los años que precedieron a su jubilación lo visité varias veces en la jefatura de policía de La Plata, donde el señor Laguarda lo llevó a su lado como comisario de órdenes para emplear su pluma avezada.

Fuera de las horas de servicio fue largo tiempo asistente asiduo a los cursos que se dictaban en la Facultad de Humanidades, donde trabó afectuosa relación con Alejandro Korn, Francisco Romero, Rafael Alberto Arrieta, José María Monner Sans, Arturo Marasso y otros prestigiosos profesores. Siempre trajeado pulcramente de negro, gran chambergo, corbata voladora, gruesos bigotes heredados del siglo XIX, hasta que se los afeitó apenas empezaron a blanquear — su vida fue la del bohemio célibe y estudioso. Jubilado, ya pudo consagrarse sin otras obligaciones, a la mayor pasión que alimentó su existencia y consumía su magro peculio: la de los libros. Esclavo de ella, formó a través de los años una biblioteca escogida de literatura, filosofía y sociología, bien ordenada al fin en la casa que con sacrificio se edificó en City Bell. Sintió devoción por la generación española del 98, cuyos libros coleccionó con amor desde las primeras ediciones sustraídas al comercio. Todos los libreros de Buenos Aires y La Plata lo conocieron, pero quienes mayores noticias de él podrían dar son los “de viejo”, en cuyos polvorientos anaqueles Gellini pescaba, cuando aún era posible hacerlo, ediciones raras y agotadas, con las que regresaba triunfante a La Plata o City Bell, así debiera apretarse el cinturón. La búsqueda la hacía los lunes; era el día que se reservaba en Buenos Aires para darse la otra gran satisfacción de visitar las exposiciones de arte. Una no escasa ciencia teórica de la pintura y una fina sensibilidad lo hacían juez capaz de estimar aciertos y errores. Azorín le enseñó a dibujar por medio de la pluma sus impresiones del mundo con minuciosidad y viveza en los detalles; también le prestó su vocabulario

NOTAS

castizo y escogido, que él deslizaba con fruición en raros artículos y en su abundante correspondencia. La que mantuvo conmigo podría formar un donoso epistolario, rico en observaciones sobre libros, hombres y cosas.

Años dichosos fueron los pocos que pasó en Europa, visitando museos, particularmente en París, donde se estableció en permanencia hasta que la guerra lo empujó a la frontera. En la Ciudad Universitaria, en cuya casa argentina residió algún tiempo, se vio forzado a abandonar algunos cajones de libros, adquiridos en los "quais" del Sena. Nunca volvió a tener noticias de ellos. Allí trabó estrecha amistad con Baroja, oso al cual Gellini se aplicaba a domesticar. Sobre sus recuerdos personales del insociable escritor vasco publicó al regreso un interesante artículo en *Nosotros*.

Tuvo ambiciones literarias. Fue muy amigo de Almafuerte. Sobre las virtudes y defectos del a menudo intratable poeta de Tolosa hubiera podido escribir un libro rico de anécdotas pintorescas. Ha dejado páginas en las que muestra un talento literario que no alcanzó la plena madurez. Páginas en donde se enlazan la voluntad terca de un estilo expresivo y no vulgar, de vocabulario suntuoso, y una afinada sensibilidad para las formas y colores. Podría recordar algunas publicadas en *Nosotros*; las que dedicó, nostálgico de la vieja bohemia, a los poetas Carriego y Fernández Espiro; y aquélla, inédita, que tituló *Mi jardín en la Lipela*. La Lipela es una rústica hostería situada sobre un magro brazo del Limay, a algunas decenas de kilómetros del Valle Encantado, en la ruta que lleva al lago Traful. Allí se refugiaba Gellini los últimos años en los meses de verano, para vivir una vida edénica en que las grandes caminatas en el seno de una naturaleza apenas rozada por la civilización y atroces baños en las aguas heladas del Limay, alternaban con la lectura y no menos atroces comilonas de cordero con sabor a neneo. Le habíamos avisado —estaba sobre los setenta años— que no hiciera desarreglos de muchacho, a pesar de su fortaleza física, jugando con los baños fríos, pues éstos ya le habían hecho el año anterior una mala pasada. Nos desoyó y murió en triste soledad tras penosa agonía.

Visité el año pasado el lugar, en peregrinación de amigos, y admiré el temple que lo llevaba, arrastrado por su espíritu aventurero, a afrontar tanta incomodidad. Sus restos fueron trasladados al cementerio de San Carlos de Bariloche, gracias a la piedad de mi amiga la señora María Luisa Giavedoni de Comezana, y en ese cementerio reposan en el nicho que para él dispuso el afecto del hermano.

En su testamento Gellini me hizo único legatario de su biblioteca, desprendida a tal efecto de los honestos bienes que dejó a su hermano Pedro, heredero suyo. Me autorizaba a donarla a la institución que yo eligiese. Pensé en la Facultad de Filosofía y Letras, por haber sido en sus aulas donde nació hace medio siglo nuestra amistad. No tuve

suerte con las autoridades anteriores, depuestas por la intervención a la Universidad. Aceptaron verbalmente el ofrecimiento, pero nunca dieron respuesta a las repetidas notas en que lo formalicé. Ahora, en pocos meses he logrado que la Facultad se enriquezca con el valioso regalo de más de seis mil volúmenes, gracias a la pronta disposición del actual decano, profesor Alberto M. Salas, y del ex interventor de la Universidad, profesor José Luis Romero. Una sección de la biblioteca central de la Facultad llevará en adelante el nombre de Antonio Gellini. Durante decenios y más decenios, así lo espero, los estudiantes tendrán en sus manos libros que le recordarán al generoso donante. Ciertamente ninguno de sus futuros lectores podrá revivir, por más imaginación que tenga, la ansiedad con que aquél espió la ocasión de hacerlos suyos, los sacrificios que le exigió su adquisición, el amor con que acariciaba sus páginas, la curiosidad con que los leyó, la ufanía con que hablaba de ellos, la celosa avaricia con que los conservó. Sepan, por lo menos, los estudiantes que ese bibliófilo, perseguidor, no de ediciones artísticas y muy caras, sino de libros sustanciosos, sin pararse en su precio venal, fue hasta la vejez un incansable estudiante, con alma jovial y despreocupada de muchacho y bohemio, movido en todos sus días por el impulso avasallador de enriquecer su inteligencia y ennoblecer su corazón por medio del instrumento irremplazable de la letra vivificadora.

ROBERTO F. GIUSTI

SOCIEDAD FILOSÓFICA ARGENTINA

Con el objeto de vincular a todas las personas que en nuestro país se dedican al estudio de las disciplinas filosóficas, acaba de constituirse la Sociedad Filosófica Argentina. En una asamblea recientemente realizada fueron aprobados los estatutos y se designó la primera comisión directiva, que quedó integrada de la siguiente manera: *presidente*: Francisco Romero; *vicepresidente*: Risieri Frondizi; *secretario*: Oberdán Caletti; *vocales*: León Dujovne, Juan Mantovani, Juan Brueira y Patricio J. Grau.

La Sociedad Filosófica Argentina se propone fomentar el desarrollo de los estudios filosóficos, facilitar el intercambio de concepciones y doctrinas entre los estudiosos del país, establecer relaciones con los centros filosóficos extranjeros, organizar reuniones, conferencias y seminarios filosóficos y editar publicaciones especializadas. Todas las personas que cultiven las disciplinas filosóficas y que deseen adherirse a los fines de la sociedad, podrán hacerlo por escrito a la sede de la misma, calle Viamonte 430, Buenos Aires.

Vida del Colegio

Los cursos y conferencias dictados en el Colegio Libre desde el día de la inauguración, efectuada el 2 de abril por el secretario Roberto F. Giusti, cuyo discurso de apertura publicamos en el número anterior, son conocidos por los socios y amigos a través del *Boletín* mensual, del cual han aparecido este año cuatro números, incluyendo el de julio. La sala magna de conferencias de la Sociedad Científica Argentina, y a partir del mes de mayo, el aula de la planta baja, que logramos habilitar, resultaron en diversas ocasiones pequeñas para dar cabida a los oyentes de las lecciones que se han dictado de lunes a viernes cada semana, con pocas excepciones motivadas por circunstancias fortuitas e imprevistas. Con la habilitación de nuevas aulas menores esperamos poder multiplicar los cursos en los próximos meses, superando las naturales dificultades que supone para el Colegio Libre desarrollar sus actividades en el mismo local de la Sociedad Científica Argentina, la cual bajo su nuevo presidente, el Dr. Eduardo Braun Menéndez, (recobrada la libertad de actuar que le quitó la tiranía lo mismo que al Colegio), se propone realizar una intensa actividad de difusión cultural en el campo de la ciencia. El problema del Colegio Libre es fundamentalmente de local. Todos los esfuerzos de sus dirigentes se encaminarán a resolverlo.

Corresponde destacar en esta noticia la de la presencia en el Colegio de dos afamados escritores extranjeros; aparte de la del ilustre penalista español Dr. Luis Jiménez de Asúa, radicado entre nosotros: la de Arturo Barea, el vigoroso novelista de *La forja de un rebelde*, y la de Germán Arciniegas, maestro de americanismo, cuyas disertaciones (tres las de Barea, una la de Arciniegas), fueron escuchadas por fervorosos auditorios que, desbordando de la sala magna, cubrieron los pasillos y escaleras hasta el "hall" de la planta baja.

TRASMISIONES POR RADIO DEL ESTADO

Continúan transmitiéndose por Radio del Estado todos los lunes a las 18 las comunicaciones que los profesores y maestros agrupados en torno a la Cátedra Sarmiento del Colegio Libre hacen llegar al auditorio sobre temas vitales concernientes a la educación de niños, adolescentes y adultos. En la imposibilidad de publicarlas todas y por entero en nuestra revista, iremos extractando en cada número algunas de ellas, por la naturaleza de los temas, que procuraremos diversificar.

El 26 de marzo, el profesor Horacio Ratier trató el tema Escuela

rural. Al enfocar directamente cuál ha de ser la enseñanza impartida en la escuela rural dijo el disertante:

"Es incuestionable que la escuela rural debe infundir al niño el amor al campo, al trabajo de la tierra, a la vida de la granja; pero entendámonos: las normas de conducta no se elaboran por coerción sino por esa penetración íntima que dan los estímulos externos cuando favorecen armónicamente el desenvolvimiento espiritual, moral y físico de la persona como ente social y libre. En este sentido la escuela rural supera a la pobre escuela urbana; tiene, ante la falta de material ilustrativo, el mundo natural que por la acción hábil del docente constituye el mejor material didáctico para la positiva formación e información del acervo cultural del niño en sus diversos estados mentales y físicos.

"Nuestro niño de campo cultivará el huerto, el jardín, cultivará la colmena, el gallinero; actuará socialmente en la cooperativa; trabajará, en suma, en un ambiente organizado para su futura vida de hombre de campo; pero de ninguna manera ese vivir supone el apremio utilitarista que rechazamos al comienzo, sino el aprovechamiento del medio natural y sus actividades humanas afines, en ese fluir e influir de estímulos ambientales, para favorecer la integral y vital formación de la persona que allí está elaborándose.

"Y si ese niño rural, futuro hombre, busca en los medios urbanos el cauce vocacional, triunfará mediante el potencial educativo que así se ha sedimentado en su espíritu.

"Combatiremos la enseñanza libresca y verbalista que para tortura y deformación de nuestros niños se ha generado en el común de nuestras escuelas urbanas y no urbanas; escuelas enjauladas, de espaldas a la vida; escuelas que no han considerado al niño como tal sino como a un pequeño hombre al que se pretende forzar en una madurez utilitaria.

.....
 "Para que la escuela rural adquiriera la jerarquía de institución básica en la cultura del hombre del agro, proponemos:

- a) Que los edificios, dependencias, terrenos y organismos de una escuela rural sean amplios, pedagógicos y cómodos, para el mejor cumplimiento de sus fines educativos;
- b) Que el maestro de la escuela rural posea, además de su cultura profesional, una indudable vocación campesina y un amplio sentido filosófico de la función social de la educación del niño junto a la naturaleza;
- c) Que la escuela rural sea la base institucional en la orientación de la vida del niño campesino en un sentido eminentemente cultural y social;
- d) Que la escuela rural sea el nexo regional con otras entidades estatales o privadas que, sin interferir la función específica

- de la misma, provean al mejoramiento económico, social y espiritual del núcleo humano a ella circundante;
- e) Que la escuela rural infunda en las nuevas generaciones la razón de ser de la democracia, de la fe, de la familia y de la patria, como factores fundamentales de una feliz convivencia social;
 - f) Que el maestro de la escuela rural goce de la necesaria seguridad económica que le permita consagrarse totalmente a su apostolado profesional.

El 16 de abril disertó el profesor Héctor Mazziotti sobre La función educativa del Estado. Después de examinar los distintos criterios que a través de la historia han prevalecido en la materia, así como las diversas formas de monopolio en materia educativa, frente a la libertad de enseñanza, llegó a las siguientes conclusiones:

“La neutralidad estatal debe ser entendida ahora de una manera nueva. Lo que era neutralidad pasiva es ahora neutralidad activa, justificada por la ayuda directa que el Estado presta por igual a los institutos a pesar de sus discrepancias. La libertad de enseñanza antes admitida fuera del Estado queda modificada, desde que se cumple por el Estado o con su ayuda.

“El Estado no exige identidad de enseñanza o de principios educativos; todas las doctrinas legalmente admitidas, cuyos fines no contradigan los estatales, pueden encontrar y mantener su posición en este sistema. Tres factores que se agrupan alrededor de la escuela —los doctrinales, los que corresponden a los derechos de las familias o de las asociaciones, y los que pertenecen al Estado— dan como resultado este sistema basado en un principio fundamental, el de la paz escolar, que exige que esa organización sea un factor de pacificación y de unión entre los ciudadanos, imposible de lograr si la escuela se transforma en un campo de intolerancias y de odios entre los diferentes grupos sociales, o de presiones doctrinales o políticas, ejercidas por esos mismos grupos sociales como representantes de las más diversas ideologías.

“El Estado que resuelve la cuestión eliminando la libre concurrencia no hace sino sustituir al ciudadano por el gobierno. Pero todas estas fuerzas libres no pueden ni deben ser autónomas y desarrollarse con entera independencia del Estado. En la enseñanza privada caben numerosas licencias, y en el terreno de las posibilidades podría también caber lo antinacional. En consecuencia, la intervención del Estado es aquí tan necesaria que no es posible prescindir de ella sin riesgos. La libertad de enseñanza debe existir como derecho individual pero no como licencia; como todas las libertades debe tener sus límites. Conviene que sea la más limitada de todas, porque debe proteger a niños y jóvenes de las imprudencias de una

libertad absoluta, representada por la iniciativa particular, sin contralor ni vigilancia. El Estado debe ejercer esa protección porque es su defensa, no desprendiéndose nunca de sus derechos de vigilancia e inspección de la educación privada. Como muy bien dice Compayré, no debe ser víctima de aquellos que reclaman la libertad absoluta de la enseñanza para suprimir en última instancia la libertad del espíritu.

"En definitiva: el Estado terminará comprendiendo que la educación es su problema vital, es un asunto civil y de la nación toda, y que no puede desertar de él, sin abdicar sus derechos pedagógicos."

Los restantes lunes de abril, mayo y junio disertaron: Elsie Murphy, sobre *La escuela y el ambiente*; Alfredo F. Bernasconi, *Perfeccionamiento docente*; Amalia Porcel, *Mayo y la escuela argentina*; Alfredo Conde, *La escuela domiciliaria*; Alberto Albarracín, *Escuela penitenciaria*.

También la Cátedra Lisandro de la Torre, de Economía y Sociología, continúa regularmente sus audiciones de los miércoles a las 18, por Radio del Estado. El programa desarrollado en abril, mayo y junio fue el siguiente: doctor Mario Segre, *Programa de desarrollo social en el mundo*: 1) programa de salud, nutrición, vivienda y educación; 2) Medidas relativas al empleo y desempleo, programas de seguridad social, programas especiales de desarrollo social de las regiones rurales. Conclusiones (el 4 y 11 de abril); profesor Jorge Alberto Guraya, *El problema de la productividad* (el 25 de abril), ingeniero Juan Alberto Pardo, *Productividad, importancia social del concepto* (el 9 de mayo); doctor Norberto González, *El problema del desarrollo económico*, (el 23 de mayo); contador público nacional Julio C. López Ponte, *El problema del automatismo* (el 6 de junio); doctor Juan Alemann, *El multilateralismo* (el 20 de junio).

VUELVE EL COLEGIO LIBRE

Una institución cultural de sólido prestigio —forzada a celebrar sus "bodas de plata" en el exilio que le impuso, implacable, el régimen depuesto al impedirle proseguir sus cursos en julio de 1952— se apresta para retomar su labor en el ambiente de libertad recuperada que es condición esencial de toda empresa del espíritu y que se proclama, desde los comienzos de la que él representa, en su propio título. En realidad, el Colegio Libre de Estudios Superiores, con cuyo nacimiento, en 1930, vincúlase dos hombres prestigiosos de la historia intelectual de la República en lo que va del siglo —sólo queremos, por razones obvias, aludir a los desaparecidos—, Alejandro Korn y Aníbal Ponce, había reanudado su útil siembra de ideas antes de cumplirse un mes de la revolución triunfante de setiembre. Pero fue, más que todo, un resurgimiento simbólico, una afirmación de presencia indispensable en aquella hora auspiciosa del resurgimiento argentino. Ello le permitió, por lo demás, comprobar cuán numerosas eran las amistades que le habían seguido fieles en el silencio y que en aquellas clases de los últimos meses de 1955 se sumaban incontables, a los "amigos" de siempre, para cuya cooperación no fue

óbice el hecho de que el Colegio se viera forzado a suspender sus cursos y tuviera sólo la periódica publicación de su autorizada revista *Cursos y Conferencias*. Ahora, pasado el receso de las vacaciones anuales, el Colegio quiere volver a ser lo que fue durante los veintidós años que precedieron a su recordada clausura. Tiene para 1956 planes ambiciosos y aspira a cumplirlos en todos los campos del humano saber, restableciendo la práctica de invitar a figuras eminentes del pensamiento universal, que se agregarán a los maestros argentinos para integrar un programa de cursos y de seminarios que devolverán a la ciudad una de sus instituciones más características. Para llevar a cabo sus propósitos, el Colegio Libre de Estudios Superiores ha lanzado un cordial llamamiento a cuantos en el país participan de sus inquietudes y de sus aspiraciones. Confía en el apoyo de todos y con él está seguro de poder realizar de nuevo, en un medio convulsionado en los últimos tiempos por tantas azarosas circunstancias, la obra de cultura con que soñaron sus fundadores. De auténtica cultura, porque está signada por el espíritu de libertad que le da sentido y profundidad, permanencia y valor formativo.

LA NACIÓN, 16-3-56.

RESURRECCION DEL COLEGIO LIBRE

Con este título, el número de abril de El Auto Argentino, importante revista gremial en donde las expresiones culturales y literarias suelen ser materia de inteligentes comentarios, publicaba este conceptuoso artículo, que reproducimos por sernos muy gratas algunas de sus apreciaciones, sin hacernos partícipes de las de orden polémico, prescritas para nosotros por el tiempo transcurrido.

El Colegio Libre de Estudios Superiores no podía desenvolver su actividad cultural desde mediados de 1952. ¿Por qué? ¿Por nada! Porque a las llamadas autoridades superiores se les ocurrió que una institución ejemplar como ésa desentonaba en la "nueva Argentina". Nada más y nada menos. Y como a la policía se le había asignado el papel, entre otros igualmente "decorosos", de controlar las actividades culturales, resolvió prohibir que el Colegio Libre pudiera proseguir su desempeño. En verdad que en un organismo enfermo las partes sanas son una afrenta, y no es extraño que la reacción patológica, más instintiva que consciente, quiera suprimirlas. ¿Para qué quiere el topo la luz, esa luz que tanto apetece la noble materia viva?

Quizás no sepa el lector con mucho seguridad qué es el Colegio Libre. Fue fundado en mayo de 1930. Unos pocos hombres libres, entre los que sólo había uno que simulaba serlo, echaron las bases de esa especie de Universidad *no profesional*. Querían satisfacer el deseo *natural* de saber y de información, creciente en nuestra ciudad, mal encauzado por instituciones oficiales y muy restringido fuera de la Universidad, adonde no pueden llegar todos. Cuatro o cinco personas de honestidad intelectual y moral dieron vida a una institución inmediatamente simpática. Precisamente su éxito le creó las primeras

dificultades. A poco de dar los primeros pasos, en setiembre de 1930, se produjo el golpe de estado de Uriburu, y entonces, o muy poco después, se separó del consejo del Colegio el que había simulado ser un hombre libre, el señor Carlos Ibarguren. Pero sus verdaderos creadores no soltaron el timón. Roberto F. Giusti, Alejandro Korn, Narciso Laclau, Aníbal Ponce y Luis Reissig no abandonaron sus puestos. Algunos fueron alejándose por la senda oscura; el primero de ellos Laclau, víctima inesperada de una tragedia, con lo que se perdió lo que ya constituía algo más que una promesa para la ciencia argentina; Aníbal Ponce tuvo que alejarse del país, y poco después moría en un accidente; falleció también Alejandro Korn (ya realizada su obra), que es seguramente la mayor figura filosófica de nuestro país. Pero el Colegio Libre fue llenando los claros y recorriendo la senda breve y claramente trazada por sus fundadores. Tres conferencias de Lisandro de la Torre, cuando este hombre decía más que nunca lo que consideraba la verdad, cosa que lo elevó prodigiosamente, difundieron en un ámbito nuevo el nombre del Colegio Libre.

Ahora vuelve el Colegio a su tarea. La hoja anunciadora que ha distribuido en estos días dice en una parte: "El consejo directivo tuvo la certidumbre de que el Colegio viviría más que la tiranía. Como dijimos en diversos documentos, teníamos firmísima fe en que no tardaríamos en volver a nuestras tareas y que lo haríamos con la conciencia de no haber traicionado un solo día los propósitos idealistas que originaron la fundación del Colegio." Subsistió pero no plácidamente. En 1952 tres miembros del nuevo consejo directivo renunciaron de él. En una larga nota eufemística trataron de justificar su discrepancia con los restantes miembros del consejo. Se expresaban en esa nota con bastante oscuridad; pero entre otras cosas venían a decir que el Colegio no estaba, por causa de los que no opinaban como ellos, a tono con la nueva situación de la Argentina. Piénsese que estábamos en 1952. Decían finalmente esos tres renunciantes, es decir, el doctor Jorge Thenon, el ingeniero Ricardo M. Ortiz y Homero B. de Magalhaes: "No retiramos nuestra colaboración al Colegio para permanecer en la inactividad; buscaremos el ambiente propicio y contribuiremos con nuestro esfuerzo donde sea posible aplicarlo, *en concordancia con los dictados de nuestra conciencia*." ¿Cuáles eran esos dictados? Algún tiempo después esos tres firmantes (o por lo menos los dos primeros) formaban parte de la Casa de la cultura argentina, creación subsidiaria del partido comunista. También el Colegio superó el propósito de hacerlo navegar en las aguas turbias de una política oscilante, incompatible con la cultura.

Algunas veces se nos ha ocurrido que el Colegio Libre podría desempeñar en nuestro país una función parecida a la que cumplió en España la Institución Libre de Enseñanza bajo el magisterio de Giner. Enseñar, pero ante todo educar. Y la generación modelada así, en el

amor al saber desinteresado, en la eticidad, en la autenticidad de la vida, significaría para nuestro país, escaso de esa clase de valores personales, lo que significó para España la siembra de Giner de los Ríos: la formación de personalidades que cumplen los deberes humanos en cualesquiera circunstancias.

FILIAL DE BAHIA BLANCA

La Filial Bahía Blanca inauguró sus actividades de este año el 13 de abril, con un acto que reunió numeroso público, en el que el secretario de la Filial, Dr. Pablo Lejarraga, dijo las palabras de iniciación del nuevo curso, y el profesor Roberto F. Giusti pronunció una conferencia sobre *Caracteres definidores de la cultura latinoamericana*. Tras esta inauguración, con la que la Filial entra en el XVI año de sus actividades culturales, han venido ocupando sucesivamente su cátedra: el 20 de abril, el crítico Luis Emilio Soto que habló sobre *El cuento a través de Payró, Lugones, Quiroga y Lynch*; el 25 de abril el profesor de lógica y filosofía científica de la Universidad del Sur, Dr. Rolando García que habló sobre *Reacciones irracionalistas frente a la crisis contemporánea*; el 27 de abril, el crítico de arte Jorge Romero Brest sobre *¿Qué es la belleza?*, el 11 de mayo, en el ciclo sobre "Problemas argentinos", el agrónomo Diego J. Ibarbia sobre *Una solución para el problema de los arrendamientos rurales* y el viernes 22 de junio, el profesor de estilística de la Universidad del Sur, Héctor Ciocchini, sobre *El prestigio de la palabra*. Durante los días 28, 29 y 30 de junio el profesor Silvio Frondizi desarrolló un cursillo de cuatro clases sobre *El problema de la libertad*; que abarcó los siguientes puntos: *Introducción metodológica, Carácter histórico de la concepción de la libertad, La crisis contemporánea de la libertad y El porvenir de la libertad*.

DISCURSO DEL SECRETARIO DE LA FILIAL, DR. PABLO LEJARRAGA

La Filial Bahía Blanca del Colegio Libre de Estudios Superiores inaugura esta tarde el decimosexto curso de sus actividades culturales. El próximo 18 de abril van a cumplirse justamente 15 años de su fundación, lo que ocurrió en esta misma casa, la Biblioteca Rivadavia, que tiene bien ganado el título, por tantos motivos, de entidad madre de la cultura bahiense.

Surgió nuestra Filial el año 1941, respondiendo al plan del Colegio Libre de extenderse por todo el país y de tomar un contacto más profundo con la realidad cultural y social argentina.

En aquel entonces, en la República, por encima de tantas realidades políticas y de todo orden deprimentes y desalentadoras, estaban madurando muchas cosas y se pensaba que la nación podía dar un salto hacia adelante, recuperando los días que desde años atrás se venían perdiendo, y alcanzar, si cabe la expresión, el porvenir. En aquellos momentos el Colegio Libre, que desde hacía 10 años venía definiendo una tarea y una conducta de claro y recio perfil, convocó

a los trabajadores de la cultura de todo el país, y de toda condición —profesores, intelectuales, estudiosos, estudiantes, profesionales, etc.— para aunar esfuerzos y sumarse, desde el escenario y el taller de la cultura, a una obra de verdadero desarrollo nacional.

De aquel planteo y aquel afán nacieron sus cátedras: Lisandro de la Torre, de Economía, Sarmiento, de Educación, Mitre, de Historia, Gutiérrez, de Literatura, Alberdi, de Estudios Jurídicos y Políticos. Y nacieron también sus filiales en todos los rumbos del país, sin olvidar la Patagonia, llegando hasta Río Gallegos y Comodoro Rivadavia. Cátedras y Filiales eran como los instrumentos de ese conocimiento y penetración para influir cultural y socialmente en la vida nacional.

Lo que las Filiales y las Cátedras proyectaron en su hora, no puede ser olvidado, y lo que vino después de 1943, malogrando las mejores ambiciones y esperanzas, está presente en todos como para volver sobre el tema, aunque es preciso no olvidar la experiencia vivida.

Traigo este recuerdo para decir que podemos y debemos pensar que la República, después de los acontecimientos que tan fuertemente la conmovieron, vive un momento excepcional, por encima de sus inevitables dificultades, que ha abierto para el país una nueva etapa de su historia, en que están en juego conceptos fundamentales de nuestro destino como nación y como pueblo. Como en otras ocasiones memorables, es inequívoco el llamado para que los trabajadores de la cultura no deserten del cumplimiento de sus deberes y responsabilidades y por el contrario den al país sus nobles lecciones de saber y de ciudadanía. No desertará sin duda el Colegio Libre. Asumirá su parte en la tarea común. El espíritu de renovación, para adecuarse a las circunstancias del tiempo y del medio, es uno de los signos de su existencia, que le ha permitido mantener su flexibilidad y su templado ánimo juvenil, sin mengua de los principios que le dieron origen y razón de ser.

Es posible que en estos quince años transcurridos más sean las cosas proyectadas que las realizadas, pero bien proyectadas son el anticipo de una noble ambición y no dejarán de volver al plano de las realidades.

En qué medida el Colegio Libre ha llenado una necesidad, ha propulsado la cultura pública y se ha arraigado en la vida cultural y social de nuestra ciudad, pertenece al juicio público y forma parte de la historia de la cultura local y regional.

Pero en esta ocasión, en nombre del Consejo Directivo necesito decir que esta tarea del Colegio Libre —modesta o importante como se la aprecie— es una obra colectiva, en la que cuentan tanto la colaboración material, como la moral e intelectual de los que la dirigen, de los amigos en general y de sus generosos colaboradores. Es posible que a veces aparezcan en escena sólo unos cuantos, pero son muchos los que sustentan esta obra, y muchos más los que la siguen con simpatía y adhesión, y son también apoyo de su subsistencia y vigor. Hemos tenido pruebas de ello, sobre todo en estos últimos años de dura tregua para la cultura y la libertad, que el Colegio pudo afrontar y superar dignamente.

Después de referirse el expositor a las clases y cursillos proyectados para este año, prosiguió:

Intentaremos, además, la realización de algunas reuniones, foros o mesas redondas, como ahora se acostumbra decir, que muchas veces

nos hemos planteado y que hemos venido postergando últimamente por explicables circunstancias. Temas de éstos serán: el primero, "La Capital y el interior", o quizás, mejor titulado, "La Metrópoli y la República", con especial referencia a la propuesta de don Ezequiel Martínez Estrada de trasladar la Capital Federal a Bahía Blanca, y el segundo, "La Reforma Universitaria", que algunos profesan como credo educacional de rigurosa actualidad y otros consideran superado.

En la inauguración de este año, nuestra Filial del Colegio Libre no puede dejar de destacar el gran acontecimiento cultural, regional y nacional, de la creación de la Universidad del Sur, que ha venido a realizar el viejo y mantenido anhelo de Bahía Blanca y el sur argentino. Nosotros, que siempre hemos visto en esta Universidad una gran herramienta del despertar de la conciencia de la Patagonia y una toma de posición en el debate de sus problemas y aspiraciones, formulamos fervientes votos para que se consolide, crezca y cumpla su noble destino. Me place recordar que en más de una oportunidad, desde nuestra fundación en 1941, la hemos saludado desde esta tribuna del Colegio Libre, como una necesidad regional y nacional de hondo sentido rectificador —contra el centralismo absorbente— y afirmativo de la verdadera dimensión nacional.

Me place también recordar como rasgo de vieja amistad, que nuestra Filial empezó dando sus clases y conferencias en el local de la calle Mitre y Rodríguez, donde entonces, precursor esfuerzo de vecinos animosos, funcionaba la Universidad del Sur, que gentilmente nos cedía su aula principal. La sala tenía al frente un pizarrón y estaba cubierta de pupitres, que al momento de nuestras reuniones, eran colocados a uno y otro lado, lo que le daba un aspecto de sala de estudio, muy propicio para el carácter de nuestra actividad y para la labor que nos propusimos desarrollar. Desaparecida la Universidad, pasamos nosotros a ocupar como inquilinos parte del local, aunque allí, a la entrada, en lo alto, siguió quedando el letrero de "Universidad del Sur"... hasta que como se recordará, fuimos arbitrariamente desalojados para dar paso a los aprovechados del momento.

El Colegio Libre tiene la satisfacción de iniciar sus actividades culturales de este año con el concurso del profesor Roberto F. Giusti, secretario actualmente, por ausencia de Luis Reissig, del Colegio Libre de la Capital Federal, uno de los fundadores de la entidad, y uno de sus profesores más prestigiosos y constantes. Recordamos, no sin emoción y orgullo, que lo tuvimos también con nosotros, hace ya 16 años, en el acto inaugural de la Filial, en esta misma sala. Giusti nos ha alentado y acompañado siempre con dedicación y generosidad. Llega esta vez con la carga de sus cincuenta años de trabajos culturales, que sus discípulos, amigos y admiradores, quienes forman legión en el país, celebran como acontecimiento y han rubricado con la publicación de este hermoso volumen que contiene páginas selectas de su intensa vida literaria. Nosotros nos asociamos públicamente a la celebración y le rendimos el homenaje de nuestra simpatía espiritual y de nuestro aplauso fraterno.

Como hace quince años, un poco más viejos nosotros pero el Colegio Libre juvenil y esperanzado, sobre una misma realidad, pero con nuevas condiciones, quizás con nuevos planteos, queremos colocar la etapa que iniciamos bajo los auspicios del empuje energético y progresista de nuestra ciudad, y bajo la advocación de la libertad creadora de Alejandro Korn, uno de los fundadores del Colegio Libre

que, al mismo tiempo que definición argentina y americana, es exigencia de todo esfuerzo de investigación, de toda búsqueda de verdad, de toda inspiración auténtica, de todo afán de cultura, desde que la vida del espíritu es vida de libertad.

REALIZÓ LA FILIAL SU ASAMBLEA ANUAL DE AMIGOS

El 12 de abril se realizó la asamblea anual de amigos de la filial de Bahía Blanca, en la que se aprobó la memoria y el balance del año 1955, se consideró el programa cultural del año en curso, y se renovó parcialmente el Consejo Directivo, que quedó integrado en la siguiente forma: Federico Baeza, Germán García, Berta Gaztañaga de Lejarraga, Pablo Lejarraga, Roberto Sahores, Moisés Grodsinsky, Gregorio Scheines, Alfredo Jorge Viglizzo y Carlos H. Viglizzo como titulares y Joaquín López Jáuregui, Pedro Morán Obiol y Rubén N. Matheu como suplentes. La memoria, que comprende la reseña de cursos y conferencias realizados durante el año 1955 y otros aspectos de la actividad de la Filial, termina con las siguientes consideraciones:

Con el curso del año 1955, nuestra filial, fundada el 18 de abril de 1941, ha cumplido sus 15 años de vida; y en qué medida ha llenado una necesidad, ha propulsado la cultura pública y se ha arraigado en la vida cultural y social de nuestra ciudad está en la conciencia general. Habiendo vivido la filial la mayor parte de su vida bajo condiciones adversas a la obra libre de la cultura, que ha enfrentado y superado dignamente, en las nuevas que se han abierto en el país, de cultura dentro de la democracia, seguros estamos de que su labor se acrecentará y tomará todo el vigor y el impulso que le señalan sus objetivos y la prestigiosa adhesión que le prestan tantos colaboradores y amigos.

Nos es grato recoger la noticia de que el activo socio de la filial, Dr. Gregorio Scheines, ya prestigioso por su obra novelesca anterior, en la cual se destacan los cuentos reunidos en el volumen *El gigante de arena*, ha merecido el tercer premio, de tres mil pesos en el gran concurso convocado recientemente por la Sociedad Argentina de Escritores, por el cuento titulado *El rostro perdido*.

CENA DE CAMARADERÍA

Celebrando el 15º aniversario de la fundación de la filial y para agasajar al Dr. Roberto F. Giusti, con motivo de la celebración de los cincuenta años de su actividad literaria, el 13 de abril se realizó una cena de camaradería en la que participó casi un centenar de colaboradores y amigos de la filial. Ofreció la demostración Alfredo Jorge Viglizzo e hicieron uso de la palabra los señores Giusti, Raúl E.

Bagur, presidente de la Biblioteca Rivadavia y el secretario de la filial, Pablo Lejarraga.

FILIAL DE ROSARIO

Los socios y amigos de la Filial de Rosario, cuyo número aumenta de continuo han tenido la satisfacción de ver este año acrecer el interés general por las actividades de esa Filial, nunca interrumpidas aun durante la tiranía, pero sí forzosamente retaceadas para no chocar con los recelos de arriba. Los cursos y conferencias que se celebraron durante los dos meses de mayo y junio y los que están desarrollándose en el mes de julio, a la aparición de este cuaderno, así como el número de los asistentes a los mismos, lo certifican.

Las tareas de organización, aunque repartidas entre todo el Consejo Directivo, han recaído directamente en la secretaria, profesora Aurelia Morello, culta propulsora de la Filial desde los días iniciales, por haberse visto obligada a sustraerse de dichas tareas Olga Cossettini, llamada a desempeñar un cargo de inspectora, por más que su colaboración sigue siendo amistosamente activa.

La profesora Cossettini inauguró el 2 de mayo los cursos con las palabras con que precedió una conferencia de Arturo Barea sobre el tema: *La novela política ¿fracaso artístico?*

A ésta siguieron el día 8 una de Victoria Ocampo sobre el tema: *El niño y la lectura o la seducción del inocente*; dos disertaciones, el 11 y el 12 del doctor Alfredo Galletti, acerca de los opuestos temas *Cara de América y Cruz de América*; la discusión el día 15 de un tema de mesa redonda sobre *Educación fundamental*, bajo la dirección de Olga Cossettini, dos clases de Julio Payró, el 18 y 19, que trataron respectivamente del arte prehistórico y los últimos días de *Cézanne*; y el 28, una conferencia del Dr. Aníbal Sánchez Reulet sobre la *Filosofía contemporánea de los Estados Unidos*. Un concierto fonoeléctrico comentado por la profesora Ana María de Vieira Méndez, en el cual se escuchó la *Sinfonía de los Salmos* de Strawinsky, cerró las actividades de mayo.

En el mes de junio, el 5, el 12, el 19 y el 26, el Dr. León S. Pérez inició un cursillo de *Introducción a cuestiones psicológicas*, el cual se ha continuado en julio; habló el 15 en la Filial el secretario del Colegio, Roberto F. Giusti, sobre las diferencias perceptibles entre la cultura iberoamericana y la europea, e inició los días 23 y 24 el profesor Alfredo Ghioldi un curso de cinco clases, que se continúa en julio, acerca de la *Evolución de la técnica educativa educacional*. El 28 fue exhibido el film *Guernica* y otros cedidos por la Extensión Cultural de la Embajada de Francia.

Las disertaciones programadas para el mes de julio, además de las ya citadas, fueron las siguientes: tres clases del profesor Guillermo Thiele sobre la evolución de la comedia griega (*Epicarmo y la farsa doria, Aristófanes político, Aristófanes y los sofistas. Los problemas sociales en Aristófanes, Menandro y la comedia burguesa*), un cursillo titulado *Ideas para una moderna educación musical*, que dictará la profesora Violeta Hemsy de Gainza con ilustración de coros de niños y debate, y otra mesa redonda sobre *Educación fundamental*, dirigida por Olga Cossettini.

Los colaboradores de este número

ALFONSO CORRADINI. — Ver Cursos y Conferencias, año XXIV, N° 268.

GINO GERMANI. — Ver Cursos y Conferencias, año XXI, N° 241-242-243.

LUIS B. JOSELEVICH. — Nacido en la Capital Federal el año 1905. Cursó la Facultad de Derecho de Buenos Aires y se ha especializado en derecho administrativo y comercial. Cultiva los estudios filosóficos. Colabora en La Ley, la Revista de Jurisprudencia Argentina y la Revista de Patentes y Marcas.

LIBROS: Fundamento del impuesto especial y tarifas; El derecho de propiedad; La rebelión de los imperativos.

GUILLERMO KORN. — Nacido en La Plata (Pcia. de Buenos Aires) en 1902. Fue diputado nacional por su provincia natal. Actualmente es profesor de técnica del periodismo en la Facultad de Humanidades de la Universidad de Caracas (Venezuela), y dirige el Teatro Universitario de esa Universidad.

LIBROS: La resistencia civil; La palabra y el hombre.

MIGUEL ALFREDO OLIVERA. — Ver Cursos y Conferencias, año XXII, N° 262-263-264.

Índice del Volumen XLVIII de Cursos y Conferencias

	Pág.
ARTURO ARDAO: Tendencias filosóficas en el Uruguay en el siglo XX	27
JOSE JUAN BRUERA: Eduardo J. Couture	263
ALFONSO CORRADINI: Guido Gozzano y "Los coloquios"	193
RENATA DONGHI HALPERIN: Homenaje a Roberto Giusti	250
GINO GERMANI: El urbanismo en la Argentina y en el mundo	148
La integración de las masas a la vida política y el totalitarismo ..	153
JUAN CARLOS GHIANO: Cincuenta años de Alfonso Reyes, escritor .	135
ROBERTO F. GIUSTI: Palabras inaugurales de las tareas de 1956 ..	143
Respuesta al homenaje de los amigos y discípulos	255
Un bibliófilo bohemio	271
Gregorio Halperín	267
JUAN HERNANDEZ LUNA: La filosofía contemporánea en México ..	3
JAIME JARAMILLO URIBE: Tradición y problemas de la filosofía en Colombia	96
LUIS B. JOSELEVICH: Valor práctico de la novedad egológica	229
GUILLERMO KORN: Del positivismo al modernismo en la prensa ve- nezolana. "El Cojo Ilustrado"	177
PABLO LEJARRAGA: Palabras inaugurales de las tareas de 1956 en la Filial de Bahía Blanca	281
JOSE MARIA MONNER SANS: Homenaje a Roberto Giusti	253

	Pág.
MIGUEL ALFREDO OLIVERA: Evolución del verso en el teatro de T. S. Eliot	214
AUGUSTO PESCADOR: La filosofía en Bolivia en el siglo XX	61
LUIS REISSIG: Reanuda sus actividades la Cátedra Sarmiento	150
JOSE LUIS ROMERO: Homenaje a Roberto Giusti	248
AUGUSTO SALAZAR BONDY: La filosofía peruana contemporánea .	81
MARIO SEGRE: Propósitos de la Cátedra Lisandro de la Torre	146
SANTIAGO VIDAL MUÑOZ: Apuntes sobre la filosofía en Chile ...	39
MEDARDO VITIER: Cincuenta años de estudio de la filosofía en Cuba	120

Ediciones del "Colegio Libre"

REIMPRESION

LISANDRO DE LA TORRE, OBRAS III Escritos y discursos \$ 25

Contiene el volumen:

INTERMEDIO FILOSOFICO

LA CUESTION SOCIAL Y LOS CRISTIANOS SOCIALES

La cuestión social y un cura

La India cuna de mitos — El Pentateuco hebreo

Navidad y Reyes

Los historiadores y Jesús

Panorama a vuelo de pájaro

Carta a un amigo

GRANDEZA Y DECADENCIA DEL FASCISMO

Distribuye la EDITORIAL LOSADA, Alsina 1131, Buenos Aires
URUGUAY CHILE PERU COLOMBIA

Colegio Libre de Estudios Superiores

CONSEJO DIRECTIVO

Titulares: Margarita Argúas (tesorera), José Babini, Juan José Díaz Arana, Roberto F. Giusti, José González Galé, Luis Reissig (secretario), Francisco Romero, José Luis Romero, Juan S. Valmaggia. Suplentes: Vicente Fatone, Nicolás Halperín, Lorenzo R. Parodi. — Secretarios de Filiales: BAHIA BLANCA: Pablo Lejarraga, O'Higgins 408. ROSARIO: Olga Cossettini, Chiclana 345, Barrio Alberdi.

DEL ACTA DE FUNDACION (20 de mayo de 1930):

La formación del Colegio Libre de Estudios Superiores, expresión de la iniciativa privada, responde al siguiente fin:

Constará de un conjunto de cátedras libres, de materias incluidas o no en los planes de estudio universitario, donde se desarrollarán puntos especiales que no son profundizados en los cursos generales o que escapan al dominio de las Facultades.

Ofrecerá sus cátedras a profesores universitarios de reconocida autoridad y a las personas que fuera de la Universidad se hayan destacado por su labor personal.

También organizará conferencias aisladas y fomentará los trabajos monográficos y las investigaciones originales, como complemento de los cursos del Colegio.

Ni Universidad profesional, ni tribuna de vulgarización, el Colegio Libre de Estudios Superiores aspira a tener la suficiente flexibilidad que le permita adaptarse a las nuevas necesidades y tendencias.

Germen modesto de un esfuerzo en favor de la cultura superior, espera la contribución material, intelectual y moral de todas las personas interesadas en que aquélla sea un elemento de acción directa en el progreso social de la Argentina.